

CERÁMICA COMÚN TARDORROMANA, IMITACIÓN DE SIGILLATA, EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA.

Aproximación al estudio de las producciones cerámicas del siglo v en la Meseta Norte y su transición al mundo hispano-visigodo

POR

LUIS CARLOS JUAN TOVAR (*) Y JUAN FCO. BLANCO GARCÍA

(*) Universidad Internacional SEK-Programa Officina

RESUMEN

De la Hispania romana tal vez el periodo más desconocido sea el siglo v, sobre todo en los aspectos referidos a sus restos materiales: urbanismo, arquitectura, cerámica, metalistería, vidrio, etc. En este trabajo hemos abordado una parte concreta de esta cultura material en una zona determinada: la cerámica común (tanto de mesa, como de cocina), imitación de sigillata, en la provincia de Segovia. Definir sus características técnicas, tipológicas, decorativas, así como su similitud con la terra sigillata y su significado en la formación de la cerámica hispano-visigoda, ha sido nuestro objetivo básico. Para ello, hemos tenido en cuenta tanto cerámica proveniente de núcleos urbanos como *Cauca*, el Cerro del Castillo (en Bernardos) o el Cerro de la Virgen de Tormejón (en Armuña), como de asentamientos rurales (*villae rusticae?*), necrópolis (El Cantosal, Aguilafuente, Duratón, etc.) y hallazgos aislados.

SUMMARY

The Vth century A.D. is possibly the least known period of Roman Hispania, especially as far as its material culture is concerned: town planning, architecture, pottery, metalwork, glass, and so on. In this paper we tackle a particular area of that material culture within a specific region: the common pottery (table and kitchen ware), imitation of the terra sigillata, in the Segovia province. Our essential aim has been to define its technical, typological and decorative characteristics, as well as the features it bears in common with the terra sigillata, and its significance in the origin of Hispanic-Visigothic pottery. In order to do so, we have taken into account ceramics from towns such as *Cauca*, Cerro del Castillo (in Bernardos) or Cerro de la Virgen de Tormejón (in Armuña), as well as rural settlements (*villae rusticae?*), burying grounds (El Cantosal, Aguilafuente, Duratón, etc.), and single findings.

Es todavía habitual en los estudios sobre las cerámicas antiguas de Hispania, que la atención se centre con preferencia en los aspectos formales y estilísticos de los productos, relegando a una posición casi testimonial los asuntos técnicos, que suelen saldarse de modo impreciso y poco coherente. Este enfoque, ha llevado en ocasiones a una percepción muy simplificada de las cerámicas, casi intuitiva, por la cual el objeto era lo que parecía y no lo que su naturaleza dictaba. Así, en la confrontación entre una confusa, y a veces inexacta, interpretación técnica de una

cerámica, y su lectura arqueológica o formal, era esta última la que solía prevalecer, llegando a provocar situaciones equívocas y contradictorias.

Buena parte de las cerámicas fabricadas durante el Bajo Imperio en la Península, han visto condicionado su análisis por esta orientación, y muy en especial la TSHT y las distintas familias de comunes que la imitan, mermadas, a su vez, por la escasez de estudios sistemáticos tanto formales como decorativos.

A fin de examinar algunos aspectos del tema hemos abordado el estudio de un nutrido grupo de cerámicas comunes, provenientes de yacimientos segovianos, sobre las que se manifiesta una acusada influencia de las sigillatas.

Según el tipo de acabado de la piezas, se distinguen en la bibliografía tres grandes grupos de estas comunes: bruñidas, engobadas y alisadas. Este acabado resulta tan determinante para su diferenciación como el vidrio de una vidriada o el barniz de una sigillata, por lo que su estudio irá articulado en función del mismo, evitando cualquier denominación que no sea la de su atribución específica (comunes), obviando incluso ese aspecto particular de su decoración que es el estampado (por cuanto no alcanza a todas las piezas), y adoptando el término tardo-romanas como enmarque cronológico general, con lo que quedan encuadradas genéricamente como cerámicas comunes tardorromanas, imitación de sigillata.

Exceptuando algunas piezas, ya inventariadas por A. Molinero en 1971, el resto son ejemplares inéditos procedentes de excavaciones o localizados tanto entre los materiales del Inventario Arqueológico Provincial, depositados en el Museo Provincial, como en los fondos de dicho Museo o en colecciones particulares¹.

¹ Deseamos expresar nuestro agradecimiento a la Junta de Castilla y León por el permiso otorgado para la consulta de dicho Inventario, así como a D. Alonso Zamora Canellada, director del citado Museo, por las muchas facilidades dadas para el estudio de estos materiales, y a D. Miguel Martín Aceves por haber abierto al estudio su colección.

I. CERÁMICA COMÚN BRUÑIDA

El atractivo acabado que pueden llegar a poseer estas cerámicas y la mayoritaria presencia de la variedad reductora, deben haber sido las causas que han llevado, en ocasiones, a confundirla con la TSHT gris e incluso con las gálicas tardías grises, circunstancia agravada por la existencia de formas y decoraciones adoptadas de la TSHT, que ésta había asimilado, a su vez, del repertorio gálico, según evidencian las piezas presentadas en este trabajo. También aparecen recogidas en recientes estudios como «visigodas», debido a la dificultad existente para deslindar las últimas producciones tardorromanas de las de época visigoda, por no citar la confusión sufrida en algún momento al incluir entre ellas cerámicas prerromanas estampadas.

Los primeros datos sólidos sobre estos tipos cerámicos provienen del estudio de L. Caballero y J. L. Argente acerca de la que entonces denominaron *paleocristiana hispánica*, en el cual recogen algunos fragmentos hallados en los yacimientos madrileños de la Ermita de Peña Sacra y Cancho del Confesionario en Manzanares el Real (Caballero y Argente, 1975: 126-127, fig. 4, 31-36), que engloban en el grupo de *imitaciones de la cerámica paleocristiana* para diferenciarlos de la recién propugnada *sigillata paleocristiana hispánica*. Poco después E. Cerrillo presenta un primer lote de productos obtenidos en El Cortinal de San Juan (Salvatierra de Tormes, Salamanca), que agrupa bajo la denominación de *cerámicas estampilladas* (Cerrillo, 1976), en las que percibe influencias que van desde las provenientes de las *hispánicas tardías del Valle del Duero* o las *paleocristianas galas*, hasta posibles reminiscencias de las cerámicas del Hierro de la Meseta, proponiendo para ellas una cronología entre los siglos IV y V d.C. En este trabajo, sin embargo, se mencionan piezas de Ulaca, Villasviejas de Yeltes o El Cantosal, prerromanas, así como otras atribuibles a diversas épocas o de adscripción dudosa. Años más tarde E. y J. Cerrillo publican un nuevo conjunto del mismo yacimiento salmantino (Cerrillo, 1984-85), en el que siguen advirtiendo coincidencias entre las decoraciones importadas y las tradicionales provenientes del mundo de la Edad del Hierro de la Meseta, pero en cuya interpretación influye notablemente la tesis de Caballero y Argente sobre la existencia de una *paleocristiana hispánica* derivada de la producción gala, que hacen converger con la ya entonces descartada *hispánica tardía regional*, dando lugar a una hispánica tardía cuyo producto final serían esas *cerámicas estampilladas* (*ibid.*: 363, cuadro 1).

Simultáneamente, L. Caballero presenta un esquema mucho más elaborado ampliando los dos grupos de *paleocristianas hispánicas* definidos en 1975, que ahora denomina *antiguo* y *avanzado*, y sitúa las cerámicas de Salvatierra en un tercer grupo que bautiza como *final* (Caballero, 1985: 118), adoptando para todas ellas la denominación genérica de *terra sigillata hispánica tardía imitación de la paleocristiana*, tras precisar con acierto que este último grupo ya no debe ser considerado como una sigillata. Sin embargo, lleva su cronología hasta más allá del 600 d.C. (esquema de su pág. 121), fecha que creemos excesivamente avanzada, como se verá más adelante.

Este autor, publica en 1989 el último trabajo de síntesis aparecido hasta la fecha donde se da cabida a estas cerámicas. En él aborda, entre otros, el estudio de una parte de los materiales inéditos de la excavación del Cancho del Confesionario, que en función de sus características físicas distribuye en cinco grupos. Los dos primeros (A y B) se definen como cerámicas engobadas finas, el tercero (C) como una cerámica todavía fina alisada o espatulada (no es lo mismo) y los dos últimos (D y E) como comunes ordinarias (Caballero, 1989: 75-78). Tras un detallado examen de dichos materiales², cabe descartar la presencia de sigillata en cualquiera de tales grupos, exceptuando quizá el frag. nº 1 (fig. 1) y el 32 (fig. 2) que por su calidad y a pesar de la ausencia de barniz podrían ser TSHT que lo ha perdido³, del resto, el grupo A sería una cerámica común fina en la que se distinguen varias producciones, todas ellas obtenidas de arcillas quizá depuradas pero con desgrasantes cuarcíticos y micáceos finos, en ocasiones muy abundantes, que salvo un par de casos dudosos sólo recibieron un buen alisado. Todas las piezas estampadas que se incluyen indistintamente dentro de los grupos B, C y E, son comunes más o menos finas, dotadas de bruñidos de diversas calidades y por tanto emparentables, por técnica, formas, decoración y cronología, con las producciones segovianas.

A partir de éste y otros conjuntos de fecha posterior, Caballero intenta establecer nexos de unión entre las últimas producciones tardorromanas y las de época visigoda y postvisigoda, proponiendo un tipoología común para todas ellas, e insistiendo en una derivación lineal paleocristianas gálicas-paleocristianas hispánicas-comunes estampadas, cuyos últi-

² Agradecemos a D^a Carmen Pérez Díe y D^a Pilar Barraca, del M. A. N., las facilidades dadas para el examen de los materiales cerámicos procedentes de este y otros yacimientos citados en el texto.

³ La TSHT no está ausente de los materiales de esta excavación, ya que en el Nivel II, califal, hay dos fragmentos uno de ellos a molde (Caja 31c).

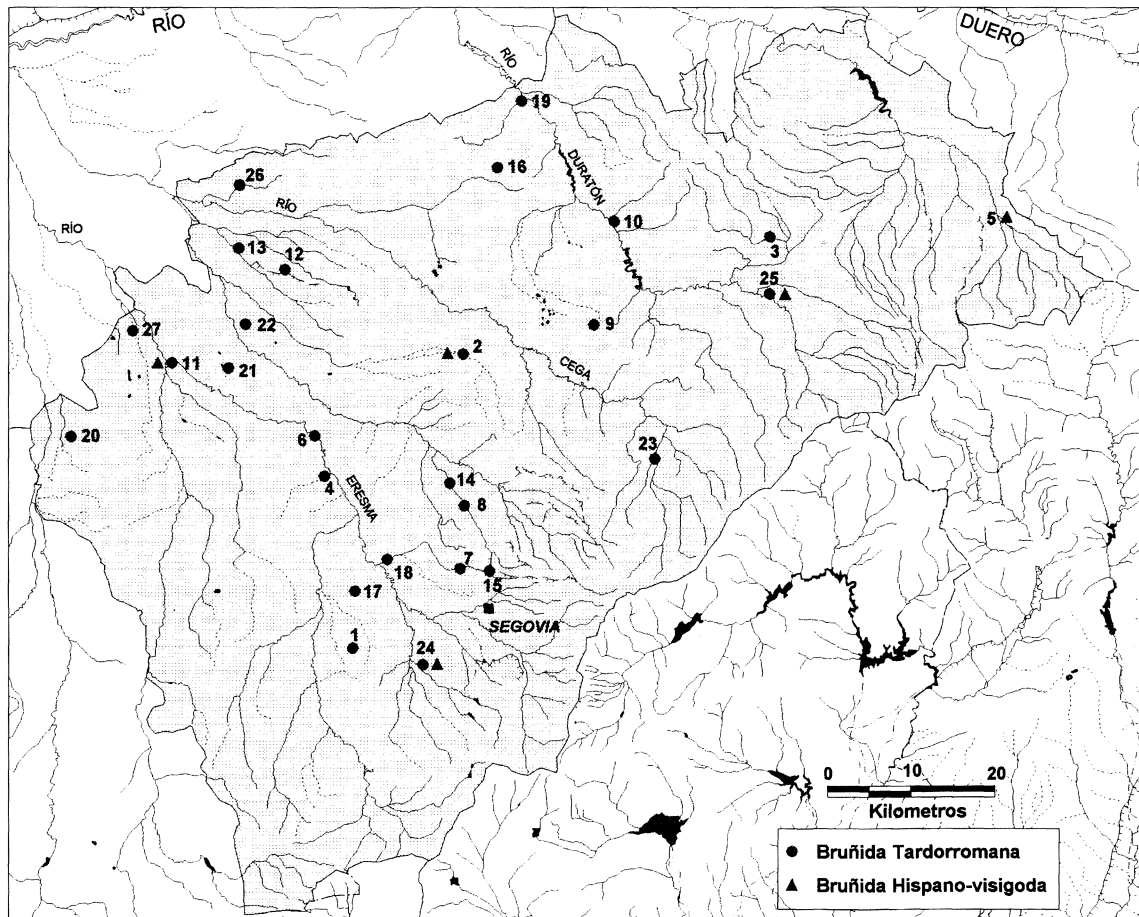


Fig. 1.

mos vestigios prolonga hasta el siglo VII (Caballero, 1989: 79 ss.).

Con un esquema semejante H. Larrén publica en el mismo volumen un conjunto cerámico obtenido en las excavaciones de La Cabeza de Navasangil, en el que distingue dos especies cerámicas, la primera que denomina *Terra sigillata hispánica imitación paleocristiana*, que a tenor de las descripciones contiene ejemplos de TSHT y de comunes bruñidas (Larrén, 1989: 59), y una segunda de cerámicas comunes ordinarias subdividida a su vez en tres grupos someramente diferenciados. En el estudio tipológico, ambas especies se mezclan resultando difícil en ocasiones distinguir a cuál de ellas pertenecen las piezas reseñadas.

Últimamente, el hallazgo y estudio de importantes conjuntos cerámicos en las excavaciones de Lugo (Alcorta, 1994), vienen a arrojar nueva luz sobre una parte de los esquemas decorativos de las cerámicas de Salvatierra y de ciertos yacimientos

asturianos, que posteriormente examinaremos, mientras nuestras investigaciones sobre la TSHT (Juan Tovar, e. p. a y b), ponen en cuestión el concepto familiar *TSHT imitación de paleocristiana* aplicado a estas producciones.

1.2. *Procedencia de las cerámicas* (fig. 1)

La mayoría de las piezas estudiadas en este trabajo proceden de *Cauca* (46,73 %) y del cerro de la Virgen de Tormeión (26,17 %), no obstante, hemos procurado ilustrar la presencia de estos productos en el territorio segoviano con el mayor número posible de hallazgos obtenidos en otros yacimientos.

1. Abades: *Yacimiento indeterminado*.—El fragmento nº 94 que no tiene indicación de yacimiento, podría proceder de cualquiera de las dos *villae* tardorromanas localizadas en este término: la de Barranco Hondo, o la de Los Arenales en la que el IAP menciona «...cerámica gris bruñida con brillo metálico...» (inédito).

2. Aguilafuente: *Santa Lucía*.—Villa tardorromana reutilizada como necrópolis en época visigoda y excavada entre 1968 y 1972 por M.^a R. Lucas (cf. bibl. Blanco, 1995: 48).
3. Aldeonte: *El Olmillo*.—Hallazgo aislado junto a materiales medievales, cerca del río de la Hoz —la localización exacta no consta en ningún lugar— (inédito).
4. Armuña: *Cerro de la Virgen de Tormejón*.—Espigón calcareo labrado por el arroyo de Tormejón, habitado en las épocas celtibérica, tardorromana y visigoda. Varios de los materiales que recogemos fueron publicados por A. Molinero en 1971 y han sido redibujados (cf. bibl. Blanco, 1995: 48).
- Entre los materiales del M. S. hay diversas piezas tanto aportadas por Molinero, como procedentes de hallazgos posteriores, cuya única indicación de procedencia es 'Armuña' y aunque deben de proceder del Cerro de la Virgen de Tormejón, aquí las consignamos con interrogación.
5. Ayllón: *Estebanvela*.—Necrópolis visigoda excavada en 1915 y 1920 por el Marqués de Cerralbo y Justo Juberías⁴.
6. Bernardos
- 6.1. *Cerro del Castillo*.—Hábitat tardoantiguo protegido en todo su perímetro por una potente muralla (Barrio y Fuentes, e. p.).
- 6.2. *Constanzana*.—Posible villa que, a partir del IAP, ha proporcionado escasos pero significativos materiales, todos tardorromanos, entre los que figuran fragmentos atípicos de común bruñida, no dibujados (inédito).
7. Bernuy de Porreros. —Yacimiento sin nombre ubicado 400 m al norte del núcleo urbano (inédito).
8. Cabañas de Polendos: *Agejas-Los Juncales*.—Posible villa muy cercana al despoblado medieval de Agejas (inédito).
9. Cantalejo: *Guerreros*.—Con la ref. 'Laguna Chica, Cantalejo' se conservan en los fondos del M. S. fragmentos atípicos de bruñida tardorromana, que aquí no hemos dibujado. Sin embargo este yacimiento es un hábitat del Hierro I sin reocupación posterior, por lo que dichos materiales deben de proceder del cercano yacimiento de Guerreros, una gran ¿villa? con abundantes restos en superficie (inédito).
10. Carrascal del Río: *Burgomillado, La Mesilla ?*.—Desconocemos la procedencia exacta de los fragmentos que aquí recogemos y que ya publicó Molinero. Parece lo más probable que procedan del yacimiento de la Mesilla en la pedanía de Burgomillado, según referencias indirectas del propio Molinero (Molinero, 1950: 643 y 645), aunque el IAP registra en esta zona cinco yacimientos tardorromanos o visigodos (BG/11, 12, 19, 21 y 25), todos ellos lugares de hábitat bien protegidos en las hoces del río Duratón.
11. Coca
- 11.1. *Cauca* (núcleo urbano).—La *ciuitas* de *Cauca*, bajo el casco urbano de la actual Coca y zona de Los Azafranales, se extiende por el interfluvio Voltoya-Eresma. La cerámica aquí documentada procede tanto de excavaciones de urgencia como de prospecciones y colecciones particulares (Blanco, e. p.).
- 11.1.1. Azafranales (Blanco, 1996).
- 11.1.2. Tierra de las Monedas I-III (*Ibid.*).
- 11.1.3. C/ Joaquina Ruiz (*Ibid.*).
- 11.1.4. Avda. de La Constitución (*Ibid.*).
- 11.2. *Santa Rosalía*.—Necrópolis altoimperial ubicada al N. de la villa de la Tierra de las Pizarras.
- La cerámica que aquí figura fue hallada detrás de la ermita situada en ese paraje, al construir una variante de la carretera, a unos 200 m. de la zona de necrópolis por lo que no sabemos si pertenece a ésta o a una zona de hábitat (Blanco, e. p.).
- 11.3. *El Cantosal*.—Necrópolis tardorromana y visigoda ubicada frente a *Cauca*, en el margen izquierdo del río Voltoya (Lucas, 1971; Blanco, 1996).
- 11.4. *Tierra de Las Pizarras*.—Gran villa suburbana a las afueras de *Cauca* y separada de ésta sólo por el río Eresma (Blanco, e. p.).
12. Cuéllar: *Campo de Cuéllar, El Fresnal*.—Un único fragmento de común bruñida tardorromana hallado en este yacimiento de la Edad del Hierro, nos hace sospechar que pueda proceder de la cercana ¿villa? del Prado de Las Lagunas a tan sólo 500 m. al norte (inédito).
13. Chañe: *Cañada Reina*.—Suave cotarra a unos 650 m. al oeste del río Pirón. Hábitat tardorromano-visigodo (inédito).
14. Escobar de Polendos: *Pinillos de Polendos*.—No hemos encontrado información sobre este yacimiento. Fragmentos atípicos de común bruñida tardorromana, no dibujados (inédito).
15. Espirido: *Ermita de Veladiez*.—Necrópolis visigoda excavada en 1944-45. (Molinero, 1950: 649; *Id.* 1971: 22).
16. Fuentesauco de Fuentidueña: *El Castillejo*.—Se trata de un yacimiento prehistórico en el que el único testimonio conocido de época romana es el fragmento aquí publicado. Frente a este lugar, al otro lado del río, sí hay un yacimiento que en el IAP consta como visigodo: Las Quintanas. Es un lugar de habitación ubicado estratégicamente (inédito).
17. Garcillán: *El Villar (Los Huertos, Rinconada de la Vega I)*.—Posible villa tardorromana entre los términos de Garcillán y Los Huertos (inédito).
18. Los Huertos: *Prado de los Redondillos I*.—No hemos encontrado información sobre este lugar. Fragmentos atípicos de común bruñida tardorromana, no dibujados (inédito).
19. Laguna de Contreras: *Cuesta de la Ermita de San Pedro*.—Posible villa emplazada junto a dicha ermita. Algunos fragmentos atípicos de común bruñida, no dibujados (inédito).
20. Montejo de Arévalo: *Servande*.—Montículo destacado respecto a la llanura circundante, en cuya cima y laderas aparecen abundantes restos constructivos (inédito).
21. Navas de Oro: *Laguna de la Magdalena*.—Posible villa a 120 m. de la laguna de La Magdalena (inédito).
22. Samboal: *Los Pantanos*.—Suave loma a 150 m. del río Pirón. Es una zona de hábitat tardorromano solapado con yacimientos del Bronce Medio y del Hierro I (inédito).
23. Santiuste de Pedraza: *Ntra. Sra. de las Vegas*.—Villa altoimperial reconstruida en el siglo iv. Se conoce un mausoleo posterior bajo la iglesia románica así como una necrópolis de amplia cronología (cf. bibl. Blanco, 1995: 47).
24. Segovia: *Madrona, La Vega*.—Necrópolis tardorromana y visigoda excavada en 1951-52 y 1954-59/60. En total se exhumaron 348 sepulturas (Molinero, 1971: 21).
25. Sepúlveda: *Duratón*.—Necrópolis visigoda en el margen izquierdo del río del mismo nombre, sobre cuyas características remitimos a la abundante bibliografía que ha generado (Molinero, 1971: 19-20).
26. Valledado: *Cotarra del Cardenal*.—No hemos encontrado información sobre este lugar. Fragmentos atípicos de común bruñida tardorromana, no dibujados (inédito).
27. Villeguillo: *La Palomera*.—(Mañanes, 1983: fig. 62, 1-2).

⁴ Cf. J. Juberías y A. Molinero, «Estebanvela (Segovia)», *NAH*, I, 1952: 236.

I.3. Características físicas y técnicas de elaboración⁵

Las características que vamos a exponer sucintamente se han obtenido mediante observación macroscópica de las piezas, con ayuda de una lupa de 30x-50x aumentos cuando ha sido necesario, y deberán ser confirmadas y precisadas mediante los oportunos análisis, en fase de realización.

La materia prima empleada en la elaboración de estas cerámicas la integran arcillas magras, ricas en cuarcita, mica blanca y feldespato, de bajo contenido en hierro, en las que aparecen ocasionalmente mica dorada o negra, calcita, chamota, elementos orgánicos y otros residuos, que revelan orígenes diversos aunque la mayoría procedan previsiblemente de terrenos graníticos. Su elaboración mediante molienda y tamizado manual en seco, salvo un grupo en el que parecen aplicarse métodos de semidepuración, dan como resultado masas arcillosas con grados de cohesión medios y una plasticidad media-baja. Con ellas se obtuvo un cuerpo cerámico con ciertas propiedades refractarias, en el que son apreciables desgrasantes en grano que llegan a superar los 0,50 mm, y frecuentes vacuolas, en ocasiones de gran tamaño, que indican una deficiente cohesión de la masa arcillosa, achacable por lo general a una manipulación descuidada, más que a la propia arcilla, cuerpo que adopta, con relativa asiduidad, una estructura laminar, que tiende a exfoliarse con el uso. En ocasiones se advierten improntas de adherencias superficiales de origen vegetal (pequeñas ramas). Todas ellas fueron modeladas mediante torno rápido.

Las calidades cerámicas obtenidas se pueden aglutinar al menos en tres grandes grupos: una, relativamente frecuente, de barros bien tamizados e incluso semidepurados, con desgrasantes de grano fino (entre 0,05 y 0,15 mm), que dan lugar a piezas de terminación cuidada y paredes delgadas, válidas tanto para mesa como para cocina, pero donde parece prevalecer el primer uso; la segunda, de arcillas tamizadas con desgrasante medio-fino (0,15-0,30 mm), buenos acabados y paredes de grosores diversos, muy abundante; y una tercera, la menos corriente, de arcillas bastas con intrusiones de grano grueso (> 0,30 mm) que llegan a sobrepasar los 0,50 mm, acabados heterogéneos y paredes por lo general más espesas, adecuadas para cocina y almacenamiento.

⁵ Para todo lo relacionado con los tipos de arcillas y la elaboración de cerámicas antiguas, cf. N. Cuomo di Caprio, *La Ceramica in Archeologia. Antiche tecniche di lavorazione e moderni metodi d'indagine*, 1ª ristampa, 1988, Roma.

El acabado consiste en bruñir la superficie externa, y la interna en las formas abiertas, tras la primera fase de secado, cuando la pieza ha adquirido una dureza similar al cuero. Tradicionalmente se lleva a cabo rozando la superficie con un guijarro mojado en saliva o agua⁶, o bien con un objeto de caña, madera o hueso con punta redondeada, previo humedecimiento de la superficie, que deja un trazo corto, estrecho e irregular, que casi la dibuja, lo que ha llevado a confundirlo, en ocasiones, con una decoración. No obstante, su calidad e intensidad varían de unas piezas a otras, tanto en la regularidad, como en el brillo que puede ir de una viveza casi metálica al mate. Este proceso se denomina genéricamente bruñido por espatulado, aunque es obvio que tal instrumento no siempre tuvo algo que ver con dicha técnica.

Otra práctica muy utilizada estriba en frotar la superficie previamente humedecida con lana o una fibra vegetal blanda, método que parece aplicado en ciertas piezas (nº 1-4, 12, 15, 17, 23 y 38), todas formas abiertas excepto la última y más dudosa, que presentan su superficie con menos lustre y sin trazas claras de espatulado⁷. Esta técnica que más que un bruñido es un pulimento, produce una película más fina y menos adherente, que se desprende con el uso, lo que puede hacer que se confunda con un engobe.

Se advierte, por tanto, que bajo esta forma común de acabar las cerámicas pueden esconderse técnicas diversas, cuyo seguimiento, junto a otras características tanto formales como decorativas, podrían contribuir a diferenciar talleres, momentos o zonas de producción.

Con estos procedimientos tradicionales, de fácil y rápida aplicación, se obtiene un acabado atractivo, además de higiénico, que evita que el desgrasante sobresalga en superficie, proporciona un tacto suave, facilita la limpieza del vaso, y reduce la abrasión y la permeabilidad. Tales cualidades justifican su arraigo, hasta hoy, en la alfarería popular, pudiendo constatarse su uso durante toda la época romana, en la que se emplean indistintamente sobre cerámicas comunes o finas⁸.

⁶ Esta antiquísima técnica aún se emplea hoy día en talleres artesanos de la Península Ibérica. cf. E. Sempere, *Rutas a los alfares. España-Portugal*, 1982: 33, Barcelona.

⁷ Una aplicación práctica de estas técnicas tradicionales puede verse en: M. Calvo Gálvez, «Experimentando con la arcilla y el fuego como en la Antigüedad», *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, 1992: 41 ss., Agost.

⁸ Con un marcado carácter marginal de clara extracción indígena, se rastrea su uso en ciertas comunes lucenses del siglo I d.C. (Alcorta, 1994: 204 ss.) y en diversas produccio-

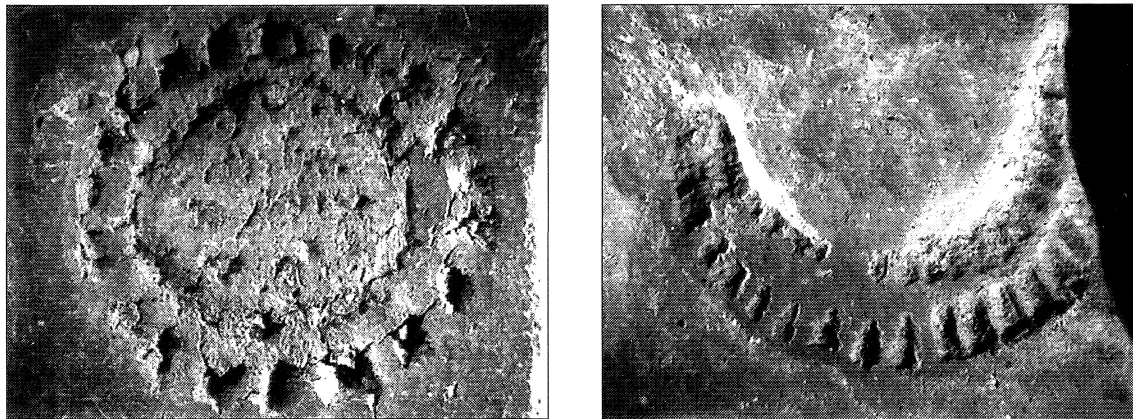


Fig. 2.—Estampaciones semiborradas por el bruñido.

La decoración, generalmente estampada, se aplicaba una vez bruñida la pieza ejerciendo una fuerte presión sobre la pared, como indica el abultamiento interior existente, sin embargo algunas de ellas, por causas que desconocemos, recibieron su adorno antes de practicar el bruñido, por lo que al aplicar este los motivos resultaron machacados (fig. 2). Esta circunstancia podría estar expresando el momento de caída en desuso de la estampación como forma de decorar esta cerámica, según veremos más adelante.

Su cocción debía de efectuarse a temperaturas comprendidas entre los 600° C y 800° C, en condiciones técnicas que cabe calificar de deficientes, según se deduce de las notables desigualdades cromáticas que registran muchas piezas tanto en la superficie como en el interior de la masa cerámica.

El efecto aislante del bruñido, que refleja una parte del calor que recibe durante la cocción, hubo de contribuir a una desigual cochura de la masa arcillosa, ya fuera la atmósfera reductora u oxidante, propiciando en las primeras una coloración más clara y pardusca en el interior que en la superficie, la cual llega a alcanzar con mayor facilidad tonos grises, mientras que en las segundas se registra un efecto inverso con tonos ocres o pardos en la superficie y pardos-grisáceos en el interior. Este efecto puede ser achacado erróneamente a cocciones reductoras con enfriamiento oxidante o viceversa, que

en realidad sólo parecen estar presentes en un corto número de casos (7,48 %).

Estos desajustes no son homogéneos en toda la vasija y a ello contribuyen también el mayor o menor espesor de cada parte de esta, su posición en la pila cerámica, o el contacto con el combustible y su grosor, entre otros factores, provocando esa gran variedad de tonalidades de una parte a otra del vaso o dentro de un mismo fragmento. La cocción oxidante, imperfecta o no, aparece en un 30,84 % de las piezas estudiadas, mientras que la cocción reductora afecta al 61,68 %.

De todo lo observado se deduce que estas producciones fueron cocidas en hornos fijos de tiro vertical a llama libre, estructura tradicionalmente empleada durante toda la época romana en Hispania con la mayoría de las cerámicas⁹. De su excelencia constructiva y de la habilidad de los alfareros que los utilizaron ya nos han hablado las cerámicas: debió de ser muy dispar, dadas las diversas calidades obtenidas. Sin embargo un grupo importante de piezas, entre las que destacan aquellas con la decoración semiborrada, pudo haberse cocido en horneras. Este tipo de cocción consiste en apilar la cerámica sobre un manto de leña, colocado dentro de un hoyo poco profundo, directamente sobre el terreno o sobre una plataforma de tierra de escasa altura, y cubrirla con el combustible elegido. La combustión en estas condiciones es muy imperfecta, por el bajo aporte de aire, y en consecuencia reductora. Para aumentar la reducción se arroja posteriormente la pira resultante con barro o musgo, cerrando por

nes de *Conimbriga* (Alarcão, 1975: 50 ss., 56 ss., 80 ss., 83 ss., 86 ss.), y ya en el Bajo Imperio en varias zonas del levante peninsular (Reynolds, 1986: grupos 5 y 6, pp. 252-254; Blasco *et alii*, 1994: 367 ss.). Entre las cerámicas finas se registra su utilización como técnica decorativa p. e. en algunas africanas, cf. X. Aquilué, «Sobre algunas cerámicas de producción africana con decoración espatulada», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, 1992: 177-198.

⁹ L. C. Juan Tovar, «Alfares y hornos de la Antigüedad en la Península Ibérica: Algunas observaciones en torno a su estudio», *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, 1992: 73 ss., Agost.

completo la entrada de oxígeno. Esta práctica no permite alcanzar temperaturas muy elevadas (sobre 800-850°C en condiciones óptimas), ni mantenerlas por mucho tiempo, e impide un control afinado del proceso dando lugar a cochuras no uniformes. Su ventaja radica en que este tipo de horno se puede levantar en cualquier lugar con poco esfuerzo, usarse una sola vez y abandonarse sin trastorno económico alguno, pudiendo efectuarse la cocción en un tiempo relativamente corto ¹⁰.

Tal posibilidad debe tomarse en consideración, ya que aparte de constituir el procedimiento de cocción más antiguo y universal conocido en la historia de la cerámica, las ventajas señaladas hacen innecesaria la presencia de instalaciones alfareras fijas, situación que en la época en la que se fabricaron estos productos podía ser propicia ¹¹.

Hasta el momento no se conoce ningún taller que elaborase este tipo de cerámica, sólo el hallazgo en la zona de Los Azafranales en Coca, de un pequeño fragmento semivitrificado y con grandes burbujas en la superficie (nº 97), evidente defecto de cocción, aporta el exiguo indicio de un posible taller en esta ciudad, hecho por otra parte nada extraño teniendo en cuenta la larga tradición alfarera caucense, que arranca al menos de época vaccea (Blanco, 1992), con alfares detectados en el Alto Imperio ¹². También aparece escoria de cerámica común entre los materiales del nivel III de Cancho del Confesionario ¹³, que junto a la excoiación que presenta algún fragmento del vaso bruñido y con ornato exciso hallado en este nivel, más un fragmento de tapadera semivitrificado con burbujas en la superficie (Caballero, 1989: fig., 1, 14 y 4, 3), sugieren la presencia de un taller en este lugar o en sus cercanías.

Aún más débil es el indicio del fragmento nº 99, procedente del Cerro de la Virgen de Tormejón, sobrecochado y con muestras de excoiación en su interior, ya que no parece deformado y pudo ser objeto de uso, fabricado en otro lugar.

¹⁰ Cf. E. Sempere, *op. cit.*, nota 6, pp. 62-63. Otros ejemplos en Marruecos: I. Schütz, «Sistemas tradicionales de cocción cerámica en el Norte de África», *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, 1992: 158-159, Agost.

¹¹ Este método se apunta para el grupo más importante entre las comunes de Peña Forua, en fechas seguramente muy próximas a las de las cerámicas que ahora estudiamos, cf. A. Martínez y M. Unzueta, *Estudio del material romano de la cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya)*, 1988: 40, Bilbao, así como en diversas producciones tardorromanas de la provincia de Alicante, cf. Reynolds, 1985: 259 ss.

¹² Existen al menos dos puntos en torno a *Cauca*, donde ha sido constatada la presencia de alfares de época romana, uno de ellos claramente Alto Imperial.

¹³ M. A. N., Nº Inv. 73/32/f2/(varios).

I.4. *Sigillatas y comunes: algunas precisiones técnicas y funcionales*

No cabe duda que la mayor dificultad con que se enfrenta todo arqueólogo al acercarse al mundo de las cerámicas tardorromanas, es la escasez de estudios sistemáticos sobre la especie que articula casi dos siglos de la historia de las cerámicas domésticas en buena parte de Hispania: la *terra sigillata hispánica tardía*. Existe, sin embargo, un cierto número de trabajos que se han ocupado de algunos de los diversos influjos formales y decorativos que parecen conformarla, y de los que ella misma prodigó sobre otras cerámicas, aunque sin emprender su sistematización, de modo que siempre se ha tenido una visión parca y deformada de ella, casi intuitiva en muchos aspectos. Ello ha provocado una clara confusión entre sigillata e imitaciones que está dando lugar a importantes dislocamientos, incluso cronológicos.

Si abordamos una breve comparación entre ambas producciones, más allá de criterios puramente arqueológicos o formales, de los que tanto se ha abusado como único factor de contraste, habría que empezar por decir que su masa cerámica es diametralmente diferente: el grado de elaboración de unas y otras ilustra un concepto diverso de entender la cerámica, a la vez que técnica e históricamente incompatible: la TSHT emplea arcillas grasas ricas en hierro, elemento fundente que unido a la calcita que suele acompañarlo, dan cohesión a la masa cerámica, a la vez que esta última aclara su intenso tono rojizo, siendo apreciable, en ocasiones, mica en polvo. Esta materia se obtiene tras largos procesos de depuración, en los que se usa indistintamente la decantación y la sedimentación, resultando masas arcillosas con un alto grado de cohesión interna y una plasticidad alta, muy controladas. En ellas se incluyen cuarcita, chamota u otros componentes, pero salvo accidente con una granulometría inferior a los 0,05 mm (muy fina), usados como elementos inertes para rebajar una plasticidad excesiva que agrietaría las piezas en el primer secado ¹⁴.

Su manipulación en la *rota figularis* es igualmente dispar. La arcilla utilizada en la TSHT exige, por esa alta plasticidad, torno rápido y artesanos muy cualificados en el manejo de este tipo de barro, sin olvidar el doble proceso que comportan las formas elaboradas a molde, donde tras la obtención

¹⁴ Recordemos a este respecto, que en las sigillatas africanas (Hayes, 1972: 13-14), o en las gálicas (Rigoir, 1968: 193), por sólo referirnos a sus coetáneas más directas, nunca se emplearon arcillas magras.

en el mismo del cuerpo de la vasija, deben añadirse pie y borde cuando menos y eso en las formas más simples.

El revestimiento que las cubre, denominado convencionalmente *barniz*, tampoco admite parangón. Aunque poco se sabe sobre las manipulaciones últimas que implicaban su preparación, éste, al menos en buena parte, era el resultado final de un largo proceso de depuración: una suspensión coloidal de arcilla ferruginosa con eventual adición de algún álcali, en la que se buscaba una gran capacidad de adherencia a la masa cerámica, dada la baja porosidad de las arcillas plásticas, que se aplicaba por inmersión. Sin embargo sus características difieren tanto de las del típico engobe arcilloso como de los revestimientos de tipo vidrioso, de ahí que se le considere como un revestimiento atípico, si bien alguna de sus peculiaridades, como el craquelado, le aproximan más a estos últimos.

Pero quizá el más antagónico de los procesos a que se vieron sometidas unas cerámicas y otras, fuera precisamente el de la cocción.

Los hornos empleados en la fabricación de la terra sigillata constituyen, probablemente, una de las manifestaciones más notables de la tecnología cerámica del mundo antiguo. De construcción compleja, delicados en su mantenimiento y de difícil manejo por las altas temperaturas que debían alcanzar, requerían los constructores y artesanos más cualificados. A diferencia de las horneras, donde la cerámica está mezclada con el combustible (cocción por contacto), o de los hornos comunes a llama libre, en los que las vasijas se exponen al fuego y los gases térmicos (cocción por convección), los hornos de sigillata hacen circular ambos por toberas que atraviesan la cámara de cocción o que se encuentran embutidas en la paredes de la misma¹⁵, de manera que las piezas sólo reciben una intensa irradiación térmica (cocción por radiación)¹⁶, posibilitando la obtención de atmósferas teóricamente «puras», de oxidación constante (sigillata roja) o con una fase reductora (sigillata gris), que producen lo que se ha dado en llamar *sinterización* del revestimiento, es decir, el efecto de semivitrificación que da su textura y brillo característicos al barniz de las sigillatas. Son pues estructuras específicamente concebidas

para obtener unas condiciones especiales que incluyan alcanzar termiàs superiores a los 900° C.

La sigillata requería además una primera cochura a baja temperatura (no más de 650° ó 700° C) antes de aplicar el barniz, denominada «bizcochado», que produce el secado definitivo de la pieza e incrementa su porosidad, a fin de que el barniz pueda alcanzar el máximo grado de adherencia posible, cochura que se realizaría seguramente en hornos corrientes de llama libre. Todo ello conforma un complejo y sofisticado proceso de producción, muy alejado del que estas modestas imitaciones recibieron.

Si de lo expuesto se desprende una formidable diferencia técnica y cualitativa, hay que añadir una disparidad funcional básica en las manufacturas cerámicas: la que sitúa a un lado las denominadas «cerámicas de agua» como la TSHT, es decir las empleadas exclusivamente para servir o contener alimentos líquidos o sólidos, y en el opuesto a las conocidas como «cerámicas de fuego», que pueden ser usadas además -dadas sus cualidades refractarias-, para cocinar los alimentos poniéndose en contacto con la lumbre, como la mayoría de estas comunes.

I.5. *Morfología*

Los recientes avances en el estudio de la TSHT y los trabajos, actualmente en curso, encaminados a su sistematización, están permitiendo concretar mejor las influencias que hacen de ella todo un modelo de sincretismo, y a su vez, apreciar el modo en que actúan sobre otras cerámicas hispanas.

Un aspecto que debemos enfatizar, es que estas investigaciones no sólo están poniendo de manifiesto la necesidad de contemplar la TSHT como una sola y sin adjetivos, sea gris o anaranjada, sino un impacto cuantitativo de la cocción reductora en la hispánica mucho menor del imaginado, ya rastreable en excavaciones del interior peninsular donde esta cuantificación puede llevarse a efecto, caso de *Conimbriga* (Delgado, 1976: 65-69), La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: 123) o Valdetorres (Arce *et alii*, e. p.).

Por otra parte, es creciente el número de ejemplos disponibles para conocer la producción terminal de la TSHT, que aún siendo fiel a los patrones formales imperantes a partir de comienzos del que hemos dado en denominar su *segundo periodo* —ca. 375 d.C.— (Juan Tovar, e. p. b), manifiesta, en el transcurso del siglo v, un paulatino declive que, en líneas generales, afecta por igual a formas,

¹⁵ Conocemos ya varios hornos tardíos de sigillata que utilizaban este sistema. El mayor conjunto excavado se encuentra en el yacimiento de El Cantarillón en Mambrillas de Lara (Burgos) con tres hornos descubiertos y restos de dos más (Inédito, ref. en Juan Tovar, e. p. b).

¹⁶ Para los distintos tipos de cocción y sus efectos, cf. A. Pastor Moreno, «La cocción de los materiales cerámicos» en *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, 1992: 25-29, Agost.

barnices y decoraciones, con un desvirtuamiento de las primeras, el definitivo abandono de la cocción por radiación y la consecuente desaparición de la *sinterización* en los segundos, más una disminución y creciente tosquedad de las últimas, que en el caso de las decoraciones estampadas llega a provocar el abandono de los punzones, y la ejecución de los motivos directamente sobre el recipiente mediante incisión a mano alzada, como revelan, por citar algún caso, piezas aparecidas en Monte Cildá (García Guinea *et alii*, 1966: lám. XIV, 9 y fig. 5) o Uxama (Saquero *et alii*, 1992: 890, fig. 4, 6).

Con ser principales, no son las de la TSHT las únicas influencias que se pueden encontrar en estas bruñidas. El progreso de la investigación en materia de cerámicas comunes está contribuyendo a su vez a despejar algunas dudas y a comprender mejor los aspectos propios de su herencia familiar.

La única tipología existente donde se recogen estas cerámicas (Caballero, 1989: 89-103) engloba además ejemplos correspondientes a la TSHT, comunes tardorromanas engobadas o alisadas, cerámicas hispano-visigodas e incluso productos que sugieren fechas más avanzadas, realizados con técnicas muy diversas y acabados igualmente dispares.

Hubiera sido nuestro deseo poder ajustar esta propuesta tipológica a las cerámicas que ahora estudiamos, sin embargo existen diversos problemas de concepto y de método que lo hacen inviable.

No ofrecemos, empero, una alternativa de ordenación tipológica, sino un avance de formas articuladas bajo un principio de funcionalidad primaria que la esboza, que deberá tomar cuerpo cuando dispongamos de conjuntos lo suficientemente amplios y variados como para ser representativos de la familia que tipifiquen. La terminología aplicada a las formas se ajusta a la propuesta en el *Bol. del M.A.N.*, t. I, 2, 1983: 116. En las referencias a la TSHT hemos seguido la última numeración tipológica establecida por Mezquíriz (Mezquíriz, 1983), más las aportaciones de Palol¹⁷, y López Rodríguez (Palol y Cortes, 1974; López, 1985), a pesar de sus limitaciones y el escaso margen de maniobra que permiten. Por ello, siempre que ha sido posible remitimos a la diferenciación preliminar establecida

¹⁷ Algunos autores vienen utilizando, a la hora de referirse a las formas definidas por este investigador, la denominación «forma Palol-Cortes...», incorrectamente, puesto que en la introducción de la obra que recoge dicha tipología, se indica claramente que cada parte del trabajo va firmada por su autor y por tanto es responsabilidad de quien la firma (Palol y Cortes, 1974: 13), correspondiendo el capítulo VI, dedicado al estudio de la TSHT, al Prof. P. de Palol exclusivamente.

en el estudio de la sigillata de Quintanilla de la Cueva, cuyo avance presentamos en el Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio» (Juan Tovar, e. p. b) de próxima aparición.

A. *Formas abiertas*

En el cómputo global, estas formas resultan todavía francamente minoritarias ya que apenas representan el 32,21 %, al contrario de lo que se constata en la TSHT. Ello puede deberse inicialmente a que parte del consumo de este tipo de recipientes de mesa continuara cubriéndolo la sigillata hispánica, que figura con relativa asiduidad en los mismos contextos. Sin embargo, y en un momento posterior, quizá coincidiendo con la desaparición de los mercados de la TSHT, o incluso antes, parece que este tipo de recipientes, y en particular platos y fuentes, enrarecen su presencia hasta el punto de que en las producciones de época visigoda son formas poco testimoniadas.

1. Platos y fuentes (fig. 3)

Sin llegar a calificarse de rara, su presencia es, por ahora, escasa. Sus conexiones con la sigillata hispánica tardía son, no obstante, manifiestas: perfiles semejantes, fondos con decoración estampada y tratamiento de la superficie buscando un acabado cercano al de la TSHT, incluso más fino que en otras formas. Cabe señalar a este respecto los nº 1-3, dotados de un borde horizontal de perfil triangular con pestaña para tapadera, y el nº 4 de borde semejante, aunque sin pestaña y más elevado, los cuales recibieron un alisado previo, que provocó una apariencia externa estriada semejante a la que vemos en muchos platos de TSHT, pero también en sus imitaciones (Alarcão, 1975: pl. XXXI, nº 644, 649 y 656c), especialmente apreciable en el plato nº 4. El acabado final se obtuvo seguramente por pulimento dada la ausencia de marcas netas de espatulado. Por el grado de calidad de la pasta todos ellos se pueden encuadrar dentro del primer grupo, y fueron cocidos en una atmósfera oxidante imperfecta.

La calidad de estos platos, todos con diámetros comprendidos entre 21 y 27,5 cm. y procedentes del Cerro de la Virgen de Tormejón, contrasta con la de las demás piezas, de características más afines a las del resto de la producción, lo que unido a su proximidad a formas de la TSHT como las del grupo 2 de la Hisp. 74-Palol 4, o incluso a las del grupo 6 (variante B) de la Hisp. 71-Palol 2 (Juan To-

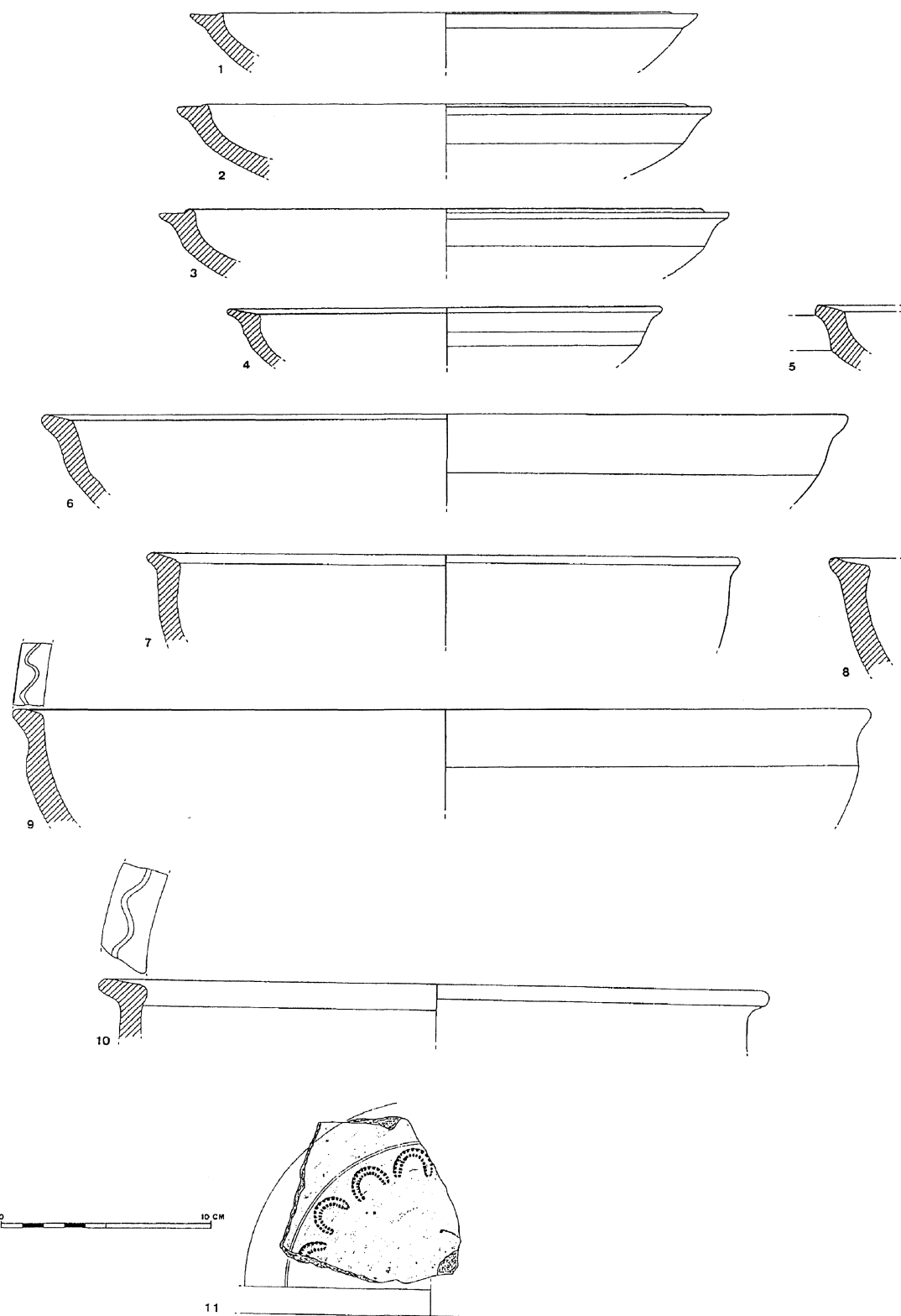


Fig. 3.

var, e. p. b, fig. 2 y 4) nos inducen a suponerles una cronología algo más temprana. Formas semejantes aparecen en Bernardos (Barrio y Fuentes, e. p.), Cancho del Confesionario¹⁸ (Caballero, 1989: fig. 1, 13), La Cabeza de Navasangil (Larrén, 1989: 65, fig. 6, 124) y El Castellar de Villajimena (Bohigas y Ruiz, 1989: fig. 2, 11).

En el resto de las piezas prima el acusado bruñido por espatulado tan característico de estos trasuntos, aparece la decoración con línea ondulada incisa sobre el borde, propia de cerámicas comunes, y esgrimen una morfología menos refinada entrando dentro del capítulo de las fuentes, con diámetros que oscilan entre los 29 y los 41,5 cm.

Las piezas nº 5 y 6 aún presentan parte de la calidad de las anteriores, la primera, todavía plato, con pasta semidepurada y cocción oxidante, de borde casi rectangular, y la segunda con la cara exterior apenas alisada, pero con la interior bruñida, de cocción reductora y pasta más tosca, marcarían la transición hacia los restantes ejemplares, todos de pastas tamizadas, bruñido ostensible y cocción reductora. Las piezas nº 9 y 10 muestran el borde decorado con una línea ondulada incisa, primer indicio ornamental de la mezcla de rasgos que confluyen en esta producción.

Por último, disponemos de un fondo de fuente de gran espesor, muy rodado y de cocción oxidante imperfecta, decorado con arcos estampados de doble línea segmentada que miran hacia el centro de la pieza, en la que no se conserva resto alguno del bruñido que originariamente debió de recubrirla. Con la misma decoración aunque sin acanaladuras, cocción reductora y conservando el espatulado, existe otro fondo en Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976: 471, fig. 5, 25).

En el cómputo total, platos y fuentes representan el 10,48% mientras su porcentaje específico dentro de las formas abiertas supone el 31,43% de las mismas.

2. Cuencos (fig. 4)

El primer grupo lo forman 10 piezas carenadas (nº 12-21), de borde redondeado, vertical y generalmente exvasado, con diámetros que oscilan entre los 9,5 y 21 cm., todas grises, exceptuando la nº 12 que

reúne características próximas al grupo de platos más finos y la nº 16 de cuidado bruñido y tono casi anaranjado.

En todos estos cuencos se manifiesta la influencia del grupo de formas Palol 9-11, y específicamente del tipo que articulamos en el grupo 4 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 7), cuenco carenado con el que comparten una morfología común, como la poca profundidad y la acusada altura del cuerpo que llega a representar en torno a la mitad del total de la pieza.

Fuera del área segoviana existen diversos yacimientos con ejemplares tanto bruñidos como de otras producciones afines: es el caso de La Torrecilla donde destaca un gran cuenco espatulado (?) y decorado a buril (Lucas *et alii*, 1982: fig. 11, D), Perales de Tajuña (Blasco *et alii*, 1991: fig. 18, 73, fig. 19, 78 y fig. 34, 124), Cerro de la Muela (Valiente, 1981: fig. 13, 6 y 20; fig. 20bis, 31) o Cancho del Confesionario con productos alisados o engobados (Caballero, 1989: fig. 1, nº 1, 4 y 6, aunque la 1 puede ser TSHT).

Si bien estos cuencos segovianos carecen de adorno, existen piezas estampadas en Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1984/85: fig. 1, 3-4) y Castroverde de Campos (Rubio *et alii*, 1992: 86, fig. 1, 4).

Su abundancia en sigillata tanto en yacimientos segovianos (inéditos, en estudio), como en el resto de la Meseta (Juan Tovar, e. p. a) hacen superflua la búsqueda de paralelos exógenos. Sin decorar la conocemos en Quintanilla de la Cueva (Juan Tovar, e. p. a), La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: lám. VII, 9) y Zaragoza (Paz, 1991: fig. 28, 176-177), mientras la decoración estampada en la pieza de Castroverde, a base de guirnaldas, cuenta con claros ejemplos en La Olmeda (Palol y Cortes, 1974: 133, fig. 38, 75-76) y Villanueva de Azoague (López y Regueras, 1987: fig. 10, 46), con una cronología posterior a mediados del siglo IV, y ya probablemente de comienzos del V, cuando menos, en Monte Cildá (García Guinea *et alii*, 1973: fig. 2, 1) y Coca (inédito). Los pequeños círculos en los cuencos de Salvatierra citados, aparecen igualmente sobre formas Palol 9 de La Olmeda, inéditas¹⁹, y con motivos de tamaño algo mayor sobre un cuenco gris de esta misma villa (Nozal y Puertas, 1995: lám. VII, 16).

En estas bruñidas es pues, con diferencia, el tipo de cuenco más frecuente, uniéndose a los materiales aquí presentados un fragmento, no dibujado, del yacimiento de Agejas-Los Juncales y varios ejemplares de Bernardos (Barrio y Fuentes, e. p.).

¹⁸ Además de la pieza citada existen dos platos más inéditos, uno en cerámica gris alisada, con falsa carena muy marcada en la cara externa del cuerpo como nuestro ejemplar nº 5 (M.A.N., Nº Inv. 73/32f1/25) y otro de borde triangular sin pestaña, en cerámica gris bruñida con espatulado muy fino (M.A.N., 1973-Caja 19-s/n).

¹⁹ Agradecemos a D. José Antonio Abásolo, D. Javier Cortes y D. Miguel Nozal el habernos facilitado el examen de dichos materiales.

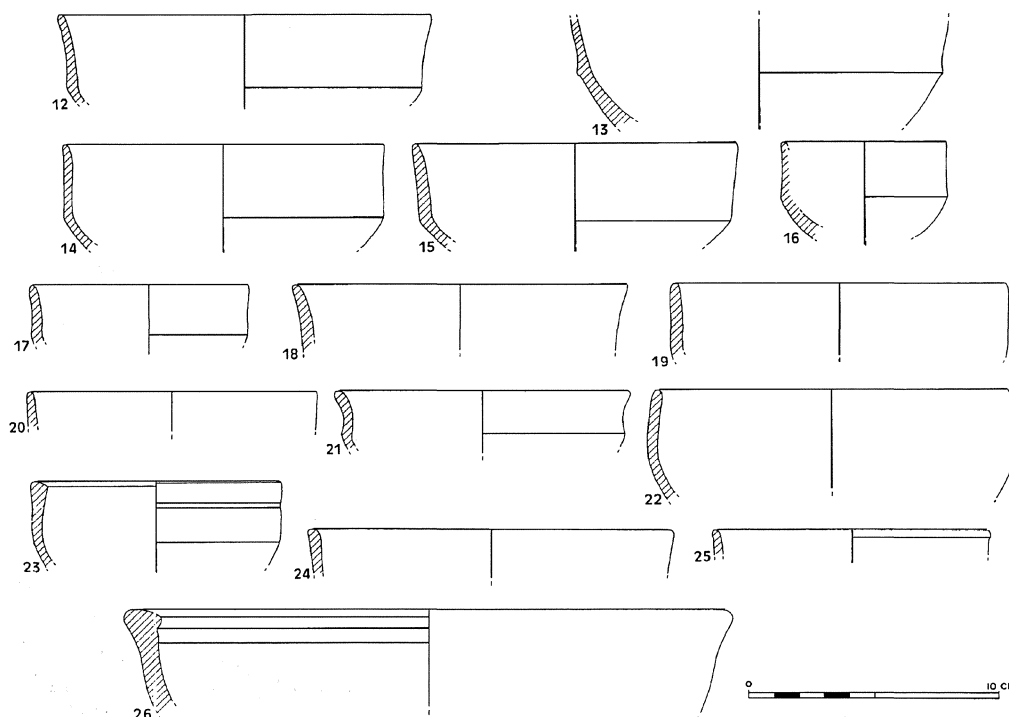


Fig. 4.

Un segundo grupo, menos numeroso, lo componen una serie de cuencos hemisféricos de paredes rectas, verticales y a veces ligeramente invasadas, que recuerdan con insistencia a la Hisp. 8 de la TSHT. Es otra de las formas que refrenda la existencia de ejemplos puramente lisos en esta producción.

Muestra evidente de esa relación con la TSHT la encontramos en la pieza n° 22 que enlaza con las variantes A1 y A3 señaladas para la Hisp. 8-Palol 10 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 6), proclamando la perduración de la forma hispánica al menos hasta bien entrado el siglo v. Su reflejo sobre otras producciones es rastreable en el Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: fig. 1, 9) y Perales del Río (Blasco *et alii*, 1991: fig. 19, 79), en común ordinaria; bruñida en Monte Cildá (Bohigas y Ruiz, 1989: 46, fig. 6, 3) y quizá alisada en Pico de la Muela (Valiente, 1981: 120-122, fig. 19, 75/2, 20, 27, 40 y 46).

Ambos tipos de cuencos perduran en la cerámica hispano-visigoda con características técnicas próximas, aunque con diferencias morfológicas y sin decoración estampada, lo que obliga a plantear la duda de si algunas de las piezas que aquí examinamos son todavía tardorromanas o ya hispano-visigodas, extremo que abordaremos más ampliamente en el apartado III.

El cuenco n° 26 representa a la parte de esta producción formalmente ligada a las cerámicas comunes. Se trata de una pieza de cuerpo semiesférico y borde fuertemente engrosado en forma de T, con refuerzo bajo el labio interno. Un cuenco semejante, con espatulado sobre engobe, se encontró en la basílica de Casa Herrera (Caballero y Ulbert, 1976: 130, fig. 27, IV. 2. 6), siendo pues de fecha posterior. Quizá más próxima en el tiempo, aunque ya hispano-visigoda, es una pieza de Perales del Río de borde decorado con líneas onduladas incisas a peine (Quero y Martín, 1987: fig. 2, 7).

En el cómputo total, los cuencos suman el 14,29 % mientras su porcentaje específico dentro de las formas abiertas supone el 42,86 % de las mismas.

3. Tapaderas (fig. 5, n° 27)

Bruñida exteriormente, mientras el interior sólo aparece con el alisado del torno, la pieza n° 27 muestra un fino acabado y cuidada morfología que sugieren un momento temprano de fabricación, similar al que presumimos para los platos 1 a 4, significativamente dotados, los tres primeros, de un borde para tapadera.

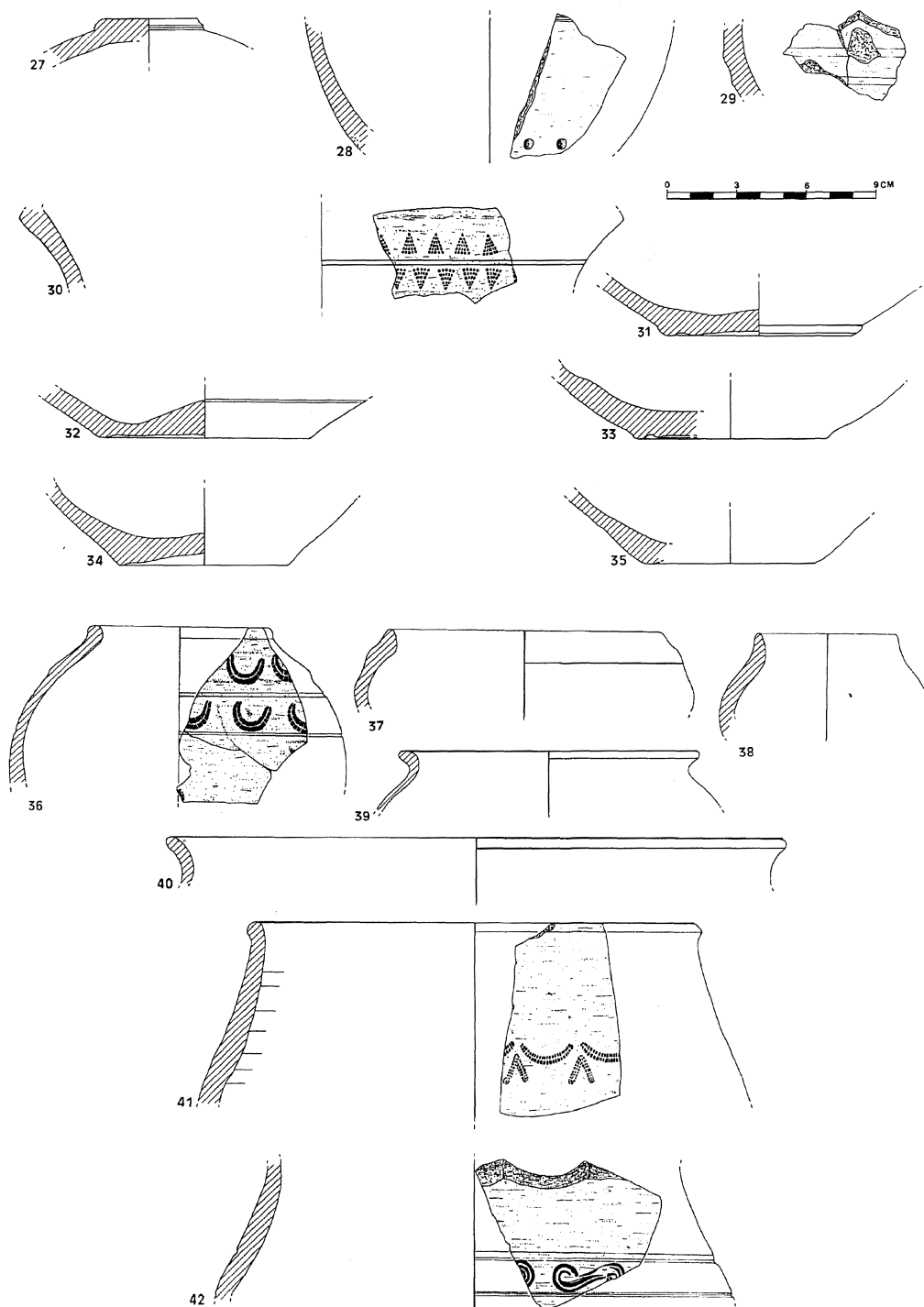


Fig. 5.

La relación con alguno de los ejemplos existentes en la TSHT resulta problemática, por cuanto esta es una de las formas peor conocidas en dicha producción.

En las comunes de imitación son formas raramente documentadas, de manera que sólo nos consta un fragmento de borde en Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: fig. 1, 14). Entre las tapaderas tardías grises de La Olmeda figura un fragmento de perfil plano al que falta el asa, que por su descripción podría corresponder a una común engobada (Nozal y Puertas, 1995: 24, lám. XII, 11) y en la villa de Murias de Paraxuga se recoge otro fragmento de borde adscrito a la TSHT *imitación de paleocristiana*, probable común de imitación (Requejo, 1989: 144, fig. 1, 19).

4. Formas abiertas de atribución formal dudosa o indeterminada (fig. 5, nº 28-35)

Las piezas aquí expuestas corresponden sobre todo a fondos que presentan tanto el interior como el exterior bruñidos, lo que permite relacionarlos con formas abiertas, aunque por sus características no debemos descartar que alguno de ellos pertenezca a alguna forma cerrada de boca lo bastante amplia, como para permitir el bruñido interno. Queremos resaltar, por la importancia que posteriormente van a tener para fijar diferencias con las cerámicas hispano-visigodas, las características morfológicas de los pies, siempre diferenciados, dotados en la mayoría de los casos de una moldura externa (nº 31-33) o cóncavos (nº 34-35) a semejanza de tantas formas de la TSHT y en cualquier caso en la mejor tradición de las cerámicas tardorromanas.

La pieza nº 28, presenta restos de dos finas líneas incisas en su parte superior, tan exiguos que no permiten inferir una decoración, y la marca de dos perforaciones para grapa en la inferior, que no se llegaron a consumir, lo que junto a los cantos matados a bisel del fondo nº 34, indican que incluso estas modestas cerámicas eran reaprovechadas una vez rotas.

Por último el fragmento nº 30 debe de corresponder a la carena de un vaso del mismo tipo que los hallados en Perales del Río, todos ellos lisos y de cocción oxidante, de los que los dos últimos citados son productos bruñidos (Blasco *et alii*, 1991: fig. 18, 75 y fig. 19, 76-77).

B. Formas cerradas

Representa el grupo mayoritario en esta manufactura, con gran diferencia —un 67,29 %—, y

en el que la influencia de la TSHT parece algo menor, al menos en el aspecto formal, si bien es cierto que el conocimiento de las formas cerradas en la sigillata es todavía precario. Su extrema fragmentación impide dar porcentajes indicativos para cada grupo de formas.

Este predominio de tipos relacionados con la conservación y almacenamiento de agua y alimentos, y con su cocinado, resulta particularmente sugerente, por cuanto se repite en todos los yacimientos donde se dispone de cantidades significativas de piezas.

Creemos que a partir del último cuarto del siglo IV, quizá algo después, se produce en la TSHT un aumento espectacular en la producción y uso de formas cerradas decoradas a molde, con la aparición en los mercados de las Hisp. 42, 43, 47, 48, 56 y López 15 (Juan Tovar, e. p. b), además de otras formas aún no tipificadas, que en parte recogen influencias provenientes de sigillatas foráneas, pero que mayoritariamente son de creación hispánica, sugiriendo un estímulo interno más poderoso que el de una simple moda. ¿Este estímulo es quizá el mismo que provoca la aparición de estas cerámicas comunes que las imitan?

1. Orzas (fig. 5, nº 36-42 y 6, nº 43-48)

Básicamente son cuatro las formas que componen este grupo. La primera (nº 36) es un modelo sin apenas cuello con borde vertical de labio redondeado, que presenta sobre el hombro dos fajas decoradas con estampaciones enmarcadas por acanaladuras. Este recipiente guarda una clara semejanza con orzas del grupo 1 de la Hisp. 14-Palol 13, del tipo definido en La Olmeda (Juan Tovar, e. p. b, fig. 8), donde se conoce decorada con estampaciones (Nozal y Puertas, 1995: lám. IX, 35 y 43, lám. X, 19).

La segunda forma (nº 37-38) es de morfología menos elaborada, sin cuello, con un borde apuntado sin labio destacado, de menor tamaño que la anterior y sin ornato. El paralelo más cercano entre la TSHT es, para la nº 37, una orza achatada de Hornillos del Camino incluida en el grupo 1 de la Hisp. 14-Palol 13 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 8), que agrupa tipos más espigados y cercanos a la nº 58, como ciertas grises decoradas de *Complutum* (Fernández-Galiano, 1984: fig. 172, 329) y La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: lám. IX, 12, lám. X, 70). Entre la común los ejemplos más cercanos están en una orza de La Cabeza de Navasangil, no sabemos si bruñida o no (Larrén, 1989: 71, fig. 6, 24) y en otra del tipo más aplastado, engobada, de La Olmeda (Nozal y

Puertas, 1995: lám. IX, 46). En cerámica ya hispano-visigoda existe una forma cercana en Colmenar Viejo (Colmenarejo, 1986: 231, fig. 7)

El tercer perfil registrado (nº 39) es una orza de cuello corto, borde exvasado y labio redondeado, de tamaño medio, rasgos que proclaman una de las morfologías más comunes entre las orzas y para la que los paralelos son abundantes en cualquier producción; por citar un ejemplo entre la TSHT, remitimos a una pieza de Layana (Paz, 1991: fig. 28, 179) incluida dentro de nuestro grupo 2 de la Hisp. 14-Palol 13 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 8), mientras que en común ordinaria, de similar cronología, contamos con muestras del Cancho del Confesionario —grupos C, D y E— (Caballero, 1989: fig. 3, 36, 40 y 47). Cercano a este modelo se encuentra el ejemplar nº 40 de cuello más alargado y mayor tamaño, próximo a su vez a las grandes orzas del grupo 3 de la Hisp. 14-Palol 13 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 8).

El cuarto y último grupo es con mucho el más abundante y el de mayor difusión. Se trata de una orza de tamaño grande o muy grande, de cuello alargado, boca amplia y borde vertical de labio triangular —en la nº 41 donde se conserva—, que exhibe un fuerte baquetón marcando la unión entre cuello y cuerpo, no conservado en la pieza referida, pero apreciable en las nº 43-45 y 47. Se conoce un ejemplar completo en Navasangil, de borde más discreto (Larrén, 1989: 68, fig. 9, 156), y muestras parciales en Salvatierra (Cerrillo, 1976: fig. 2, 11; 1984-85: nº 15) y Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: fig. 2, 26), este último dotado de un baquetón con incisiones, para el que observamos ejemplos próximos en la TSHT, como los recogidos dentro del grupo 4 de la Hisp. 14-Palol 13 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 8). La única pieza estampada registrada en TSHT procede de Begastrí, y muestra una franja de decoración sobre el cuello (Méndez y Ramallo, 1985: 262-263, fig. de la p. 275, 4), mientras que fragmentos estampados, ya más dudosos, se recogen en Villanueva de Azoague (López y Regueras, 1987: fig. 12, 76) y La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: lám. VII, 14). A nuestro fragmento nº 46, de baquetón menos marcado, apenas un escalón, que podría pertenecer a esta misma forma, corresponde uno idéntico en Salvatierra (Cerrillo, 1976: fig. 3, 15). No obstante, hay que advertir que este tipo de orza puede esconder varias formas muy próximas entre sí.

De este recipiente existen además varios paralelos, en común ordinaria, en la basílica cristiana de Alconétar (Caballero, 1970: fig. 18, 81-83).

El nº 48, y tal vez el 47, que asimismo podrían

adscribirse a este perfil, recuerdan por la acusada verticalidad del cuello a otra orza hallada en Navasangil, dotada de una fuerte moldura entre cuerpo y cuello, aunque con asas y un borde notablemente diferente (Larrén, 1989: 68: fig. 8, 155). También de esta forma existen referentes en común de Alconétar (Caballero, 1970: 49, fig. 18, 79), de borde simple, y como los anteriores, quizá de cronología posterior.

2. Jarras (fig. 6, nº 49-52)

El nº 49 es una jarra monoansada, de boca trilobulada y cuerpo piriforme que muestra sobre el hombro decoración estampada, el nº 50 es un fragmento del pico vertedor de una jarra trilobulada, perteneciente quizá a un ejemplar del mismo tipo que el anterior, ya que ofrece sus mismas dimensiones, al igual que el nº 51 que también presenta decoración estampada sobre el hombro. Dichas piezas proceden de la zona contigua a la ermita de Santa Rosalía. La jarra nº 52, de morfología semejante aunque algo más globular, pero carente de decoración, procede de la necrópolis de Aguilafuente y aunque dotada de un pie definido, comparte con el jarro nº 56 el mismo problema de origen ya que la citada necrópolis ha sido descrita como visigoda (ver apartado III).

Los ejemplos de jarras conocidos en comunes de imitación suelen ser poco frecuentes. Caballero relaciona con esta forma varios fragmentos de borde del Cancho del Confesionario, todos ellos bruñidos y algunos decorados, entre los cuales figura uno de boca trilobulada (Caballero, 1989: fig. 1, 18 y fig. 2, 21-23). Alisada y de boca redonda se conoce en la necrópolis de Vadillo de la Guareña (Viñé *et alii*, 1991: 243, fig. 3, 2), mientras que en común engobada aparecen en La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: lám. XIII, 29).

Estas formas apenas están documentadas en la TSHT, donde la mejor conocida es la Hisp. 1 de boca redonda, si bien todavía con escasos ejemplos (Juan Tovar *et alii*, e. p., fig. 1, 1).

3. Jarras con pitón (fig. 6, nº 53-54)

Forma nueva en estas cerámicas, de la que recogemos parte de dos ejemplares, ambos decorados. En TSHT no se conoce aún, ya que las únicas formas dotadas de un pico vertedor son las Hisp. 42A y 43, ambas cuencos (López, 1985: 32-33), por tanto más bajos y con una función diferente. Aun-

que quizá tengamos un indicio en un breve fragmento de La Olmeda (Palol y Cortes, 1974: 136, fig. 43, 90).

Aparte de los ejemplares segovianos conocemos una pieza estampada en Cancho del Confesionario, que fue identificada en su día como una olla o jarra interpretando los restos de pitorro como un asa (Caballero y Argente, 1975: 126-127, fig. 4, 32), y otra en Tiermes recientemente publicada (Casa *et alii*, 1994: fig. 36, 1058), si bien la ausencia de cualquier descripción o referencia y un dibujo poco expresivo, obligan a tomarla con cautela. Un fragmento relacionado con un biberón, en común alisada (?) e igualmente estampado, figura en Los Tolmos (Jimeno *et alii*, 1980: 128, lám. III, 9). Más dudoso y sin adscripción definida es un ejemplar de Monte Cildá (García Guinea *et alii*, 1966: fig. 11, 1-2). Por último, existe una pieza alisada (?) interna y externamente, con decoración estampada, hallada en Niharra y conservada en el Museo de Ávila (Veas y Sánchez, 1987: 457), que no hemos tenido ocasión de examinar, y que podría ser una bruñida.

Entre las comunes bajoimperiales es relativamente frecuente encontrar recipientes con pitón en su parte superior. En *Conimbriga* (Alarcão, 1975: pl. LVI, 973, pl. LVII, 994 y pl. LXI, 1067) y *Castulo* (Blázquez y Molina, 1979: 247-248, fig. 131, grupo h), son varios los cuencos catalogados y también esta documentado en cuencos de cerámica pintada tardía (Veas y Sánchez: 1987: 457 y 461).

Sin embargo, el ejemplar que ofrece una mayor analogía es una jarra monoansada de *Conimbriga*, en la que el pico vertedor es reemplazado por un aplique trifalco, de carácter ritual (Alarcão, 1975: 93-95, pl. I y pl. XXIX, 609). Esta pieza singular, encuadrada dentro del grupo de las comunes finas anaranjadas, recibió un bruñido por espatulado que la acerca todavía más a nuestras bruñidas, si bien antes que establecer con ella una adscripción directa o un paralelo, quizá debemos considerarla como un antecedente familiar, eso sí, muy próximo en el tiempo.

Su perduración en época visigoda debe buscarse en piezas como la conocida en la necrópolis de El Escorial (Cuenca), también con acabado bruñido, (Fuentes *et alii*, 1983: 57-58, lám. XXXVI).

4. Jarros (fig. 7, nº 55-59)

Dos tipos de jarros figuran entre las formas recopiladas. Al primero corresponden los nº 55 y 56, recipientes de boca trilobulada y un sólo asa, y al segundo los nº 57 y 58 de boca en forma de em-

budo y dos asas, aunque en este último al conservarse sólo la mitad del cuello no consta más que una.

El primer caso se documenta por vez primera entre estas cerámicas, y a pesar de su proximidad a ciertos jarros hispano-visigodos, como el nº 123, su elaboración a torno rápido y la perfecta definición de la boca permiten considerarlo de manufactura tardorromana. Como el nº 56, que a pesar de la ausencia de decoración, muestra un base dotada de un pie moldurado y bien definido, en la mejor tradición tardorromana, aunque aparecido en el contexto de una necrópolis genéricamente calificada como visigoda, como veremos en el apartado III.

Entre los jarros de la TSHT, mal conocidos, apenas se registra la boca trilobulada, pero existe una cierta variedad de perfiles con boca redonda, de los que hay buenos ejemplos en el lote de hispánicas grises de La Olmeda (Nozal y Puertas, 1995: lám. XIV).

Este tipo de jarros monoansados, bien de boca trilobulada o circular, tampoco son abundantes entre las comunes de imitación pero los casos recogidos adoptan formas diversas, que auguran una amplia variedad formal. En el Cancho del Confesionario, como botellas, se muestran varios fragmentos de bordes de boca redonda que podrían entrar dentro de este grupo (Caballero, 1989: fig. 1, 15-17) y en la necrópolis de Vadillo de la Guareña existen varios más alisados y bruñidos (Viñé, 1990: 161, fig. de la p. 160, nº 90/27/121; Viñé *et alii*, 1991: 244, fig. 3, 1).

Por lo que respecta a los jarros 57 y 58, no sabemos si tendrían decoración o no, pero remiten a ejemplos bien documentados en TSHT que se encuadran dentro de la forma Hisp. 56-Palol 14 y en particular dentro del grupo que provisionalmente hemos denominado 1A (Juan Tovar, e. p. b, fig. 9).

Su representación entre las comunes de imitación es más amplia que la del tipo anterior, contando entre otras con las piezas alisadas de Getafe (Caballero, 1985: fig. 14 y 15), Navasangil (Larrén, 1989: fig. 5, nº 11, 74 y 79), la engobada de un solo asa de la necrópolis de Albalate de las Nogueras (Fuentes, 1989: 31, fig. 4, 1.1) y el jarro sin procedencia conservado en el M.A.N., pieza esta última que hemos tenido oportunidad de examinar en detalle. Inicialmente, este ejemplar fue definido como *paleocristiana* (Caballero, 1972: 202-204, fig. 11) y posteriormente como *TSHT imitación de paleocristiana* (Caballero, 1985: 121; Caballero, 1989: 78, fig. 4, 4). Sin embargo este jarro, que no dispone de barniz alguno como ya apreciara Caballero en 1972, ofrece un acabado que comporta el espatulado, bien marcado en cuello y hombro, con tratamiento de tra-



Fig. 6.

zo más fino y corto en el cuerpo. La masa cerámica incluye abundante desgrasante en grano de cuarcita y mica, entre otros, de tamaño medio-fino y las estampaciones de arcos segmentados formando guirnalda son idénticas a las mejores segovianas (p. e. a los punzones nº 2-4). Todo lo cual certifica su atribución a este grupo de comunes imitación de sigillata.

5. Cantimploras (fig. 7, nº 60)

La pieza en cuestión procede de las excavaciones realizadas por J. M.^a Izquierdo Bertiz en la ermita de Ntra. Sra. de las Vegas entre los años 1972 y 1974. Presenta la parte anterior del recipiente de forma troncocónica y la posterior plana, mientras cuello y boca quedan desplazados hacia atrás hasta casi enrasar con la cara posterior. Está dotada de dos asas de sección circular de la que sólo se conserva una, que se inclinan siguiendo la trayectoria del cuello. La cara plana y el borde enrasado con ella tienen por objeto facilitar el apoyo de la pieza en su transporte eludiendo balanceos dañinos, mientras la cara troncocónica evita la merma de capacidad.

Siendo bien conocida entre las producciones altoimperiales (TSG —Hermet 13—, TSH —Hisp. 13—, Africana A —Lamboglia 13/Hayes 147—), e incluso entre las gálicas tipo B —Darton 13—, esta forma es todavía inédita tanto entre las africanas y gálicas tardías como en la TSHT. Sin embargo, se conoce otra pieza muy similar en común bruñida²⁰, aunque de perfil más abombado y homogéneo, hallada en una tumba de Villaescusa de Haro (Fuentes, 1980: pp. 162-163, fig. 31) y se registra un ejemplar en cerámica pintada bajoimperial en San Miguel del Arroyo (Palol, 1969: 136, fig. 23, 8) también de morfología muy próxima. Nuestra pieza, por su rústica apariencia, producto de una elaboración poco habilidosa, de bruñido ramplón y descuidado, podría pertenecer tanto a los últimos momentos de esta producción como a una primera manifestación ya de época visigoda, si bien su mayor proximidad a los paralelos bajoimperiales y la acusada diferencia con los especímenes conocidos en cerámica hispano-visigoda (Tovar *et alii*, 1933-34: fig. 2, 10; Hübener, 1965: abb. 6, 3), nos inducen a inclinarnos por su filiación tardorromana²¹.

²⁰ Agradecemos al Prof. Ángel Fuentes el conocimiento de esta pieza y el facilitarnos la consulta de su Memoria de Licenciatura (inédita).

²¹ En la noticia acerca de las excavaciones de este yacimiento (J. M.^a Izquierdo Bertiz, «Excavaciones en Las Vegas

6. Formas cerradas de atribución formal dudosa o indeterminada (fig. 7, nº 61-78 y fig. 8)

Como en las formas abiertas, queremos llamar la atención sobre las características de los distintos fondos conservados, en los que se repiten los mismos pies definidos, con o sin moldura, que ya conocíamos en aquellas, y entre los que aparecen nuevos fondos cóncavos (nº 104-105) en la mejor tradición de formas de la TSHT, como la Hisp. 8 y la 37t.

No cabe duda, pues, que estas cerámicas bruñidas son tardorromanas e imitan a la última TSHT, sin embargo subsiste el problema de determinar si las piezas no decoradas son simples versiones «lisas» y coetáneas de las decoradas, si representan un estadio más avanzado de su desarrollo aunque todavía tardorromanas, o si por el contrario son ya productos de época visigoda que sólo reflejan una tradición técnica y formal heredada. En el fondo subyace el problema de saber cuándo pierden su vigor los últimos elementos formales y técnicos hispanorromanos y comienzan a primar los que identificamos como hispano-visigodos, ya que parece poco razonable imaginar una producción exclusivamente decorada y debemos partir del supuesto de que una gran parte de los productos lisos es contemporánea de los decorados.

I.6. Decoración

I.6.1. Generalidades

Un 55,24 % de los ejemplares aquí recogidos aparecen decorados. No obstante, el fuerte sesgo de que muchos de ellos vienen revestidos —excavaciones o hallazgos antiguos— no confieren un carácter fiable a este porcentaje. Los materiales hallados en Coca, en su mayoría de excavaciones recientes de uno de nosotros (J. F. B.), reflejan un tanto por ciento de ornamentación menor —un 48 %— pero más fiable. Ambos datos deben ser tomados, no obstante, con la debida cautela, ya que una parte signifi-

de Pedraza, Santiuste de Pedraza (Segovia), 1972-73», *NAH.*, Arq. 5, 1977: 305-311), se hace referencia a una necrópolis con 30 enterramientos definidos, de los que siete son tardorromanos (p. 306). Aunque en la misma no se alude a los ajuares, la integridad de la pieza y la etiqueta «tardorromana» que conserva, nos hacen suponer que pueda proceder de alguna de estas siete tumbas. La ausencia de ajuares en las tumbas medievales (J. M.^a Izquierdo Bertiz, «La necrópolis medieval de Las Vegas de Pedraza (Segovia)», *XIV CNA*, (Vitoria, 1975), Zaragoza, 1977, p. 1.242), confirmaría este extremo.

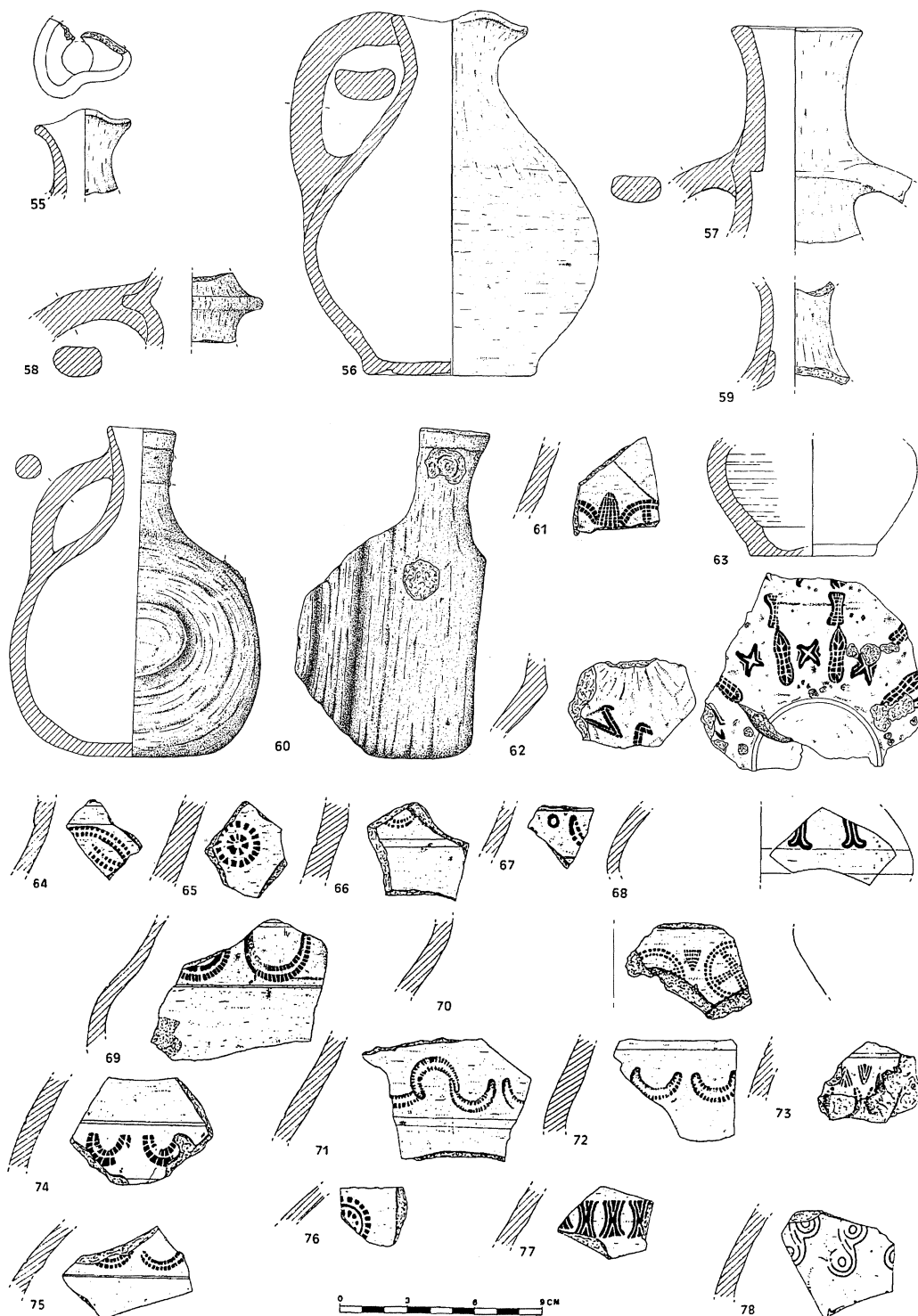


Fig. 7.

cativa del material no decorado corresponde a partes de vasijas que podrían haberlo estado. En cualquier caso, ya el menor de ellos apunta un alto índice y refleja un influjo muy fuerte de la tendencia imperante en la TSHT torneada de la época.

La ornamentación se efectúa bien en el borde — caso de algunos platos, fuentes u ¿orzas? (Cerrillo, 1984-85: 364, nº 2)—, en el hombro —orzas, jarros, jarras y otras formas cerradas—, en el cuerpo —cuencos, orzas, ¿vasos?— o en el fondo interno — platos y fuentes—. También es común a todas ellas el hecho de que esta decoración se realice, mayoritariamente, mediante estampación —un 96,55 % en el caso segoviano—, aunque se registran casos de decoración incisa —p. e. líneas onduladas sobre el borde o la pared del recipiente o rectas formando retículas—, punteada, burilada (?) o excisa, de las cuales sólo la incisión está recogida en el área segoviana con apenas un 3,45 % de las decoradas.

La decoración estampada bajoimperial es, desde su generalización en la sigillata africana D en torno al 320 d.C., y hasta la aparición de estas toscas producciones, un tipo de adorno documentado tan sólo en las sigillatas, aunque la TSHT, que la recoge hacia finales del primer cuarto del siglo IV o comienzos del segundo (Juan Tovar, e. p. b), emplee además el molde, el burilado, el punteado y la incisión, en ocasiones de manera combinada y exclusiva en el adorno de sus manufacturas, siendo así la única cerámica fina conocida del mundo tardorromano que agrupa un número tan amplio de técnicas para engalanar sus productos, hecho que heredan estos trasuntos de forma generalizada, exceptuando por ahora la decoración a molde, que no parece perder su exclusividad²².

Los motivos decorativos empleados, remiten en la mayoría de los casos a paralelos bien conocidos en la TSHT, que en buena medida los había asimilado a su vez de las producciones africanas o de las gálicas tardías. Sin embargo, resultan dibujos más esquemáticos y toscos, en general, con composiciones mayoritariamente simples en cuyo desarrollo rara vez se utilizan más de dos o tres punzones diferentes, que traslucen esquemas procedentes de las formas torneadas de la TSHT e incluso de las decoraciones a molde. Ello no significa que estemos ante una copia literal de aquéllas, al menos en la corta medida en que las conocemos, ya que se puede advertir una tenue libertad interpretativa y un cierto «gusto» por la variación, que aunque limitados contribuyen a diferenciarlas.

²² ¿O quizá sí?: cf. López, 1988: 193 y 197, fig. XVI, 167.

I.6.2. *Esquemas decorativos*

En todos los esquemas que se desarrollan sobre el hombro o el cuerpo de la pieza, predomina un fuerte sentido de la horizontalidad, de manera que los motivos se plasman en un número variable de fajas o frisos que rodean todo el vaso —salvo la zona ocupada por el pitón o las asas en caso de que las lleven—, que oscila entre uno y cuatro, en ocasiones separados por baquetones lisos o espacios vacíos y utilizando incluso partes estructurales de la pieza como los baquetones, que decorados con incisiones o pequeños círculos, forman parte de la disposición ornamental, usando a veces acanaladuras como único elemento de separación propiamente decorativo.

Los bordes que ofrecen ornamentación la limitan a una línea incisa o acanaladura continua, ondulada, recurso por otra parte muy corriente entre la cerámica común tardorromana, conociéndose un caso en el que ésta va acompañada de motivos estampados (Cerrillo, 1984-85: 364, nº 2).

La forma de decorar los fondos de algunos platos o fuentes sigue fielmente los esquemas más frecuentes en la TSHT, con una franja de motivos estampados al parecer más próxima al centro que a la pared, a veces con las acanaladuras que en la sigillata suelen enmarcar este tipo de adorno (nº 11) y otras sin ellas (Cerrillo, 1976: fig. 5, 24-26). Esquemas semejantes se encuentran en las gálicas tardías y en la africana D, pero estas apenas llegan a la Meseta Norte, sobre todo las gálicas, mientras la TSHT es hegemónica.

En consecuencia, los esquemas se articulan en función del número de frisos utilizados, del empleo que en ellos se haga de los diferentes tipos de decoración, y según existan o no acanaladuras entre dichos frisos.

I.6.3. *Repertorio de composiciones y punzones decorativos*

El estudio de los motivos decorativos empleados en las cerámicas bruñidas segovianas y su comparación con los presentes en otras comunes de la Meseta y norte peninsular, a la vez que con los plasmados en la TSHT y otras sigillatas, nos van a permitir establecer con mayor precisión el origen de las influencias y el momento en que estas se producen.

En primer lugar exponemos las diferentes formas registradas de componer la ornamentación, según el número de frisos utilizados y el modo en que los motivos se disponen en ellos, para después mostrar

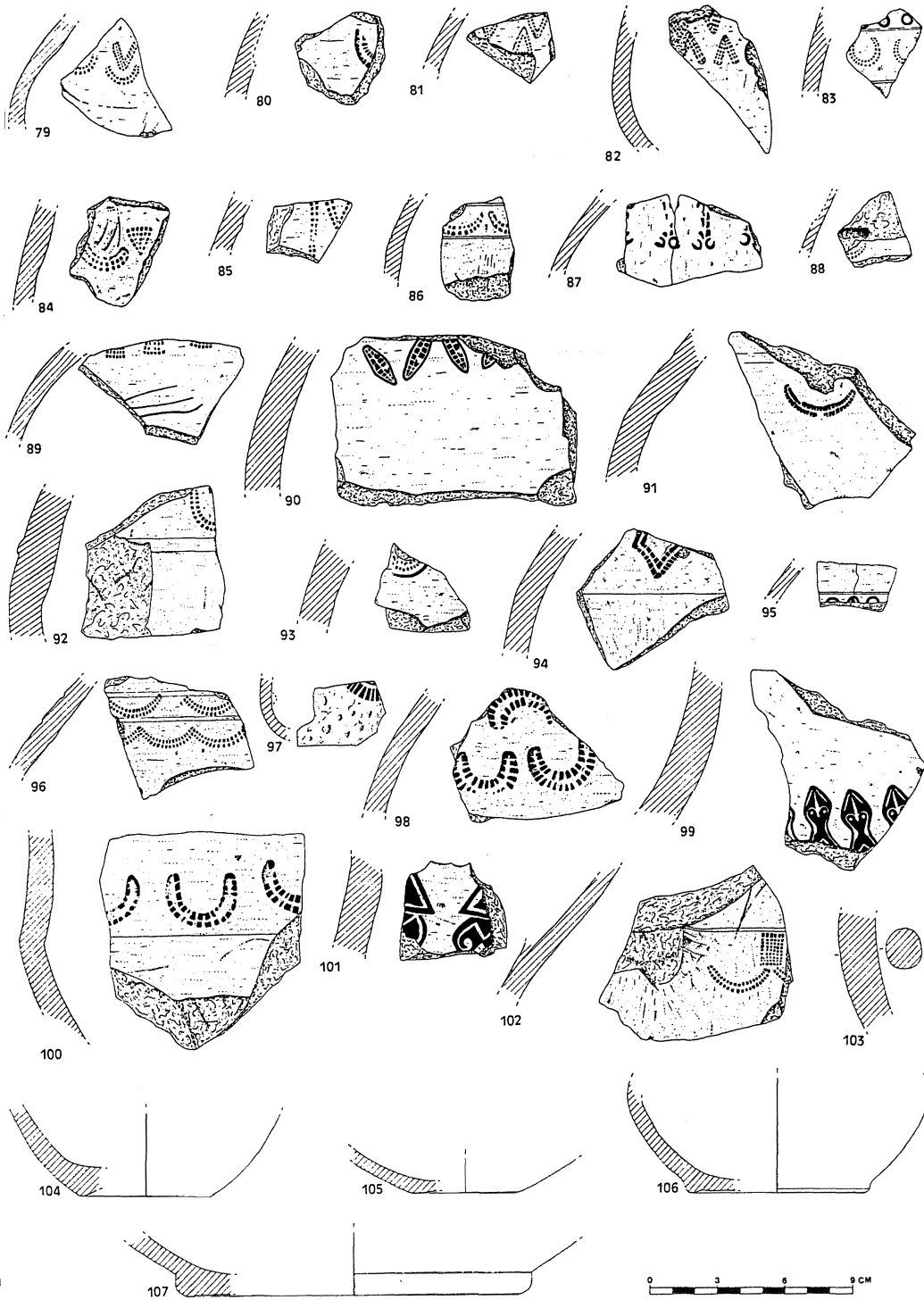


Fig. 8.

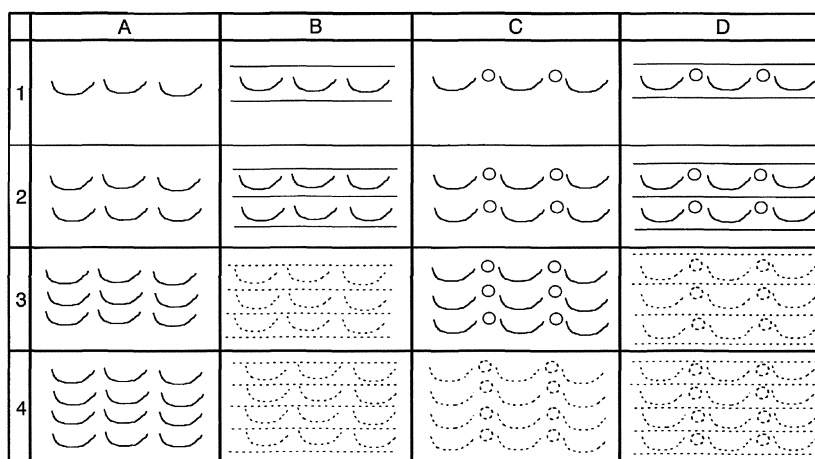


Fig. 9.

un repertorio con los diversos punzones empleados, según los tipos de motivos conocidos en estas cerámicas.

— Composiciones (fig. 9)

Consideramos como friso cualquier franja decorada de la pieza, sea cual sea el método o motivo empleado para rellenarla. Los frisos pueden aparecer separados por baquetones lisos o franjas vacías, pero a efectos de una clasificación primaria sólo consideraremos como factor de separación ornamental las acanaladuras.

Según la cadencia de los motivos sobre el friso y la presencia o no de acanaladuras, existen frisos de motivo único sin acanaladuras (A), de motivo único con acanaladuras (B), de motivos alternos sin acanaladuras (C) y frisos de motivos alternos con acanaladuras (D), siendo las diferentes composiciones recogidas en función del número de frisos: de friso único (1), de doble friso (2), con tres frisos (3) y de cuádruple friso (4).

Las composiciones de tipo A3 y A4 no figuran por ahora entre los materiales segovianos. Las B3-B4, C4 y D3-D4, todavía no han sido documentadas. La composición C3 de nuestra pieza nº 63 presenta el friso central con un motivo único, indicando una variante dentro de este esquema, mientras que en Navasangil aparece una composición variante de la A3 consistente en un doble friso de motivos únicos sin acanaladuras con un tercero de motivos alternos, ubicado en la parte inferior del vaso (Larrén, 1989: fig. 9, 156). La situación del tercer friso en la parte más baja y menos visible de la pieza, resultaba des-

conocida en la TSHT fuera de las formas decoradas a molde, sin embargo, recientemente hemos podido examinar un vaso inédito de la necrópolis de Hornillos del Camino (Burgos) que posee decoración estampada sólo en esa zona. La composición D2 sólo es conocida sobre una pieza del cerro de la Virgen de Tormejón (Lucas y Viñas, 1971: fig. 2, 1).

Todo ello permite señalar, *a priori*, diferencias y semejanzas entre distintas zonas geográficas, si bien al ser el *corpus* de materiales disponible, limitado y fragmentario, estas diferencias podrían no ser tales o incrementarse en el momento en que se disponga de una muestra más amplia y cumplida. De momento, los talleres cuyas piezas detectamos en la provincia de Segovia parecen utilizar con preferencia composiciones de uno o dos frisos, unas veces enmarcados o separados por acanaladuras y por tanto siguiendo fielmente la técnica empleada en la TSHT (nº 11, 30, 36, 42-43, 66-69, 71-75, 83, 86, 95-96 y 102) y otras sin ningún tipo de separación o enmarque (el resto), lo que representa en el primer caso un 33,93 % de todas las estampadas, contra un 55,36 % del segundo caso, y por tanto una clara primacía de estas últimas, con apenas seis fragmentos sin determinar.

Dentro del primer grupo la variedad de motivos es mucho más corta, con una abrumadora presencia de composiciones donde los arcos son el único dibujo o forman parte de ella, seguidas de pequeños círculos (tres casos), triángulos (dos casos), cuadrados (un caso), *plantae pedum* (un caso) o espirales en «S» (un caso), con apenas tres casos donde no aparezcan, y dudosos por tratarse de pequeños fragmentos. Las piezas al igual que los punzones son, por lo común, de elaboración más cuidada, con una

amplia variedad que comprende platos o fuentes, orzas de los tipos 1, 3 y 4, ¿vasos? (nº 30), algún jarro o jarra (nº 102) y en general formas cerradas de pequeño o mediano tamaño. En este grupo sólo una pieza presenta la decoración semiborrada (nº 43).

El segundo grupo ofrece una mayor riqueza decorativa y si bien los arcos siguen siendo frecuentes, el número de ejemplos donde ya no aparecen se incrementa. Los punzones, de cuidado dispar, registran un aumento de tamaño y casos de extrema tosquedad como el del fragmento nº 45. La calidad de las piezas es igualmente diversa, aunque la variedad formal parece menor, predominando las grandes orzas y jarras trilobuladas o con pico vertedor, entre las identificadas. En este grupo se encuentra la práctica totalidad de piezas con la decoración afectada por el bruñido (nº 48, 49, 51, 87 y 100).

Acerca de este grupo de cerámicas cuya ornamentación resulta casi borrada al efectuar el bruñido, el hecho de que en algún caso todavía vaya enmarcada por acanaladuras, como también se aprecia en un ejemplar de Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: fig. 2, 22), no debe ocultar el hecho de que tal fenómeno se produce sobre cerámicas de talleres diversos²³, y por tanto no parece un descuido ocasional en el adorno, sino una situación provocada por indiferencia generalizada que abocaría a su desaparición.

Las variaciones apreciadas entre estos grupos permiten suponer una cronología más temprana para el primero y tal vez una menor duración en el tiempo, con una segunda etapa donde figurarían la mayoría de las piezas del segundo grupo, y quizá un momento final representado por las de ornamentación semiborrada.

Un tipo de dibujo o composición que permite, una vez más, abundar en la relación clara y directa con las últimas producciones de la TSHT, en este caso de la variedad decorada a molde, está presente en la pieza nº 70, que reproduce un tipo de motivo, y a su vez un tema decorativo, muy característicos del tercer estilo de López, nos referimos al grupo 3B de grandes ruedas. Este tema se da igualmente sobre una jarra bruñida y con decoración excisa²⁴, del grupo A del Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: 77, fig. 4, 3), que podría reproducir una composición vista sobre una gran orza en TSHT de

la forma Hisp. 48, o similar, una de las últimas formas fabricadas a molde del repertorio hispánico, cuya morfología —fuertemente moldurada— parece que quisiera imitar. También la encontramos sobre jarros que imitan a la Hisp. 56-Palol 14 en cerámica pintada (Abascal, 1986: fig. 119, 636)

Los productos hallados en Salvatierra de Tormes componen a su vez un grupo particular que a pesar de mostrar evidentes contactos con el núcleo segoviano, son, hasta ahora, los únicos conocidos que utilizan composiciones de más de tres frisos en sus vasos, alternando en ocasiones la incisión o una especie de imitación de burilado (Cerrillo, 1976: 464-465, fig. 1, 3) con el estampado, combinaciones ausentes en la zona segoviana. La mezcla estampación-burilado es conocida en vasos de TSHT del *segundo periodo* (ca. 375 d.C. en adelante), con ejemplos cercanos en Almenara de Adaja (Mañanes, 1980: fig. 3, 1-2) o en una pieza inédita procedente de Coca, que distribuye sus estampaciones en frisos separados con franjas de burilado.

Otra característica de las cerámicas salmantinas reside en la presencia de frisos compuestos por finas incisiones o pequeños círculos, aplicados unas veces sobre la pared o bien sobre baquetones (Cerrillo, 1976: fig. 2, nº 8, 10, 11 y 12). El uso de unguilaciones o incisiones en baquetones también está bien atestiguado en la TSHT, en formas como la Palol 9 y 11 o la Hisp. 14-Palol 13 (Juan Tovar, e. p. a), siendo por lo general más cortas y anchas. Sin embargo en el estudio en curso sobre la hispánica tardía segoviana, contamos con un fragmento hecho a molde que delimita su decoración mediante un baquetón decorado con finas incisiones similares a las de las piezas de Salvatierra, mostrando una composición inédita enmarcable dentro del tercer estilo de López, que remite a momentos muy avanzados del *segundo periodo*.

Una última forma ornamental consiste en el uso de frisos de líneas, incisas o punteadas, formando retículas (Cerrillo, 1976, fig. 1, 1; fig. 3, 17) que —sobre todo las primeras— parecen formar parte del acervo familiar de estas comunes, aunque no son desconocidas entre los esquemas decorativos de la TSHT a molde (López, 1985: fig. 24, 3).

Precisamente uno de los rasgos más definitorios, al menos en una parte importante de las cerámicas de Salvatierra, estriba en la utilización del punteado para formar composiciones decorativas (Cerrillo, 1976: fig. 1, 1-2; fig. 2, 9-10; fig. 3, 14 y 20), idénticas a las que muestra un grupo de cerámicas lucenses de cronología altoimperial (época tiberio-claudia a flavios), recientemente publicado, dotadas de acabados bruñidos y decoración plástica, espatu-

²³ Caso de la pieza de Iruña (Loza, 1983: 149, foto 2).

²⁴ Dos fragmentos inéditos de esta vasija (Nº Inv. 69/XV/5 y 7) o de una similar, recogen parte de una metopa con los cuartos traseros de un cuadrúpedo, motivo frecuente en la TSHT (López, 1985: fig. 8, 43; fig. 14, 10, 12-13 y 19-20; fig. 23, 71), tal vez un cérvido.

lada, estampada e incisa (Alcorta, 1994: 202-208, fig. 4, 1; fig. 5, 2-4), que enlaza igualmente con las de los castros asturianos de La Escrita, San Chuis y Chao de San Martín dadas como bajoimperiales (Carrocera y Requejo, 1989: 24-25, fig. 2, 4-6), lo que podría sugerir pervivencias que influyen tangencialmente sobre ciertos grupos de estas cerámicas tardorromanas.

Mención aparte merecen las piezas aparecidas en la excavación de la basílica cristiana de Viseu, que además de motivos afines a los segovianos y baquetones con incisiones como los salmantinos, ofrecen decoración plástica de cordones ondulados, por ahora sin paralelo entre los talleres meseteños, característica esta última que, junto con las unguilaciones en los baquetones o la decoración incisa, parecen reflejar en cada caso el componente más localista aportado por las comunes tradicionales.

— Punzones y motivos estampados (fig. 10)

Es casi una constante en todos los ejemplos recogidos el empleo de la segmentación para componer los punzones. Desconocemos la causa por la cual se generaliza esta forma de crear los motivos, aparte de la evidente simplicidad de su elaboración, aunque podamos presumir sus orígenes, dada la presencia de círculos, cuadrados, arcos y otros elementos segmentados en la TSHT y otras sigillatas. Con todo, no están ausentes los punzones dibujados a línea y es en ellos donde se dan los casos de estética más «depurada», que curiosamente parecen coincidir con momentos ya avanzados de la producción, si bien cualquier precisión en este terreno resulta, por ahora, poco viable.

Como punto de partida, en este catálogo sólo recogemos los punzones aparecidos sobre las piezas segovianas aquí estudiadas, cuyo número es de setenta y cinco ejemplares diferentes. En la tabla que los agrupa cada uno lleva su número correlativo y entre paréntesis el de la pieza a que pertenece.

— *Arcos* (nº 1-29).—Es, con gran diferencia, el motivo más utilizado y el que mayor variedad de punzones muestra, hasta el momento, en los yacimientos segovianos, donde está presente en un 51,79% de las piezas, siendo a su vez el de más amplia difusión en la Meseta.

Se aprecian dos formas de componer este dibujo, una que lo desarrolla en una doble línea de segmentos y otra que ofrece un triple trazado (nº 29), mucho más rara y sólo detectada en piezas que no llevan el friso enmarcado por acanaladuras. La mayor variación se registra en el grado de apertura del

arco, desde arcos cortos y muy abiertos (nº 2), pasando por ejemplos muy amplios que adoptan una forma casi oval (Mañanes, 1983: fig. 62, 2), hasta muy cerrados, casi circulares (nº 17-19).

Aparte de que se empleen aislados o combinados con otros motivos, estos arcos suelen disponerse casi siempre con los extremos hacia arriba, formando guirnaldas, siendo pocos los casos en que se sitúan hacia un lado (nº 14), o contraeados (frag. nº 64, 71 y 98), aunque este último podría ser una composición de dos frisos con arcos hacia abajo en uno de ellos.

Los paralelos en la TSHT son abundantes y entre otros cabe citar los ejemplos de Castroverde de Cerrato (Mañanes, 1983: fig. 25, 8), Saldaña (Abásoleo *et alii*, 1984: fig. 20, 7) o Caracena (Jimeno *et alii*, 1980: 127, lám. III, 14), además de los plasmados en la copa de Taniñe (Caballero, 1975: fig. 4, 25) o los ya referidos en el apartado de los cuencos, de La Olmeda, Monte Cildá y Villanueva de Azoague, siempre en contextos datables del último cuarto del siglo IV en adelante.

Difusión: Armuña, Bernardos (Exc. Barrio-Fuentes), Carrascal del Río, Coca, Madrona, Montejo de Arévalo, Villeguillo (Mañanes, 1983: fig. 62, 1-2), Tiermes (Caballero y Argente, 1975: fig. 3, 26), Monte Cildá (García Guinea *et alii*, 1973, fig. 15, 3, lám. Selección 14-tipo 13), Villanueva de Duero (Mañanes, 1979: fig. 24, 21), Valbuena de Duero (Mañanes, 1983: fig. 33, 14), Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976 y 1984-85), Pelayos (Fabián *et alii*, 1986: fig. 2, 16-17), Zamora (Sánchez-Monge y Viñé, 1989: 138), Navasangil (Larrén, 1989: fig. 8, 155 y fig. 9, 156), Manzanares el Real (Caballero, 1989: fig. 2, 29), San Miguel de Escalada (Larrén, 1990: fig. 8, 11), Cacabelos (Mañanes, 1980: fig. 1, 9), Iruña (Loza, 1983: 149, foto 2) y Viseu (Pedro e Inês, 1995: Est. IX-X).

— *Círculos* (nº 30-39).—Figuran en un 16,07 % de las piezas, resultando el segundo modelo más frecuente. En los punzones conocidos predominan los círculos segmentados que encierran en su interior un segundo motivo, normalmente rosetas o círculos lisos. Cuando estos últimos son pequeños se emplean acompañando a otros o componiendo ellos mismos un friso, si bien este último caso sólo está constatado para la provincia de Segovia, en Carrascal del Río (nº 83).

Este grupo ofrece semejanzas muy directas con ejemplos de la TSHT decorada a molde y estampada, ya que aparte de la evidente similitud de la mayoría con motivos propios del primer estilo (López, 1985: fig. 7), que se renuevan durante el *segundo periodo* de esta cerámica mediante los estímulos

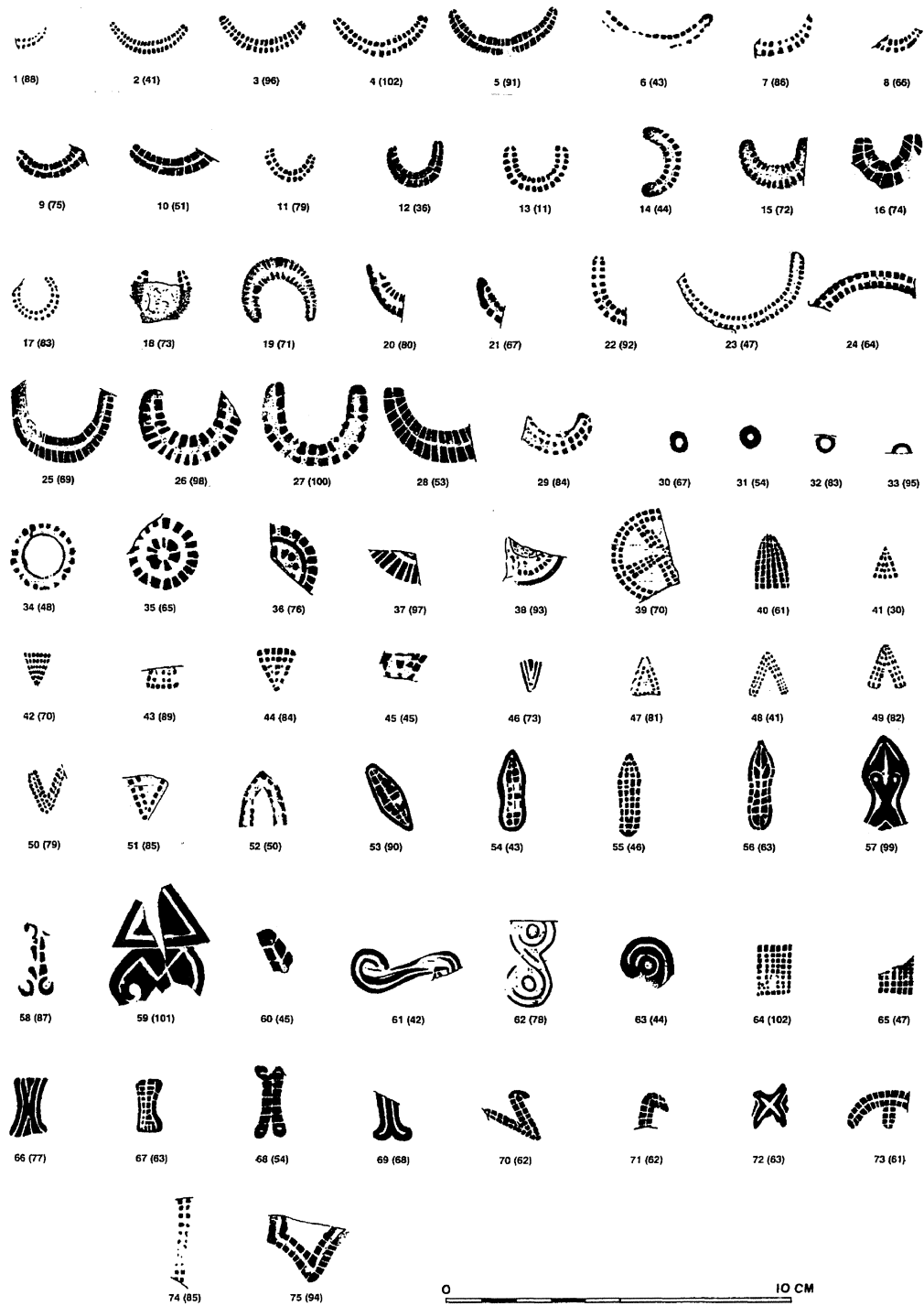


Fig. 10.

procedentes de las gálicas tardías, el nº 39 al que ya nos referimos en el apartado anterior, siendo uno de los pocos que conocemos que pudo haberse ejecutado empleando dos punzones distintos, guarda una acusada analogía con los motivos de grandes ruedas con cruces inscritas del tercer estilo de la TSHT (López, 1985: fig. 18 y 20).

Difusión: Armuña, Bernardos, Carrascal del Río, Coca, Samboal, Navasangil (Larrén, 1989: fig. 8, 155 y fig. 9, 156), Manzanares el Real (Caballero, 1989: fig. 2, 23; fig. 4, 3), Perales del Río (Blasco *et alii*, 1991: fig. 20, 86), La Torrecilla (Lucas *et alii*, 1982: fig. 5, A), Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976 y 1984-85), Monte Cildá (García Guinea *et alii*, 1973, fig. 15, 3, lám. Selección 14-tipo 13) y Viseu (Pedro e Inês, 1995: Est. IX).

— *Triángulos* (nº 40-47).—Es el tercer tipo más frecuente, con un 14,29%, aunque muy concentrado en el Cerro de la Virgen de Tormejón donde adopta una cierta diversidad de modelos y tamaños. Al igual que señalamos para los motivos angulares, este grupo podría derivar de los temas en forma de huso, según parece sugerir el modo en que se emplean sobre una pieza de Navasangil, precisamente componiendo ese tipo de dibujo (Larrén, 1989: fig. 9, 156). Tal como los vemos en esta cerámica aun no son conocidos en la TSHT, sin embargo sí aparecen entre las pintadas tardorromanas (Abascal, 1986: fig. 120, 638). En el estilo D de la africana entre c. 440-500 (Hayes, 1972: fig. 44, 105-106).

Difusión: Armuña, Carrascal del Río, Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976: fig. 5, 23), Navasangil (Larrén, 1989: fig. 9, 156), Manzanares el Real (Caballero, 1989: fig. 1, 12 y fig. 2, 27), Muriel (López *et alii*, 1985: 38, foto 1) y Viseu (Pedro e Inês, 1995: Est. IX-X).

— *Ángulos* (nº 48-52).—En todos los casos se trata de motivos con ángulos de 45°, compuestos por una doble (nº 51) o triple línea segmentada (nº 48-50) y sólo en una ocasión con forma ojival (nº 52), que se aplican normalmente combinados con otros motivos, siendo en solitario menos frecuentes. En definitiva, se asemejan a algunos de los del grupo de motivos triangulares, pero faltándoles la base. Al igual que señalamos para aquellos, su presencia en la TSHT u otras sigillatas aún no está constatada, por lo que ambos grupos podrían ser una derivación por división del tipo de motivos en forma de huso.

Difusión: Armuña, Coca y Navasangil (Larrén, 1989: fig. 8, 155).

— *Plantae pedum* (nº 53-56).—Este nuevo motivo, por ahora propio de la provincia de Segovia, figura tanto combinado como en solitario pero sólo

en un caso sobre frisos con acanaladuras (nº 43). Entre la TSHT se recogen testimonios en Saldaña (Abásolo *et alii*, 1984: fig. 20, 3) o sobre un molde de esta cerámica hallado en un alfar riojano (Solovera y Garabito, 1990: 79, fig. 3). Su origen se encuentra en la Africana D donde aparece en el estilo A(ii) tardío y en A(ii)-(iii) con fecha posterior al último cuarto del s. iv (Hayes, 1972: 252, fig. 43, 148), para seguir en productos locales del centro-este tunecino (*ibid.*, fig. 59, c), en las tripolitanas (*ibid.*, fig. 62, c-d) o en la *Late Roman C* (*ibid.*, 355, fig. 74, 29), ya con cronologías del siglo V en adelante. Curiosamente es un motivo que no aparece en las gálicas tardías, donde únicamente se dan algunas palmetas que recuerdan su forma (Rigoir, 1973: 54, nº 176 y 65, nº 752).

Difusión: Armuña, Coca y Duratón.

— *Palmetas* (nº 57-60).—El dibujo más llamativo plasmado en esta cerámica cuenta entre las bruñidas segovianas con cuatro punzones diferentes, los tres primeros trazados a línea y empleados en solitario, sin enmarque de acanaladuras, y el cuarto dudoso por cuanto podría tratarse de un arco segmentado, aunque la retícula en forma de nervadura de hoja y su disposición rectilínea le alejan de ese tipo de motivos. Singular el nº 57, por su proximidad a una *planta pedis*, tal vez más casual que intencionada.

Fuera de Segovia, tan sólo Salvatierra ofrece, por ahora, motivos equiparables (Cerrillo, 1976: fig. 3, 18 y fig. 5, 24), que en algunos casos parecen elaborados a partir de la combinación de varios punzones (*ibid.*, fig. 3, 17), mientras en otros resultan de difícil interpretación (*ibid.*, fig. 1, 4 y fig. 2, 9).

Aparte de su presencia en gálicas y africanas, entre los productos a molde de la TSHT se recogen varios ejemplos (López, 1985, fig. 9, 27 y fig. 11, 70 y 72), conociéndose estampados en Nájera (Garabito, 1983: fig. 4, 5) y *Clunia* (Rigoir, 1973: fig. 2), este último dado en su día como paleocristiana gala, así como en un fondo de plato de TSH brillante muy tardía (Caballero y Juan, 1987: fig. 14, 139).

Difusión: Armuña, Coca y Salvatierra de Tormes.

— *Dobles espirales en «S»* (nº 61-63).—Los tres punzones conocidos, todos procedentes de Armuña y ejecutados a línea, sólo aparecen enmarcados por acanaladuras en un caso (nº 61), careciendo de análogos fuera de Segovia. Paralelos claros encontramos en TSHT gris de Amaya (Abásolo, 1978: fig. 12, 19) y Nájera (Garabito, 1983: fig. 4, 1). Es corriente sin enlazar, p. e. en fondos de plato de *Coinmbriga* (Delgado, 1975b: pl. LXXXVI, 67-68).

Difusión: Armuña.

— *Cuadrados* (nº 64-65).—Toda la representación de estos motivos se concentra en el cerro de la Virgen de Tormejón, donde se manifiesta, o bien combinando con arcos o en solitario, adoptando un aspecto un tanto ahusado (Lucas y Viñas, 1971: fig. 2, 6).

Este tipo de dibujo, de cuadrícula reticulada, emblemático en la Africana D, de donde pasa a las gálicas tardías, cuenta con una creciente representación entre la TSHT, destacando en las producciones grises de Villanueva de Azoague (López y Regueras, 1987: fig. 4). En La Olmeda, también sobre hispánicas grises, se conocen círculos u óvalos segmentados (Nozal y Puertas, 1995: 117-118), así como en Saldaña (Abásolo *et alii*, 1984: fig. 21, 5). En un fondo de plato de TSHT anaranjada hallado en Armuña, se reproduce un motivo semejante aunque de retícula más fina e irregular (inédito), existiendo incluso sobre productos a molde en Relea (Juan Tovar *et alii*, e. p., fig. 3, 20) y otros yacimientos (López, 1985: fig. 7, 22 y fig. 10, 49). Cerámicas de Monte Cildá, de naturaleza no especificada, registran varios de estos dibujos (Bohigas y Ruiz, 1989: fig. 5, estamp. 1 y 2).

Difusión: Armuña, Perales del Río (Quero y Martín, 1987: fig. 2, 2), Salvatierra (Cerrillo, 1976: fig. 3, 15?) y Viseu (Pedro e Inês, 1995: Est. X).

— *Husos* (nº 66-67).—Podrían tener su origen en los motivos de columnas o quizá de aras altoimperiales, que sufren un proceso de esquematización en su camino a las producciones tardías, todavía rastreable en casos como el de la sigillata de Villanueva de Azoague, donde existen punzones segmentados (López y Regueras, 1987: fig. 4, D), que parecen reproducirse de manera más esquemática en común de San Miguel de Escalada. El friso superior del jarro del M.A.N. citado en el apartado dedicado a esta forma, ofrece un dibujo de líneas redondeadas, quizá variante del motivo tradicional más rectilíneo.

Motivos similares a los segovianos figuran estampados sobre TSHT de Los Tolmos (Jimeno *et alii*, 1980: lám. III, 21) y Coca (inédito), o en temas a molde de Puenteadura (Pérez y García, 1989: fig. 6, 1).

Difusión: Coca, Duratón, Manzanares el Real (Caballero, 1989: fig. 2, 21-23 y 28), Caracena (Jimeno *et alii*, 1980: lám. III, 9) y San Miguel de Escalada (Larrén, 1990: fig. 8, nº 11).

— «*Ces*» *contrapuestas* (nº 68-69).—Contamos con dos punzones diferentes de este dibujo, nada corriente hasta el momento, y sólo conocido en yacimientos segovianos. Existen paralelos en TSHT del castro de Monte Cildá (García Guinea *et alii*,

1966: fig. 5, lám. XIV, 9) y Zaragoza (Paz, 1991: fig. 26, 168). Su rareza y esquematismo, bien podrían indicar otra forma de simplificación del dibujo en forma de huso, como sugiere el paralelo zaragozano, aunque existe una composición de curiosas «ces» segmentadas en la copa de Taniñe (Caballero, 1975: fig. 4, 25), puestas a su vez en relación con ciertos motivos de vasos decorados a molde (López, 1985: 137).

Difusión: Carrascal del Río y Coca.

— *Figurados* (nº 70-71).—Sólo registramos un caso, en un fragmento hallado en *Cauca* (nº 62), donde aparezcan motivos interpretables como esquematizaciones animales, en esta ocasión dos diferentes y presumiblemente aves. Lo más cercano en común bruñida son los motivos de algunas piezas de Salvatierra (Cerrillo, 1984-85: fig. 2, 10 y 12; fig. 3, 16).

No existen paralelos directos, por ahora, entre la TSHT, si bien algunos dibujos en forma de «S» reticulada guardan una lejana similitud, caso de los estampados en piezas de Navasangil (Larrén, 1989: fig. 1, 86 y fig. 11) o en un plato inédito de Yanguas de Eresma.

Difusión: Coca.

— *Aspas* (nº 72).—Sólo consta un caso entre los materiales segovianos, con dibujo de trazo simple. Existe un punzón casi idéntico sobre una pieza del castro de Muriel y otro con retícula de doble línea segmentada sobre una orza inédita del Cancho del Confesionario²⁵.

Los paralelos entre la TSHT a molde son muy abundantes, por citar alguno cabe señalar los que figuran sobre moldes de Mecerreyes (López, 1988: fig. VII, 53-54), mientras que estampados se conocen, tanto de línea simple como más complejos, entre otros, en Saldaña (Nozal y Puertas, 1995: 107, E1, inserto en un cuadrado), Cabezón de Pisuerga (Mañanes, 1983: fig. 62, 7) Monte Cildá (Bohigas y Ruiz, 1989: 44, fig. 5, 10) y Nájera (Garabito, 1983: fig. 4, s/n).

Difusión: Duratón, Muriel (López *et alii*, 1985: 38, foto 1), Manzanares el Real (inédito) y Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976: fig. 1, 3; fig. 2, 13 y 1984-85: fig. 2, 15).

— *Peltas* (nº 73).—El único motivo asignable a este grupo es, a su vez, el segundo que se conoce formado por la combinación de dos punzones: un típico arco segmentado de doble línea y un pequeño rectángulo apuntado. Aunque no muy frecuentes se registran motivos similares sobre TSHT (López, 1985: fig. 22, 16; Saquero *et alii*, 1992: fig. 4, 6).

²⁵ M.A.N. Nº Inv. 30a1/VII/71.

No conocemos nada semejante ni en gálicas ni en africanas.

Difusión: Coca, Bernardos (Exc. Barrio-Fuentes).

— *Líneas segmentadas* (nº 74).—Estos motivos tan corrientes en la TSHT, cuentan, por ahora, con pocos ejemplos en esta producción. En Salvatierra se usan como parte de composiciones más elaboradas: arcadas, tramas romboidales o líneas en zigzag, mientras en Iruña se muestran formando un friso de dobles líneas segmentadas verticales, a modo de bastoncillos, semejantes a las de una pieza no muy clara de Tordesillas (Mañanes, 1980: 21, fig. 5, 10). En el resto, al tratarse de pequeños fragmentos, no se aprecia si formarían parte de un esquema más complejo, caso del único ejemplo segoviano, de doble línea vertical.

Los paralelos en TSHT son abundantísimos pudiendo citar sólo entre los estampados, ejemplos de Cabezón de Pisuerga (Mañanes, 1980: fig. 3, 6), Saldaña (Abásolo *et alii*, 1984: fig. 19, 7), Nájera (Garabito, 1983: fig. 4, 4), Zaragoza (Paz, 1991: fig. 11, 66) o Tarazona (Paz, 1991: fig. 61, 344).

Difusión: Campo de Cuéllar, Salvatierra de Tormes (Cerrillo, 1976: fig. 2, 10; fig. 3, 19 y fig. 4, 22), La Torrecilla (Lucas *et alii*, 1982: fig. 9, M), Tordesillas (Mañanes, 1980: 21, fig. 5, 8?-9? y 10) e Iruña (Loza, 1983: 149, foto 2).

— *Estrellas* (nº 75).—El único ejemplo de este grupo presenta un cierto paralelismo con los motivos en ¿estrella? de cuatro puntas, sea estampados o a molde, de la TSHT, con ejemplos en Baños de Valdearados (Argente, 1979: fig. 46, 793), Mérida (Caballero, 1982: lám. 5, 24) o Borja (Paz, 1991: fig. 26, 165).

Un motivo próximo, aunque más rectangular y con las puntas alargadas aparece en Monte Cildá sobre Palol-9 (Bohigas y Ruiz, 1989: fig. 5, 8).

Difusión: Abades.

Un último grupo, está compuesto por dibujos en forma de «D», también elaborados con líneas segmentadas, según una pieza del Cerro de Tormejón (Lucas y Viñas, 1971: fig. 2, 1)

Lo que acabamos de ver en las decoraciones de estas cerámicas corrobora lo que ya habíamos apreciado a través del estudio morfológico, y es la abrumadora influencia de la TSHT. No obstante, existen ciertos motivos para los que no hallamos paralelos idénticos, ni en esta ni en otras sigillatas, tal vez porque —al igual que ocurría con algunas formas— en lo que concierne a sistematización de la hispánica está aún casi todo por decir, sin descartar que pueda tratarse de dibujos exclusivos de estas bruñidas.

Si bien estamos convencidos de que no tienen una relación directa, no queremos pasar por alto la similitud existente entre algunas de estas estampaciones y ciertos motivos que adornan los vasos cerámicos de esta zona del Duero Medio durante los siglos III-I a.C., adjudicables culturalmente al mundo de Cogotas II/Celtibérico. Las enormes diferencias técnicas y formales entre ambas producciones hacen prácticamente imposible que se puedan confundir, aunque algún autor sí las haya mezclado en el pasado.

El motivo que, a primera vista, ofrece mayor similitud en ambas fases culturales, es aquel que para el mundo prerromano se conoce como «tipo Simancas» (nº 70-71), una especie de ánade que suele aparecer sobre ondas o círculos, que semejan agua (Rivera, 1948-49; Wattenberg, 1978: 167-167). No obstante, vistas en detalle, son mayores las diferencias que las separan, que las similitudes que las unen. Las tardorromanas son más geometrizadas y angulosas, y su interior aparece íntegramente segmentado, tal como es habitual en sus contemporáneas.

Otro motivo infrecuente entre las tardorromanas, que recuerda ejemplos prerromanos, es esa especie de pelta o ancla invertida (nº 73), que aunque no se conoce en estampación, sí consta tanto en relieve como pintada (Romero, 1976: fig. 2, 3 y 7).

Si pensamos que estos «paralelismos» no son tal, sino mera similitud formal, es porque, además de la enorme distancia cronológica y cultural que los separa, no parece razonable que pervivan motivos tan raros y rebuscados ya incluso en época prerromana, en vez de las fáciles, características y corrientes rosetas, aspas, esvásticas, etc., motivos que precisamente no figuran o cuentan con escasa representación entre las bruñidas tardorromanas. Ni siquiera en las producciones celtibéricas grises estampadas en uso entre 130 y 75 a.C. (Blanco, 1993) están constatados estos motivos de «tipo Simancas» y «ancoriformes». Razón de más para no pensar que se «imitaran» en el siglo V d.C.

Cualquier otra concordancia basada en motivos geométricos más simples, como círculos, triángulos o cuadrados, debe quedar descartada por su estereotipada universalidad.

Por otra parte, nos llama la atención que algunos elementos decorativos de estas cerámicas como las finas incisiones en los baquetones de Salvatierra de Tormes y Viseu, además de aparecer entre las comunes ordinarias, cuenten con paralelos muy directos en TSHT hallada en la provincia de Segovia o en otras zonas al sur del Duero. Suponemos que ello puede deberse a que aún no disponemos de una vi-

sión precisa y sistemática de grandes conjuntos de TSHT en todo el ámbito de la Meseta, pero tampoco debemos descartar la posibilidad de encontrarnos ante los primeros indicios de una eventual producción de TSHT en alguna de estas zonas meridionales.

En todo caso, es patente que la razón de que exista una gran semejanza entre motivos dispersos por yacimientos tan alejados entre sí, no se debe a que puedan proceder de un mismo taller, que comercializa sus productos simultáneamente en todos ellos, dadas las diferencias perceptibles en todos los ordenes, sino, antes bien, a la circunstancia de que todos los talleres que producen estas comunes, toman un mismo modelo, intensamente difundido por todo el interior peninsular, tan familiar para los alfareros como para el consumidor. Nos referimos, claro está, a la TSHT.

1.7. *Cerámicas afines*

En una situación tan compleja como la que observamos, la búsqueda de afinidades, incluso dentro de lo aparentemente obvio, resulta ardua en extremo.

El mayor problema con el que se suele tropezar radica, básicamente, en diferenciar la producción de TSHT de aquellas comunes engobadas, o de otro tipo, que la imitan. En principio y hasta que se tenga un conocimiento meridianamente claro de todas las peculiaridades que engloba esta sigillata, un elemento de juicio determinante estriba en el tipo de arcilla empleada en la confección del producto, ya que siempre que se trate de arcillas magras, no cabe duda que, con independencia del acabado utilizado, estaríamos ante una imitación en cerámica común, más o menos fina, pero siempre atribuible a esta especie, de suerte que el problema se puede acotar en buena parte. De más difícil solución es el caso de las cerámicas fabricadas con arcillas grasas, donde muy raramente, y casi siempre de manera accidental, aparecen intrusiones en grano, cuarcíticas o de otra especie, puesto que son arcillas depuradas y aquellas figuran en polvo ($< 0,05$ mm), como un factor de corrección de la plasticidad y del color. Dado el peculiar tratamiento que requieren estas arcillas y los procesos de fabricación que implican (ver apartados I.3 y I.4), en la época que estamos tratando, parece dudoso que se dieran con asiduidad tales productos, fuera de la industria de la TSHT, y menos si están dotados de barniz, lo que supone que, con independencia de su calidad como producto acabado, la mayoría de las que se están identifi-

cando como «finas engobadas», podrían ser TSHT.

Dentro de ese *mare magnum* hemos aislado algunos ejemplos, que según lo expuesto en la bibliografía, pueden situarse en el mismo marco cronológico y específico que estas bruñidas, aunque correspondan efectivamente a familias diversas. Sin ir más lejos, en la Meseta Norte, Asturias y mitad norte de Portugal, aparte de las ya referidas en la Meseta Sur, se encuentran ciertas cerámicas cuya afinidad con las aquí estudiadas trasciende lo puramente casual. Inscritas casi todas, por los que se han ocupado de su estudio, entre las cerámicas comunes, o debiendo inscribirse entre ellas en razón de las descripciones aportadas, imitan formas y decoraciones propias de la sigillata, reciben alisado o engobado para simular acabados análogos, aunque en ocasiones parecen no haber tenido ningún tratamiento en particular, y recurren siempre a arcillas magras con desgrasantes preferentemente cuarcíticos y abundante mica.

En la Meseta Norte aparte de los diversos yacimientos ya citados a lo largo del texto y alguno más recogido en la relación de la fig. 11, debemos destacar la villa de La Olmeda, con un reciente estudio (Nozal y Puertas, 1995), en el que además de un notable conjunto de TSHT gris, se registran varios ejemplos de comunes engobadas poco numerosos, pero sumamente interesantes dada la naturaleza del yacimiento. Ya los autores señalan la existencia de varias piezas, de textura más tosca y desgrasantes gruesos, que circunscriben a algunas ollas, cuencos o jarras (*Ibid.*, 123-124). Sin embargo, un examen de los materiales publicados apunta algunos casos más que conviene advertir. Se trata de piezas con desgrasante fino-medio a grueso que les confiere un aspecto granuloso o arenoso, más tosco, de engobes prácticamente desaparecidos o mal conservados grises oscuros y mates, contrastando con los de la TSHT, por lo general mejor conservados, brillantes o «acharolados». Así los platos 33 y 84 de burda factura y quizá el nº 65, más los cuencos nº 32, 49, 60 y 80 y el fragmento de tapadera nº 11, entre las formas abiertas, podrían pasar a engrosar este grupo, al que sin duda pertenece el cuenco nº 37, cuya forma cuenta con paralelos entre las bruñidas de Bernardos (Barrio y Fuentes, e. p.). En los recipientes cerrados el número de imitaciones es mayor siendo claras las orzas 46-47 y dudosas las nº 13 y 20, como seguras son las jarras 29 y 34, las ¿botellas? nº 6 y 76 —con las nº 7 y 8 como dudosas—, el fondo nº 52 y tal vez el 73.

También en el cercano castro de La Morterona parecen existir indicios de estas imitaciones engobadas, como un gran plato de pasta gris grosera y con

abundante mica, ornado con estampaciones de arcos y columnas, de idéntico esquema (D1) que nuestra pieza nº 102, (Abásolo *et alii*, 1984: 115, fig. 22).

En el yacimiento soriano de Los Tolmos dentro de un amplio conjunto de TSHT, existe un pequeño lote de productos a veces con engobe y otras sin él —¿porque nunca lo tuvieron, o porque lo han perdido?—, bien diferenciados en su estudio (Jimeno *et alii*, 1980: 126-129, lám. III, 4-8). Sus masas cerámicas son de tonos pardo-grisáceos, apenas tamizadas y con desgrasantes gruesos de chamota, mica y cuarcita, resultando piezas de aspecto tosco, decoradas con estampaciones, excepto un cuenco, de forma semejante a la Rigoir 6b, que lo está mediante impresiones irregulares tal vez realizadas con un cordel.

De la zona asturiana se conocen varios trabajos sobre pequeños conjuntos cerámicos de más o menos clara cronología tardorromana, que han aportado un cierto número de muestras, pero pocos elementos de juicio para poder determinar su exacta naturaleza. Dos grupos básicos de productos diferenciados, tanto por la calidad de la arcilla empleada, como por el tipo de acabado parecen distinguirse, aunque las descripciones aportadas por los diversos autores —a veces contradictorias— no siempre facilitan esta articulación. El primer grupo estaría compuesto por comunes finas más o menos depuradas, con desgrasantes micáceos y cuarcíticos finos o medios, distribuidas en dos familias, una de artículos engobados y otra de productos alisados.

Las comunes engobadas aportan, por ahora, el grupo más significativo de productos que imitan la sigillata, pero también el que, en función de los datos publicados, plantea mayores dudas sobre su preciso encuadramiento, de manera que hemos entresacado aquellos ejemplos que parecen resultar más fiables. Casi todos ellos se vienen caracterizando como *TSHT imitación de paleocristiana*, por razones puramente formales o decorativas, a pesar de que las características físicas no se corresponden con las de una sigillata, o como *imitaciones de sigillatas grises gálicas tardías* siguiendo la línea marcada por Caballero. En él se encuadran diversos testimonios de gran afinidad ornamental con los grupos segoviano y salmantino y en especial con este último, como las piezas de El Chao de San Martín (Carrocera y Requejo, 1989: 28, fig. 2, 4), La Escrita (*ibid.*, 28, fig. 2, 6), San Isidro (*ibid.*, 29, fig. 2, 8) y probablemente la de San Chuis (*ibid.*, 28, fig. 2, 5), en las que se advierte una notable semejanza con ciertos esquemas decorativos presentes en cerámicas de cronología altoimperial halladas en Lugo, cuya posible interrelación deberá ser objeto

de un análisis detallado cuando el estudio de los materiales lucenses esté disponible. También entrarían dentro de este primer grupo las imitaciones detectadas en Gijón (Uscatescu *et alii*, 1993: 386-387, fig. 2, 1-4), Castro de Arancedo (Carrocera y Requejo, 1989: 27, fig. 1, 1), y quizá, un cuenco del castro de Coaña (Carrocera y Requejo, 1989: 28, fig. 1, 3) y un fragmento de Murias de Beloño con estampaciones de ¿husos? segmentados (Encinas y García, 1989: 132, fig. 1, 2, lám. 1, 2), que recuerdan a las del jarro del M.A.N. ya citado.

El grupo de productos alisados, mucho menor, aporta varios cuencos hallados en las termas romanas de Gijón (Uscatescu *et alii*, 1993: 387-388, fig. 3, 5-7) y ciertos fragmentos estampados procedentes de la excavación de la muralla de esta ciudad²⁶.

El conjunto de piezas de Murias de Paraxuga, cuenta con ejemplos que podrían adscribirse a ambos grupos, pero los diversos estudios realizados (Encinas y García, 1989; Requejo, 1989 y Carrocera y Requejo, 1989), aportan datos a veces discordantes, tanto en las descripciones, como en los dibujos e interpretación de algunas decoraciones, que dificultan su definición²⁷.

El segundo grupo de cerámicas está formado por comunes ordinarias de calidades y acabados diversos, decoradas con líneas incisas y en un caso estampada, donde el ¿influjo? de la sigillata parece más diluido y limitado a algunas formas abiertas. Los conjuntos más importantes proceden de Murias de Beloño (Encinas y García, 1989: 133 ss.) y Murias de Paraxuga (*ibid.*; Requejo, 1989: 141 ss., fig. 2; Carrocera y Requejo, 1989: 25-26, fig. 3), inscritos dentro de un arco cronológico que abarca desde el siglo IV al X.

Aparte de estos dos grandes conglomerados cerámicos existe todo un capítulo de hallazgos de piezas engobadas (¿o barnizadas?), aparentemente elaboradas con arcillas grasas, a las que por costumbre se suele caracterizar como *imitaciones de paleocristiana*, en la misma tónica de lo que ya hemos visto en la Meseta. Su proximidad formal a las producciones gálicas tardías tiene buena culpa de ese automatismo, sin embargo, como en el resto de la TSHT cocida con una última fase reductora, esa afi-

²⁶ Piezas de próxima publicación, cuyo conocimiento agradecemos a la Prof. C. Fernández Ochoa de la U. A. M.

²⁷ Como ejemplo, cabe señalar un plato de forma asimilable a la Rigoir 1, descrito en un trabajo sin restos de engobe o barniz, carente de decoración y con abundantes y finos desgrasantes —diám. aprox. 40 cm.— (Requejo, 1989: 143, fig. 1, 6), y en otro, con barniz negro muy perdido, decoración en el borde y desgrasantes mínimos —diám. aprox. 28 cm. tomado del dibujo— (Encinas y García, 1989: 132, fig. 1, 8). ¿Es el mismo plato?

nidad presenta diferentes grados, que algunos autores atribuyen a una mayor o menor cercanía cronológica al momento en que la influencia se manifiesta. El conjunto mejor diferenciado procede de las termas romanas de Gijón (Uscatescu *et alii*, 1993: 386-387, fig. 2, 1-4), aunque existen ejemplos dispersos por la mayoría de los yacimientos ya mencionados. En cualquier caso, y siempre que se confirme que estamos ante cerámicas «finas», no comunes, barnizadas, reiteramos la futilidad del término «imitación» para diferenciarlas, pues no serían más que ejemplos de la TSHT producida durante su ya referido *segundo periodo*.

Las características que muestran todas estas comunes engobadas grises detectadas en la Meseta y Asturias, concuerdan con las de productos de zonas vecinas como el Valle del Ebro donde, a veces, se contemplan como gálicas tardías (Paz, 1991: fig. 89, 1, fig. 91, 9-10 y fig. 92, 14 y 16).

Para los productos procedentes de territorio portugués, sólo contamos con el estudio que J. Alarcão dedica a las cerámicas comunes de *Conimbriga*, en el que dentro de las producciones bajoimperiales se estudian varios grupos cerámicos que encajan perfectamente en este apartado.

El primero de ellos, que Alarcão denomina *cerámicas anaranjadas finas* (Alarcão, 1974: 93 ss.), reúne un amplio conjunto de formas, entre las cuales ya se señala una muestra de piezas con influencias de las sigillatas africanas y de las hispánicas tardías, del que queremos destacar varios aspectos. Se trata de un grupo de acabados heterogéneos, ya que a él pertenecen tanto el jarro trifálico bruñido mencionado en el apartado de las jarras con pitón, como piezas engobadas y otras que, entendemos, podrían no estarlo. La representación formal la acaparan cuencos y platos, donde son mayoría los que cuentan con paralelos muy directos en la TSHT (*ibid.*, pl. XXIX, 610-615, pl. XXX-XXXI y pl. XXXII, 657-660), algunos de estos últimos con bordes decorados mediante incisión y hallados en contextos datados en los siglos IV y V, con claro predominio de este último (*ibid.*, 148-149), fechas que a pesar del carácter poco fiable que se les achaca, coinciden, en algunos casos puntuales, con la cronología que venimos observando para sus prototipos en TSHT. No obstante, sería necesario un estudio pieza por pieza para poder calibrar con mayor precisión este extremo.

El siguiente grupo es el denominado *cerámica de Avelar* (Alarcão, 1975: 99-100), y aunque menos numeroso que el anterior, ofrece más puntos de contacto con los productos segovianos, empezando por su acabado, consistente en un llamativo bruñido que

alcanza tonos metalizados (*ibid.*, 99, pl. LXVI, 5). Cocida irregularmente, cada pieza llega a mostrar diversas tonalidades que abarcan del pardo-rojizo al gris, con pastas donde el cuarzo, los feldespatos y otros componentes, están presentes. Como en el grupo anterior las semejanzas formales con la TSHT son muy acusadas entre platos y cuencos, que muestran decoración incisa y burilada (*ibid.*, pl. XXXIII, 666-686), aunque por ahora se diferencien de las bruñidas de la Meseta por la ausencia de estampado. Mayoritariamente aparece en contextos del siglo V (*ibid.*, 149).

Separados de las cerámicas comunes, existen dos grupos más analizados por M. Delgado. El primero se incluye en el volumen dedicado a las sigillatas, dentro del capítulo destinado a la clara D (Delgado, 1975: 271 y 282-284, pl. LXXIX, 158-174). Como la propia autora reconoce, este grupo al que atribuye un probable carácter local, se encuentra muy próximo al de las cerámicas anaranjadas finas antes referido, con pastas muy micáceas, abundantes partículas de calcita y gruesas intrusiones de chamota y cuarzo. Su cocción irregular provoca importantes variaciones cromáticas, que van del rojo ladrillo al gris, consistiendo su acabado en un alisado más o menos consistente, excepto un par de ejemplares que pudieron haber recibido un engobe muy ligero. Sus formas y decoraciones vuelven a remitir indistintamente a la TSHT y a la Africana D, de la segunda mitad del siglo IV a mediados del V.

El último grupo figura dentro del volumen dedicado a las cerámicas varias, en el capítulo relativo a las grises bajoimperiales. Recoge platos o cuencos que reproducen o guardan cierta familiaridad con formas presentes indistintamente en la TSHT, en la Africana D y en las gálicas tardías, de ahí que su estudio se realice en unión de un minúsculo grupo de productos de origen galo, a pesar de su reconocido entronque con las comunes (Delgado, 1976: 65).

Todas se caracterizan por carecer de engobe y no aportan ningún tratamiento especial exceptuando un grupo que presenta trazas de *alisado* o de un ligero *pulido* (Delgado, 1976: 66-67, pl. XV, nº 3-4 y 6-21, pl. XVI, 23 y 26-38). En general, ofrecen cocciones de tipo mixto con superficies que llegan a ser de color terroso, es constante la presencia de desgrasantes cuarcíticos, en ocasiones voluminosos, y de mica, siendo más ocasional la de hematites y carbonatos.

La única decoración conocida se limita a los bordes, donde aparece una línea ondulada (aportada por las comunes tradicionales), o quebrada (más cercana a la TSHT), siempre incisa, y en ocasiones deco-

ración plástica a base de perlas en relieve sobre el labio, adorno ya visto en la tardía de Villanueva de Azoague. El único fondo aparecido, muestra una doble línea quebrada incisa enmarcada por acanaladuras, remedo del típico ornato en estrella de los platos de TSHT.

Sólo una de estas piezas procede de un contexto datado, precisamente en un corte de destrucción del 465-468 (Delgado, 1976: 65, pl. XV, 10), aunque es muy probable que su manufactura sea algo anterior.

La denominada *TSHT meridional* (Orfila, 1993 y 1995), antes conocida como *sigillata paleocristiana de Castulo*, podría ser producto de un fenómeno semejante al que impulsa la aparición de estas comunes en el septentrión peninsular. Ya nos hemos pronunciado brevemente, en otras ocasiones, acerca de las dudas que a nuestro entender despierta esta supuesta sigillata, sobre la que, una vez más, han obrado en exclusiva interpretaciones puramente arqueológicas o formales, que por sí solas no justifican una adscripción familiar, dudas sobre las que ahora deseamos reflexionar con mayor detalle, dada la difusión que estos productos parecen tener en la Meseta Sur.

Según los principios básicos que permiten diferenciar la TSHT de la común bruñida, o de otras producciones que la imitan, el factor que resulta definitorio a la hora de caracterizar esta producción *meridional* es el tipo de masa arcillosa usada en su confección. Y en ellas, los análisis por difracción de rayos X publicados en 1979, ya indicaban la gran semejanza existente con las comunes castulonenses, con neta presencia de cuarzo, feldespatos y mica, ambas elaboradas a partir de arcillas micáceas no calcáreas, en las que el único factor diferencial sería el mayor grado de depuración de las *paleocristianas* (Linares, 1979: 260 y 263), que no llega a evitar la presencia de desgrasantes con tamaños de varios milímetros (Orfila, 1993: 128; 1995: 193-194). Estamos pues, ante una arcilla magra, con un cierto índice de depuración, cuando lo tuvo, y por tanto ante una cerámica común más o menos fina, pero común, con lo que cualquier equiparación con la TSHT debería ir precedida, como en el caso de estas bruñidas o de las otras comunes examinadas, del término «imitación de» o equivalente.

A ello habría que añadir, un engobe (no *sinterizable*) de intermitente aparición e irregular cromía, y una masa cerámica de tonos tan desiguales en la superficie como en el núcleo (Orfila, 1993: 128; 1995: 194), indicando el empleo en su cochura de hornos de tiro vertical a llama libre, en los que fue sometida a una cocción por convección, sin duda deficientemente regulada en muchos casos.

Sólo cuando aparecen cubiertas de este engobe —y únicamente en lo que se refiere a este punto—, recuerdan a la última y peor TSHT, rasgo que comparan con imitaciones de otras zonas.

1.8. *Difusión*

El no muy amplio número de testimonios disponibles y el carácter embrionario de su estudio, no permiten llegar a conclusiones firmes acerca del alcance o significado de la difusión de estas bruñidas, por lo que, aparte de señalarla, nos limitaremos a apuntar algunas hipótesis a este respecto.

El mapa de la fig. 11, recoge los puntos donde hemos observado la presencia de cerámica común bruñida, y aquellos otros de variedades conocidas emparentables con ella: engobadas y alisadas, que desde nuestra hipótesis son expresiones diversas de un fenómeno común, y a las que nos hemos referido en el apartado anterior. Dicho mapa, que no pretende ser exhaustivo, muestra una fuerte presencia de todos estos tipos cerámicos en las zonas occidentales de la Meseta Norte y en aquellas cercanas a ella de la Meseta Sur, mientras que cuenta con escasos testimonios en los territorios centro-orientales: Palencia, Burgos, Soria al norte del Duero..., resultando desconocidos por ahora en las zonas cántabra y vasca y en el Valle del Ebro (exceptuando el caso de Iruña), tal vez por encontrarse más próximas a las áreas burgalesa y riojana donde se localizan la mayoría de los centros de producción de TSHT descubiertos hasta la fecha (Juan Tovar, e. p. b).

Atendiendo a los diferentes acabados, la común bruñida es, por el momento, la de más amplia distribución, con una mayor concentración en las provincias de Segovia, Ávila²⁸, Sur de Valladolid, Oeste de Salamanca y Zamora, y Norte de Madrid, con extremos en Iruña al Norte, *Conimbriga* al Oeste, y Pico de la Muela al Sureste, aunque este panorama es, obviamente, provisional y no refleja más que el estado actual de la investigación. Lo mismo podemos decir de las restantes producciones, y aún más señalado si cabe, en el caso de *Conimbriga*, por cuanto constituye un ejemplo aislado, dada la escasez de estudios sobre cerámicas tardorromanas en el territorio luso.

Esta primera visión del fenómeno difusor que ofrecen estos productos, podría estar indicando una retracción del comercio terrestre de la TSHT hacia

²⁸ Disponemos de diversas noticias sobre un número importante de yacimientos abulenses con cerámicas de este tipo, pendientes de confirmación y por tanto no recogidos en este trabajo.

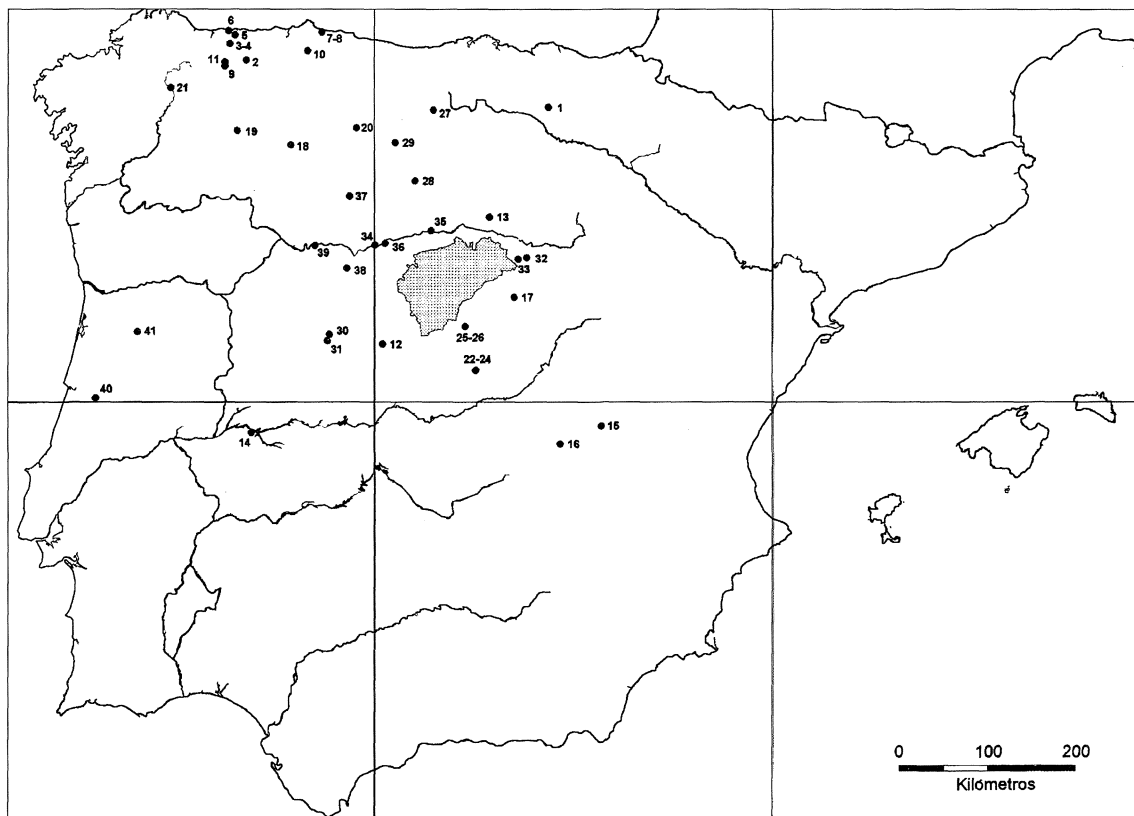


Fig. 11.—Yacimientos con hallazgos de cerámica común imitación de sigillata.

NUM.	PROVINCIA	MUNICIPIO	YACIMIENTO	BIBLIOGRAFIA
1	Álava	Iruña de Oca	Trespuentes-Iruña	Loza, 1983: 149, foto 2
2	Asturias	Allande	Pola de Allande, Castro de San Chuis	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 2, 5
3	Asturias	Boal	Castro de la Escrita	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 2, 6
4	Asturias	Boal	Castro de Penda	Carrocera y Requejo, 1989: 23
5	Asturias	Coaña	El Castrillón	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 1, 3
6	Asturias	Franco, El	Arancedo, Corona de Castro	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 1, 1
7	Asturias	Gijón	Cenero, Murias de Beloño	Encinas y García, 1989; Carrocera y Requejo, 1989: fig. 1, 9
8	Asturias	Gijón	Termas romanas	Uscatescu <i>et alii</i> , 1993
9	Asturias	Grandas de Salime	Castro de El Chao de San Martín	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 2, 4
10	Asturias	Oviedo	Murias de Paraxuga	Encinas y García, 1989; Requejo, 1989; Carrocera y Requejo, 1989
11	Asturias	Pesoz	Castro de San Isidro	Carrocera y Requejo, 1989: fig. 2, 8
12	Avila	Solosancho	La Cabeza de Navasangil	Larrén, 1989.
13	Burgos	Baños de Valdearados	Santa Cruz	Caballero y Argente, 1975: 123, fig. 3, 692?
14	Caceres	Garrovillas	Alconétar	Caballero, 1970: 40, fig. 10, 15
15	Cuenca	Valeras, Las	Pico de La Muela	Valiente, 1981: fig. 13, (nº 20 bruñida) y fig. 19 y 20bis.
16	Cuenca	Villaescusa de Haro	Villaescusa de Haro	Fuentes, 1980: 162-163, fig. 31
17	Guadalajara	Tamajón	Muriel, Castro de Muriel	López <i>et alii</i> , 1985: 38, foto 1
18	León	Astorga	<i>Asturica Augusta</i>	Alcorta, 1994
19	León	Cacabelos	Castro Ventosa	Mañanes, 1980: 12, fig. 1, 9
20	León	Gradefes	San Miguel de Escalada	Larrén, 1990: 229, fig. 8, 11-13
21	Lugo	Lugo	<i>Lucus Augusti</i>	Alcorta, 1994
22	Madrid	Getafe	La Torrecilla	Lucas <i>et alii</i> , 1982: 223, fig. 5A
23	Madrid	Getafe	Perales del Río	Quero y Martín, 1987; Blasco <i>et alii</i> , 1991
24	Madrid	Getafe	Getafe	Caballero, 1985
25	Madrid	Manzanares el Real	Cancho del Confesionario	Caballero y Argente, 1975: 126-127, fig. 4, 32-36; Caballero, 1989
26	Madrid	Manzanares el Real	Ermita de Peña Sacra	Caballero y Argente, 1975: 124, fig. 3, 26.
27	Palencia	Aguilar de Campó	Olleros de Pisuerga, Monte Cildá	García Guinea <i>et alii</i> , 1966: fig. 5, lám. XIV, 9; García Guinea <i>et alii</i> , 1973: fig. 10, 3
28	Palencia	Monzón de Campos	Villajimena, El Castellar	Bohigas-Ruiz, 1989: 36-42
29	Palencia	Pedrosa de la Vega	La Olmeda	Nozal y Puertas, 1995
30	Salamanca	Pelayos	Cuarto de las Hoyas	Fabian <i>et alii</i> , 1986: 192-193, fig. 2, 16-17
31	Salamanca	Salvatierra de Tormes	El Castillo	Cerrillo, 1976 y 1984-85
32	Soria	Caracena	Los Tolmos	Jimeno <i>et alii</i> , 1980: 126-128, lám. III, 5-9
33	Soria	Montejo de Tiermes	Tiermes	Caballero y Argente, 1975: 124, fig. 3, 26; Casa <i>et alii</i> , 1994: fig. 36, 1058 (?)
34	Valladolid	Tordesillas	La Quintana	Mañanes, 1980: 21, fig. 5, 87-9? y 10
35	Valladolid	Valbuena de Duero	Marina	Mañanes, 1983: 72, fig. 33, 14, 15?-16?
36	Valladolid	Villanueva de Duero	El Milagro	Mañanes, 1979: 96, fig. 24, 21
37	Zamora	Castroverde de Campos	El Tesoro-La Carralina	Rubio <i>et alii</i> , 1992: 86, fig. 1, 4 (92/42/196)
38	Zamora	Vadillo de la Guareña	Prado de la Rinconada	Viñé, 1990: 160 (121) y 163; Viñé <i>et alii</i> , 1991: 241, fig. 1 E3; 243, fig. 3, 2 y 244, fig. 3, 1
39	Zamora	Zamora	Iglesia de S. Ildefonso	Sánchez-Monge y Viñé, 1989: 138
40	Coimbra (P)	Condéixa-a-Nova	<i>Conimbriga</i>	Alarcão, 1975; Delgado, 1975 y 1976 (ver en texto)
41	Viseu (P)	Viseu	Núcleo urbano	Pedro e Inês, 1995: 346-347, est. IX-X
42	-	-	Museo de Sitos	López, 1988: 193 y 197, fig. XVI, 167

las zonas más próximas a los centros de producción y, en consecuencia, un abandono paulatino de sus mercados tradicionales en las zonas más alejadas de la Meseta y del norte peninsular, que sería ocupado, al menos de manera parcial, por estas cerámicas comunes.

Naturalmente, carecemos de una visión en profundidad que nos permita, no ya refrendar esta hipótesis, sino calibrar con precisión el momento en que este fenómeno se desencadenaría, su evolución cronológica y formal, y el alcance del mismo.

En el caso concreto de las comunes bruñidas, su presencia en lugares tan alejados del núcleo segoviano como *Conimbriga* o Iruña, augura un futuro halagüeño para la difusión de esta corriente, ahora que empezamos a intuir su amplitud.

Por lo que respecta al tipo de hábitat, el consumo de estas cerámicas parece, por ahora -y este también es un fenómeno generalizado-, especialmente vinculado a núcleos urbanos y semiurbanos (*ciuitates*, *castra*, *vici* y poblados, en general) como *Cauca*, Tiermes, Viseu, *Conimbriga*, Iruña, Armuña (Cerro de la Virgen de Tormejón), Bernardos (Cerro del Castillo), Monte Cildá, La Cabeza de Navasangil, Cerro de Muriel, Salvatierra, Cancho del Confesionario, Los Tolmos, La Torrecilla, etc., coincidiendo en muchos casos, con puntos estratégicos bien defendibles por sus excelentes condiciones naturales. Su presencia en algunos establecimientos tipo *villa*, como la de la Tierra de las Pizarras, no es óbice para otorgarle un carácter eminentemente urbano, dado que el caso de este yacimiento se encontraría en relación directa con su situación suburbana, y el resto de las contadas *villae* (?) en que aparece, bien podrían haber perdido tal condición, al trastocarse su *status* de *villa* en aldea a partir del siglo v, como sostienen algunos investigadores para estos establecimientos fundiarios²⁹, sin descartar que, algunas de ellas, fueran capaces de resistir por más tiempo los primeros momentos críticos. Todo lo cual vendría a redundar en la sospecha del abandono mayoritario de las *villae* en vastas zonas del interior peninsular entre finales del iv y comienzos del v³⁰.

²⁹ Cf. L. A. García Moreno, *Historia de España Visigoda*, Madrid, 1989: 204-211. Además, son conocidos varios casos en la provincia de Segovia de pueblos actuales que tiene su origen en aldeas surgidas sobre villas tardorromanas.

³⁰ Esta tesis también es defendida p. e. para la Lusitania por P. C. Díaz: «Propiedad y explotación de la tierra en la Lusitania tardoantigua» en J. G. Gorges y M. Salinas (Eds.), *Actas de la Mesa Redonda Internacional. El Medio Rural en Lusitania Romana. Formas de Hábitat y Ocupación del Suelo*, Studia Historica. Historia Antigua, X-XI, 1992-93: 297-309, Salamanca, y se apunta para amplias zonas del sureste hispano (Reynolds, 1985: 246-247).

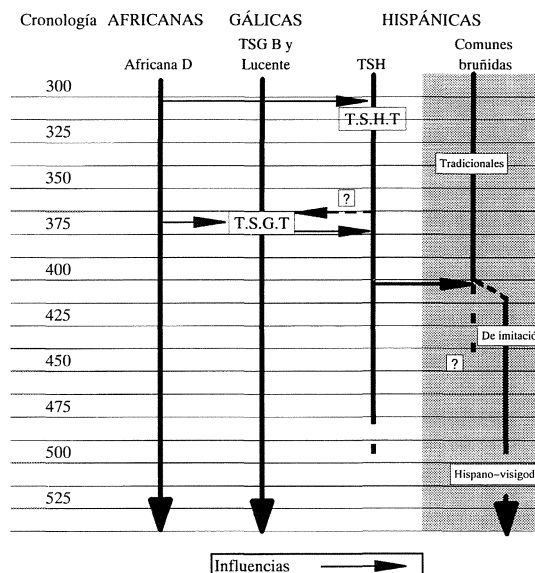


Fig. 12.

I.9. Cronología (fig. 12)

La proximidad de estas cerámicas comunes a la TSHT es mucho mayor de lo que cabría pensar, tanto en formas como en decoraciones, y en particular a las producciones del que hemos denominado *segundo periodo*, como ha quedado expuesto a lo largo de este trabajo. Por tanto creemos descartable de todo punto una influencia directa de las sigillatas gálicas tardías, que en la Meseta no gozan de ningún predicamento.

Su ausencia del vertedero de Relea —320/330-360/370— (Juan Tovar *et alii*, e. p.), y del nivel más tardío de la excavación del Mercado de Abastos de Toledo —350/375 aprox.— (Carrobbles y Rodríguez, 1989: 113 y 119-120), unida a otros indicadores formales y decorativos (p. e. *plantae pedum*) analizados, apuntarían una fecha *post quem* para su inicio del último cuarto del siglo iv d.C.

Ahora bien, nuestro estudio en curso sobre la TSHT en la provincia de Segovia, indica una presencia generalizada de esta sigillata en tierras segovianas durante el último cuarto del s. iv, coincidiendo con la etapa de relativa prosperidad, que parece vivirse en época teodosiana; ¿qué sentido tendrían pues, estas cerámicas, en momentos en que las producciones de sigillata de la Meseta llegan a todas estas zonas con gran fluidez, e incluso en abundancia?

No vemos clara, por tanto, una cronología de primera fabricación anterior al siglo v, aunque en

rigor no podamos descartarla. Sin embargo, parece fuera de duda que el *floruit* de estas producciones tiene lugar a lo largo de dicho siglo, tal vez a partir de finales de su primera década, circunstancia justificable por el paulatino empobrecimiento que ocurre en la población hispana los graves acontecimientos que se venían arrastrando, desde la impostura de Magno Máximo, y en especial tras los episodios de la guerra civil protagonizados por Honorio y Constantino III, que tuvieron por solar precisamente el Norte de la Península (es decir, las zonas donde se localizan los principales centros productores), y el Sur de la Galia, que culminan con la invasión del 409³¹, acontecimientos que debieron provocar el enrarecimiento del comercio de la sigillata, en aquellas regiones más alejadas de dichos centros, con el consiguiente sobrepeso de las escasas partidas que llegasen a estos mercados³².

La presencia inequívoca y casi exclusiva de estas comunes en núcleos urbanos, y muy especialmente en poblados de altura y castros fortificados, es firme indicio de su vinculación a momentos de creciente inseguridad e inestabilidad, y también a un cambio drástico en la estructura poblacional, de manifiesta amplitud.

El final de la producción resulta más complejo de determinar, pero no existe ninguna evidencia razonable que permita llevarla más allá de la segunda mitad del siglo V, aún cuando se aprecie una clara perduración formal y técnica, no decorativa (en lo que se refiere a estampación), en cerámicas del siglo VI correspondientes ya a contextos marcadamente hispano-visigodos, como veremos en el apartado III.

II. UN EJEMPLAR DE CERÁMICA COMÚN CON ENGOBE ROJO

La variedad de cerámicas con las que se recurre a imitar a la TSHT para sobrevivir en los mercados, se pone de manifiesto, una vez más, en un plato-fuente (fig. 13, nº 108) singular por su morfología y las vinculaciones que ofrece con la hispánica bajo-imperial.

Hallado en la *villa* de la Tierra de las Pizarras, debe adscribirse, tanto por el tipo de pasta, como

³¹ Cf. García Moreno, *op. cit.*, nota 29, pp. 41 ss, y como ejemplo concreto de la situación en una zona vecina, cf. U. Espinosa, «El siglo V en el valle del Ebro: arqueología e historia», *Antig. Crist.*, VIII, 1991: 275-288.

³² Incluso en ciudades como Varea (Logroño), tan próximas a núcleos alfareros, durante el siglo V la TSHT desaparece de los barrios más modestos: U. Espinosa, *op. cit.* nota 31, pp. 286-287.

por el recubrimiento que lo envuelve, a la familia de las comunes engobadas, dentro del grupo denominado genéricamente «de imitación rojo pompeyano» o «de engobe rojo interno». Su particularidad reside en la forma, que remite a platos de TSHT del grupo 1 de la Hisp. 74-Palol 4 (Juan Tovar, e. p. b, fig. 4), con dos acanaladuras bien marcadas sobre el borde, y un engobe que recubre tanto el interior como el exterior de la pieza en clara imitación de aquélla, poniendo de manifiesto la contaminación formal de la hispánica tardía también sobre este tipo de cerámicas.

La presencia de estos productos en contextos bajo-imperiales, nos era conocida a través de los ejemplares hallados en el vertedero de la *villa* de Relea (Juan Tovar *et alii*, e. p.), aunque aquí se trata del tipo más corriente, de fondo completamente plano y carentes de borde destacado, donde el revestimiento sólo se aplica sobre la cara interna del recipiente, y en una estrecha franja de la parte externa del borde. Paralelos más directos han aparecido en Lugo, recogiendo ejemplares con depresiones que decoran la cara interna, a semejanza de las que muestran diversas formas de la TSHT, o con decoración bruñida sobre borde y fondo imitando las estampaciones de esta misma cerámica (Alcorta, 1994: fig. 19, 4 y fig. 20, 1). Un plato de borde vertical, corto y más grueso, pero también con paralelos entre la hispánica, figura en la basílica cristiana de Alconétar (Caballero, 1970: 40, fig. 10, 15) y Alcorta refiere varios casos más de formas diversas en Astorga, Galicia y Portugal.

Su aparición fuera de contexto, y la larga perduración del modelo que imita, impiden efectuar una aproximación cronológica precisa a este plato, si bien el hecho de que, a semejanza de las cerámicas del grupo anterior, remede un producto de tan amplia aceptación como la TSHT, en un yacimiento que ostenta una representación del mismo rica y variada, parece sugerir una función de sustitución, más económica, de dicho producto, equiparable a la que asumiría, en la misma época, la cerámica bruñida.

III. EL ENTRONQUE CON EL MUNDO VISIGODO: UN APUNTE

Desde hace tiempo, todos los autores coinciden en proclamar la deuda formal existente entre las cerámicas de época visigoda y las producciones tardorromanas, cuestión ciertamente razonable. Por otra parte la ausencia de cualquier vestigio cerámico atribuible al pueblo visigodo, en los territorios

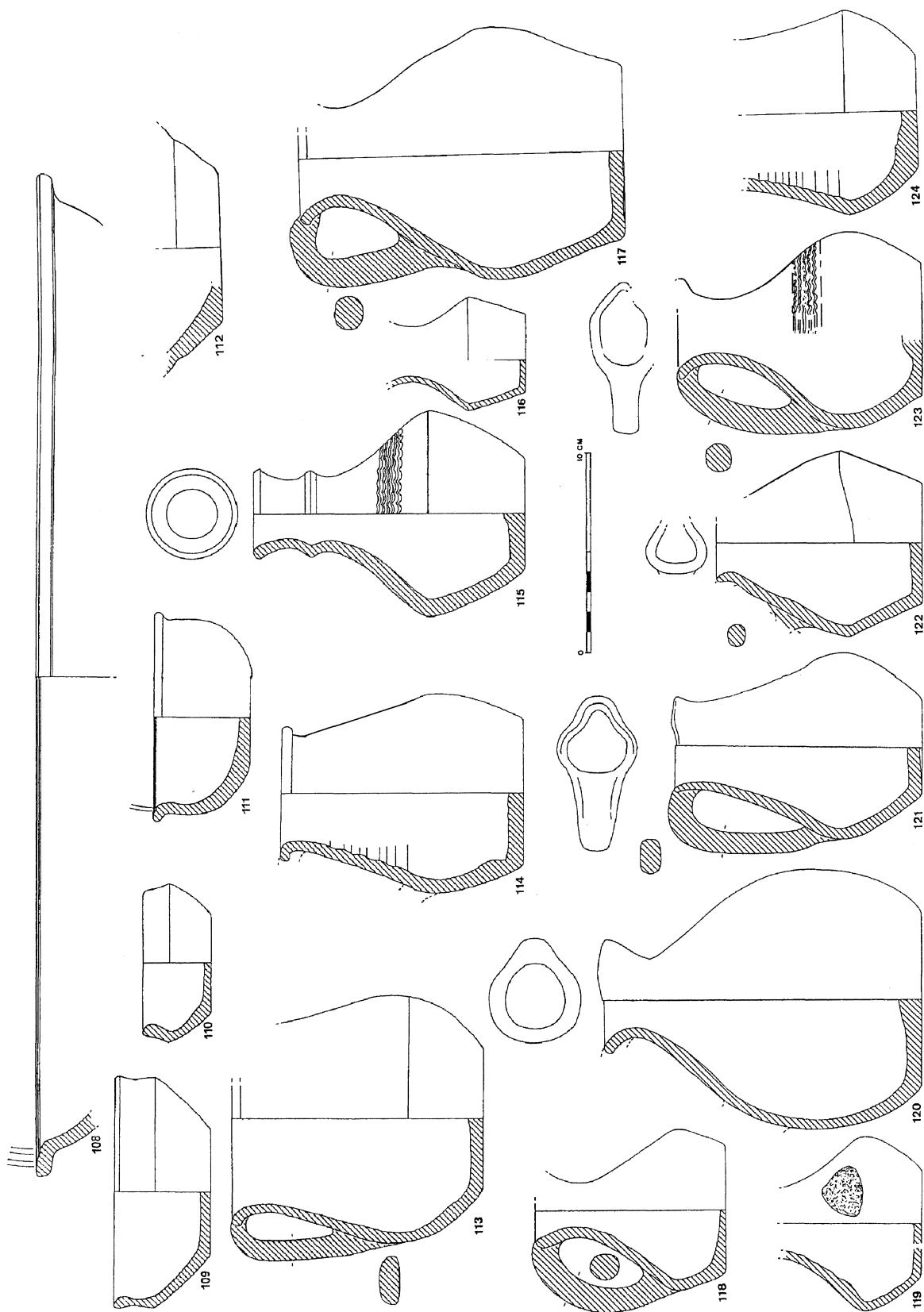


Fig. 13.

que ocuparon antes de su asentamiento en la Península Ibérica³³, no permite asumir una postura contraria. R. Izquierdo, en su estudio sobre la *cerámica de necrópolis de época visigoda*, llegaba a afirmar, no sólo la completa hispanidad de éstas, sino la ausencia de talleres o de una cerámica propiamente visigoda (Izquierdo, 1977: 570), extremo probable, como veremos a continuación, al menos para finales del siglo v y quizá buena parte del vi, de manera que el término «visigodas» se refiere más a una cuestión de época que de autoría.

Además, y desde antiguo, venía considerándose a la sigillata con decoración estampada en general, o al menos a una parte de ella, como una cerámica en cierto sentido visigoda, más por una supuesta perduración hasta un momento indefinido de esta época, que por razones justificadas de identidad o producción, de manera que es frecuente encontrar en la bibliografía, incluso hasta fechas recientes, el término *cerámica estampada tardorromana-visigoda*.

De esta guisa, nos encontramos con dos especies cerámicas de innegables raíces bajoimperiales, con las que se intenta cubrir el periodo visigodo: unas cerámicas finas estampadas, que no se sabe muy bien hasta cuándo llegan; y unas cerámicas comunes, fundamentalmente conocidas a partir de necrópolis, que tampoco se tiene clara conciencia de dónde parten.

L. Caballero, en su último trabajo, propone un continuo evolutivo (o mejor, involutivo) que arrancando de las sigillatas de finales del siglo iv, y por semejanza formal, llevaría hasta las hispano-visigodas del siglo vii (Caballero, 1989: 86 ss.), dando así un enfoque lineal al problema, aunque sin terminar de encuadrar las cerámicas de necrópolis en el esquema.

Sin embargo, una vez puestas de manifiesto las diferencias entre sigillatas y comunes bruñidas, creemos posible afirmar que son estas últimas, y no la TSHT, las que en buena parte marcan la transición hacia las hispano-visigodas, al menos en el ámbito de la Meseta.

La proyección de estas bruñidas sobre el mundo tardoantiguo, además, no es sólo una cuestión de formas, sino un proceso que implica aspectos tecnológicos o decorativos de particular significación. De tal modo que los vínculos existentes entre las bruñidas tardorromanas y ciertas cerámicas hispano-visigodas son tan consistentes, que abarcan

³³ Cf. Volker Bierbrauer, «Tracce archeologiche dei Visigoti fra il 376 e il 496-507», en *I Goti*, 1994: 298-300, Milano.

todos los aspectos aludidos y merecen un tratamiento diferenciado.

Para ilustrar esta comparación, partimos de un grupo de piezas, en parte inéditas, procedentes de las necrópolis visigodas de Duratón, Madrona, Espirido, Aguilafuente³⁴, y Estebanvela (fig. 13, 109-124), alguna de las cuales muestra una continuidad de enterramiento desde época tardorromana a visigoda, o al menos un uso funerario del lugar en ambas épocas, caso de la necrópolis de Madrona, en la que aparecen tumbas con ajuares donde está presente la TSHT. A estas necrópolis habría que unir la de El Cantosal, de la que aquí recogemos algún fragmento tardorromano (nº 29 y 38). Pero a efectos de este estudio lo que más interesa destacar es la presencia, en varias de ellas, de comunes bruñidas tardorromanas que enlazan, formal y técnicamente, con cerámicas hispano-visigodas. Tal convivencia no se limita a este tipo de yacimientos, ya que se aprecia en muchos lugares donde existe una secuencia de poblamiento al menos a lo largo de los siglos v-vii (Monte Cildá, El Castellar de Villajimena, Pelayos, Bernardos, Coca, Perales del Río, etc.), que ha dificultado la separación entre ambas producciones, y que viene provocando un cierto automatismo a la hora de calificar a todas como hispano-visigodas, sean decoradas o no.

a) *Características físicas y técnicas de elaboración*

En el grupo de piezas seleccionadas, la semejanza comienza por la continuidad en el uso de arcillas magras, graníticas, con desgrasantes de cuarcita, feldespato y mica, como componentes más comunes, aunque peor tamizadas y con frecuencia masivas, indicando una polarización de la producción en las que antes denominábamos «cerámicas de fuego», utilidad que en varias de estas piezas es patente al presentar marcas inequívocas de su exposición a la lumbre culinaria (nº 113 y 117), como ya observaríamos en alguna pieza tardorromana (nº 52).

Su creciente elaboración a torno lento e incluso a mano, que obliga a pegar el fondo, es síntoma inequívoco de una degradación imparable, que arroja productos cada vez más toscos y pesados³⁵. Pero

³⁴ Agradecemos a la prof.^a M.^a R. Lucas, de la U. A. M., y a la Dra. Bárbara Sasse-Kunst, del Inst. Arq. Alemán de Madrid, las facilidades dadas para el estudio de estas piezas.

³⁵ No obstante, estas características están presentes en producciones marginales de comunes tardías, aunque ya datables en el siglo v: cf. A. Martínez y M. Unzueta, *op. cit.*, nota 11, p. 40., e incluso anteriores (Reynolds, 1985)

es la persistencia en el uso del bruñido, que dado el burdo tratamiento de muchas de las piezas, se aplica a veces con menos esmero, lo que mejor expresa su vinculación con la producción tardorromana.

Esta continuidad del bruñido en época visigoda no es un fenómeno esporádico o circunscrito a estas necrópolis, ni siquiera al ámbito segoviano, según hemos podido constatar, por ejemplo, en cerámicas de Casa Herrera, donde es muy abundante (Caballero y Ulbert, 1976: fig. 37, S.6.C.2; fig. 55, S.47.C.1; fig. 61, VII-1, entre otras), Navalvillar³⁶ (Caballero, 1989: 82-83, fig. 10, 6), Fresneda de Cuéllar³⁷ (Caballero, 1989: 78-82, fig. 6, 1), Melque (Caballero, 1980: fig. 69, 430 y fig. 70, 437 y 440), El Cantosal (Lucas, 1971: 386, fig. 3, 1 y 9), Camino de los Afligidos (Fernández-Galiano, 1976: 50, fig. 33, 1/3; 55, fig. 33, 1/14; 56, fig. 33, 1/17 y fig. 35, 1/20 y 21), Fuente del Moro (Colmenarejo, 1986: 231, fig. 8) o El Castellar de Villajimena (Bohigas y Ruiz, 1989: 37-39), indicando una difusión de esta técnica, tan amplia sino mayor que la que habría conocido en época tardorromana.

Como no podía ser menos, la cocción sigue efectuándose en atmósferas de baja temperatura mal controladas, causantes de cochuras irregulares en la mayoría de las piezas, que provocan con frecuencia una desigual cromía dentro de la persistente tendencia reductora, vocación que ahora se manifiesta definitivamente como un aspecto práctico más que estético. Ello vuelve a poner sobre la mesa el probable empleo de horneras en la cocción de este tipo de cerámicas, plenamente justificable por tradición, y por el propio marco técnico y económico en el que se desenvuelve la producción, claramente marginal, proclamando una drástica y generalizada propensión a la simplicidad, puramente utilitarista, clara expresión de una pavorosa decadencia de la actividad alfarera.

b) *Morfología*

La continuidad en el terreno formal es tangible, y se expresa a través de formas muy diversas, aquí

circunscritas a cuencos, jarras, jarros, botellas y vasos, puesto que hablamos de contextos funerarios, donde estas formas son frecuentes. En ellas ya se aprecia la ausencia de ciertos rasgos tardorromanos, como los pies definidos, con o sin moldura externa, que son sustituidos por simples fondos planos o casi planos y sin moldurar, adoptando una morfología, en la mayoría de los casos, más burda, de líneas torpes e irregulares.

Y aquí queremos retomar precisamente aquellos ejemplares tardorromanos ya sin decoración, pero dotados de un pie torneado y frecuentemente moldurado, en los que podríamos ver dos momentos: uno —quizá el más dilatado— de convivencia con las piezas decoradas, y otro de formas sólo lisas pero dotadas aún de un apoyo elaborado, que establecerían el nexa de unión con la tendencia de época visigoda, en la cual no sólo desaparece la estampación sino la costumbre de trabajar a torno el soporte del vaso³⁸. La última parte de este proceso que, por ahora, no podemos situar con precisión en el tiempo, tuvo que darse, no obstante, muy avanzada la segunda mitad del siglo v, o lo más tarde a comienzos del vi d.C., ya que ninguno de los productos hallados en contextos datables en ese siglo presenta aquellas características «anti-guas»³⁹.

Para intentar ilustrar esa involución empezaremos por los cuencos. Los dos primeros, nº 109 y 110, proceden de la necrópolis de Aguilafuente, y son un burdo recuerdo del cuenco bruñido que imita a la Palol 9, muy próximos formalmente a ciertas piezas tardorromanas alisadas de Cancho del Confesionario (Caballero, 1989: fig. 1, nº 2, 3 y 5). Realizados a mano y con el fondo pegado, muestran una superficie irregular, mal acabada, de una apariencia muy tosca a pesar del bruñido, que en el 110 no se aplica en su interior. El nº 112, de la necrópolis de Madrona, con acanaladura sobre el borde y fondo plano, recuerda a un pequeño ejemplar alisado del Cancho (Caballero, 1989: fig. 1, 11) y a otro ¿engobado? de *Conimbriga* (Alarcão, 1975: pl. XXIX, 610), pero la presencia masiva de desgrasantes y el ralo bruñido, que no llega a aplicarse al fondo, ni

³⁶ También hemos podido dar un detenido repaso a estos materiales conservados en el M.A.N. De todos ellos la única bruñida es la señalada en la referencia, que muestra un espaldado vertical, mientras que la técnica aplicada a la pieza núm. 5 que refiere Caballero es un simple alisado manual. El resto del material es muy homogéneo, exceptuando los fondos 13 a 15 y la fusayola núm. 10, quizá más antiguos.

³⁷ Al igual que en el caso anterior, hemos tenido oportunidad de examinar las cerámicas de este hallazgo y aparte de la pieza referida por Caballero, tal vez más antigua que las restantes aunque ya hispano-visigoda, existen dos fragmentos de cuerpo que también presentan acabado bruñido (M.A.N. Nº Inv. 1970/6/21 y 1970/6/31).

³⁸ Piezas bruñidas como la núm. 8 de El Cantosal (Lucas, 1971: 388, fig. 3), sin pie y de base totalmente plana pero con una acanaladura circundando el fondo externo, podrían estar marcando el punto de inflexión entre una tendencia y otra.

³⁹ La costumbre de dotar a la cerámica de un pie diferenciado vuelve a aparecer timidamente en momentos muy avanzados del siglo vi, probablemente por circunstancias que ya nada tengan que ver con lo tardorromano, según se aprecia en piezas de *Recopolis* (CEVPP, 1987: fig. 8, 8-10) o San Pedro de Alcántara (Hübener, 1965: abb. 5, 3).

interior ni exteriormente, parecen alejarlo en el tiempo. Una última pieza de forma abierta, hallada en *Cauca*, quizá un cuenco o plato (nº 111), de paredes muy abiertas, reúne características propias de este grupo de bruñidas hispano-visigodas: fondo plano, elaboración a torno lento, torpe acabado y presencia masiva de desgrasantes.

Tales diferencias deberían ser suficientes para considerar a todas las piezas examinadas en el apartado de los cuencos bruñidos tardorromanos, bien encuadradas dentro de esa etapa, sin embargo la certeza aún no puede ser absoluta, como veremos a continuación.

Si las desigualdades y semejanzas parecen bien definidas en este grupo, quizá por el corto número de muestras, entre las formas cerradas, más numerosas, no son tan evidentes, produciendo a veces un grado de similitud tal, que puede dificultar su adscripción a uno u otro periodo, sobre todo si nos encontramos con ejemplares incompletos.

Empezando por las jarras, al cotejar las piezas 49 y 52, tardorromanas, con la nº 113, hispano-visigoda, es fácil advertir una clara identidad formal, que en esta última se complementa con un buen bruñido, identidad que sólo se rompe por su factura -realizada a torno lento- y la completa ausencia de pie que es sustituido por un fondo pegado. Igual paralelismo encontramos entre un ejemplar hispano-visigodo de la necrópolis de Fuente del Moro (Colmenero, 1986: fig. 8) y la jarra bruñida tardorromana de Perales del Río con decoración estampada (Queiro y Martín, 1987: fig. 2, 2), hasta el punto de que el riesgo de confusión es evidente.

El caso de las botellas 115 y 116 nos parece de más compleja resolución. Ambas presentan en su forma evidentes resonancias tardorromanas, con paralelos, sino exactos, sí muy próximos en un jarro de TSHT de La Morterona (Abásolo *et alii*, 1984: fig. 5, 2). En esa conformación, el fondo sin pie y la decoración a peine de la segunda, proclaman que se trata de piezas ya de época visigoda, de hecho la estructura de boca y cuello de la nº 115, de gollete muy marcado y borde simple y exvasado, es idéntica a la de ciertos olpes hispano-visigodos de doble asa hallados en Almodóvar del Pinar (Almagro, 1970: fig. 7) o Alcalá de Henares —éste bruñido— (Fernández-Galiano, 1976: 50, fig. 33, S-1/3). Incluso un jarro de la necrópolis de Pedrera, aunque dotado de un borde diferente, nos muestra este tipo de botella, equipado con asa, de cronología visigoda (Fernández *et alii*, 1984: fig. 13 y 74). Y es que se da la curiosa circunstancia de que a nuestra botella, el alfarero intentó dotarla de un asa, que iba del gollete al hombro, pero desistió

de ello y trató de borrar las marcas con espatulado, sin conseguirlo.

El caso, es que en ambas botellas seguimos observando una calidad de ejecución, y una limpieza de líneas, que salvo por la decoración y la carencia de pie podríamos calificar razonablemente de tardorromanas.

Algo parecido ocurre con los jarros. Hemos contemplado las piezas 55 y 56 como tardorromanas, y las 117 y 123 como hispano-visigodas. La 117 dada su factura y morfología no plantea dificultad alguna, sin embargo la proximidad entre la 55, e incluso la 63, y la 123 es muy acusada, con lo que —salvando la decoración de esta última— nos volvemos a encontrar con el mismo problema. Y el hecho de que las restantes jarras (nº 118-122), por su tosqueza de acabado y su esclerótica morfología, atribuibles a un siglo VI avanzado, ya no planteen dudas no atenúa el problema.

La última pieza bruñida hispano-visigoda es un vaso carenado de fondo semiesférico y cuello troncocónico, al que falta el borde (nº 124), que recuerda a diversos tipos de jarros y jarras tardorromanas, como un jarro de la necrópolis de Vadillo de la Guareña (Viñé, 1990: 161, fig. de la p.160, nº 90/27/121), o a la misma *Hispania*, 1, pero sin asa ni pie.

¿Acaso este tipo de piezas se encuentran tan próximas en el tiempo a las anteriores, que son un primer paso en las hispano-visigodas, o bien todavía estamos inmersos en los últimos estertores de la tardorromanidad y no podemos hablar, en purismo, de cerámicas hispano-visigodas? Quizá, sin quererlo, la respuesta esté implícita en la misma pregunta. Salvando todas las posibles disparidades de calidad entre talleres contemporáneos, y haciendo todas las acotaciones que sean necesarias, el espacio temporal que separa a unas y otras tiene que ser necesariamente pequeño y por tanto el problema parece más terminológico que cronológico, siempre que tengamos mínimamente acotado este último, como así creemos.

Y dado que estas formas remiten a las llamadas *cerámicas de necrópolis* visigodas, convendría replantearse este término ya que no entendemos que se trate de modelos exclusivos de ajuar funerario, según se viene constatando en los últimos años a partir de yacimientos de hábitat como El Castellar de Villajimena y Navalvillar, ya mencionados, *Reconquista* (CEVPP, 1987: fig. 7-8), Bobalá (*ibid.*, fig. 9) o Saucedo (Ramos, 1994: lám. 5-7), y en las propias piezas aquí recogidas que en varios casos presentan huellas inequívocas de un uso doméstico, empleo que se repite en vasijas de otros conjuntos necrológicos.

c) *Decoración*

En este aspecto, y en lo que atañe a la estampación, ninguna de las piezas hispano-visigodas aparecidas en necrópolis, o en cualquier otra parte, presenta este tipo de adorno. La desaparición pudo venir precedida por una involución de los esquemas decorativos, apreciable técnicamente en el bruñido descuidado de las piezas, una vez estampadas. Recordemos que si en los vasos más antiguos la estampación se aplica tras bruñir el vaso y ésta es enmarcada o separada mediante acanaladuras, en un momento dado la estampación es previa al bruñido, lo que provoca, al ejecutar éste, que los motivos queden semicultos. De aquí a su desaparición apenas habría un paso.

Es curioso advertir cómo la incisión, que ocupaba una posición subordinada en la bruñida tardorromana, se convierte en el modo ornamental primario en las hispano-visigodas, incluyendo en su repertorio temas como el de guirnalda de arcos, que parecen un vago recuerdo de los anteriores esquemas estampados (Bohigas y Ruiz, 1989: fig. 1, 1; Ramos, 1994: lám. 6, 2; Fernández-Galiano, 1976: fig. 35, S-1/4).

En cualquier caso, la transición al mundo visigodo viene marcada, como paso previo y más llamativo, por la desaparición de las decoraciones estampadas, aunque debemos tener muy en cuenta la posible pervivencia de una producción ya sólo de formas lisas, pero aún dotadas de pie, sea este moldurado o no, todavía tardorromana, ¿o ya de época visigoda?, a modo de preludeo de las cerámicas hispano-visigodas de plena época, aunque aquí la terminología no resuelva gran cosa.

Si algo queda claro, en este proceso de transición, es que las transformaciones formales y técnicas no son tan rotundas que permitan hablar de un corte manifiesto entre unas producciones y otras, bien informando de un cambio radical de gusto o tendencia, o del paso de una «moda» a otra. Antes bien, habría que asumir que estamos ante una producción de comunes bruñidas de larga perduración, que se transforma hacia finales del siglo IV o comienzos del V, al tomar prestadas formas y decoraciones provenientes de la TSHT de ese momento, y que continúa en época visigoda con la pérdida de una parte sustancial de aquel préstamo, a consecuencia de una formidable decadencia técnica y formal, tan homogénea y continuada que sólo puede apreciarse una mano en ella: la de los artesanos sobrevivientes a una arruinada y extenuada alfarería hispana, dando sentido a una familia independiente de cerámicas bruñidas hispano-visigodas.

IV. CONCLUSIONES PRELIMINARES

Las características físicas y técnicas de las cerámicas bruñidas tardorromanas, proclaman de manera inequívoca su pertenencia a las producciones comunes: arcillas magras, graníticas, con una abultada presencia de cuarcitas, feldespatos y micas; acabados mediante espatulado o pulido que ofrecen superficies higiénicas y duraderas; y cocciones básicas predominantemente reductoras, dan lugar a productos resistentes, prácticos y aptos para la lumbre, que intentan conjugar su utilitarismo con una emulación estética y formal que le son ajenas y que acabaran perdiendo.

El estudio formal y decorativo pone de relieve la existencia de al menos dos etapas bien diferenciadas en su producción. En la primera, probablemente no muy dilatada en el tiempo, dado el menor número de testimonios encontrados, los patrones adoptados de la TSHT se siguen con especial fidelidad: formas abiertas (platos, cuencos y quizá algún vaso), y cerradas de pequeño o mediano tamaño (orzos, jarras y jarros), se adornan mediante frisos de motivos cuidados, enmarcados por finas acanaladuras, que, salvo por la materia prima, apenas dejan traslucir su herencia familiar. En la segunda etapa, de duración quizá más prolongada que la anterior, son mayoría las formas cerradas de tamaño medio o grande, de confección menos cuidada, decoradas con motivos muy variados pero también más grandes y toscos, en las que desaparecen las acanaladuras que delimitaban los frisos y asoman con más fuerza elementos formales y decorativos propios de su condición de comunes, culminando, tal vez, en un corto periodo de abandono de la ornamentación estampada, ya muy descuidada en sus últimas manifestaciones, y de consecuente predominio de formas lisas o simplemente con decoración incisa, preludeando las cerámicas hispano-visigodas.

Ese proceso debió de iniciarse con una parcial y rápida rarefacción de la TSHT en ciertas zonas a partir, probablemente, de finales de la primera década del siglo V, a causa del clima de inestabilidad y el grave deterioro económico que acarrea en la población hispana los acontecimientos que culminan en el 409. Tal desabastecimiento debió de generar una inmediata proliferación de pequeños talleres, que merced a sencillas técnicas tradicionales, cubren la demanda de sigillata con productos más baratos y de peor calidad, que la imitan, y que a su vez se adaptan a las nuevas necesidades domésticas impuestas por el cambio económico y habitacional. Por tanto, no hablamos de alfares que compiten con la TSHT sino que intentan suplir su escasez. Talle-

res que, en algunos casos, debieron de ser fijos, familiares o casi, y en otros tal vez itinerantes, es decir, alfareros que se desplazasen de un núcleo de población a otro, trabajando los productos cerámicos, quizá bajo demanda y con una mínima infraestructura levantada *ex novo* a tal efecto, al menos en el caso de las cerámicas bruñidas. Su ámbito de comercialización, parece encontrarse en zonas pequeñas que podrían no alcanzar tan siquiera un marco comarcal, aunque no existan suficientes elementos de juicio para establecer de manera inequívoca su carácter estrictamente local. Cuando Morel afirma, hablando del artesanado en época romana, que es más fácil desplazar hombres que transportar cosas ⁴⁰, se hace difícil imaginar momento y lugar más propicios, en la adversidad, que los aquí referidos.

Hoy, por tanto, ya no es posible buscar en estas cerámicas la última etapa de la TSHT, puesto que ese periodo terminal es posterior a la aparición de estos trasuntos y se encuentra dentro de la misma hispánica tardía, que no deriva en ningún momento hacia lo que entendemos por cerámica común, sino que se agosta en engobes no sinterizados, en procesos de cocción imperfectos y en decoraciones cada vez menos cuidadas, reflejando la dramática transformación que experimenta la vida económica de la época.

Desde un punto de vista sociológico, habría que relacionar esta cerámica con una masa de población, probablemente de bajo nivel adquisitivo, aunque sensible a los gustos todavía vigentes, que normalmente ya no tendría acceso, o lo tendría muy restringido, a la vajilla de TSHT, cada vez más escasa, costosa y en franca recesión.

La vigorosa presencia de estas comunes en un tipo de hábitat predominantemente agrupado y con frecuencia fortificado, *ciuitates*, *castra*, *vici* y poblados en general, o en necrópolis asociadas a estos, corroboran su vinculación a momentos de particular inestabilidad que implican un cambio en las pautas habitacionales, y sin duda a un estado de penuria económica, que obliga incluso a reaprovechar las modestas piezas amortizadas, circunstancias sólo concebibles en el marco de los acontecimientos referidos.

Al menos en el territorio segoviano esta dispersión pudo articularse del siguiente modo:

1.º Enclaves de primera magnitud, estratégicos y bien defendidos, con rango de *ciuitas*. En este caso estarían *Cauca* y presumiblemente *Segovia*.

2.º Enclaves secundarios, también de altura con buenas defensas naturales, complementadas con refuerzos artificiales, ubicados en puntos bien comunicados. Son igualmente de tipo *castrum*, pero de menor tamaño, sin llegar a ser definidos como *vici*. En esta categoría entrarían el Cerro de la Virgen de Tormejón, en Armuña, el Cerro del Castillo, en Bernardos, etc.

3.º Las últimas *villae* habitadas, aún muy poco conocidas en esta provincia, que no sería extraño que dispusieran de estructuras defensivas propias y algunas de las cuales, más tarde, se mutarían en aldeas.

Lógicamente, las necrópolis asociadas a estos hábitats también contarían en sus ajueres con comunes bruñidas, y de ellas pueden ser buen ejemplo las necrópolis caucenses del Cantosal y ¿Santa Rosalía?, pero aún desconocemos muchas y de otras es justamente el área de habitación la no localizada.

No es descabellado pensar que la desaparición de la TSHT de los mercados en fechas todavía no bien precisadas, abocara a estas comunes a la rápida pérdida de una parte sustancial de sus rasgos de identidad, primero decorativos y posteriormente formales, desembocando, hacia fines del siglo V o inicios del VI, en las que habrán de considerarse como las primeras cerámicas hispano-visigodas, hecho apreciable tanto en la estrecha relación morfológica que se manifiesta entre unas y otras, como en las características técnicas de ambas, al menos en el ámbito estudiado, dando paso a una familia plenamente diferenciada de cerámicas bruñidas hispano-visigodas de larga perduración.

V. INVENTARIO

En este inventario, cada pieza lleva señalado el lugar de procedencia mediante el nº de yacimiento fijado en el apartado I. 2, seguido del nº de inventario del Museo de Segovia —si le fue asignado—, o bien el nº del Inventario Arqueológico Provincial —en cuyo caso va seguido de las siglas IAP—, y si procede de excavación, la referencia que le fuera señalada en la misma, y su autor, seguidas del Museo o colección donde se conserva —implícito el Museo de Segovia— (Museo de Coca=M.C.; Col. Martín Aceves=C. M. A.), la descripción correspondiente y la bibliografía si la hubiere. La descripción de los colores se ha efectuado, excepto para un corto número de piezas, con el *Code des couleurs des sols* de A. Cailleux (París, Editions N. Boubée et Cie.), adoptando la transcripción de los mismos publicada en el *Bol. del M.A.N.*, t. I, 2, 1983: 121-122.

⁴⁰ J.-P. Morel «El artesano» en A. Giardina (Ed.) *El hombre romano*, Madrid, 1991: 277.

A fin de abreviar las descripciones, los grados de calidad, dureza y depuración observados, se expresan por este orden con los siguientes valores:

Calidad.—Fina: 1; semifina: 2 y tosca: 3.

Dureza.—Muy dura: 1; dura: 2; semidura: 3 y blanda: 4.

Depuración.—Semidepurada: 1 y tamizada: 2.

En consecuencia una pasta de grado g. 121 equivale a «fina, dura y semidepurada».

1.—Yac. 4. N° Inv.: s/n°: Plato de forma semejante a los del grupo 2 de la Hisp. 74-Palol 4. Superf. ext. pulida, gris pardo claro (N-70) e int. de las mismas características tierra verde tostada (M-49), de brillo semimate en ambos casos. Pasta tierra verde tostada (M-49), g. 121, con cuarcita fina y mica muy fina.

2.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-2674 (5): Plato de forma semejante a la anterior. Superf. ext. finamente pulida, tierra de sombra (P-70) e int. de las mismas características tierra siena natural (N-55), semibrillante en ambos casos. Pasta gris pardo claro (N-71), g. 121, con cuarcita fina.

3.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976 (7): Plato de forma semejante a la anterior con fino pulido, gris pardo claro (N-70), semibrillante. Pasta ocre oro (P-60) en el int. y gris (P-73) en el ext., g. 111, con cuarcita fina, feldespato, mica muy fina y vacuolas.

4.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-2674 (6): Plato de forma semejante a la anterior. Superf. finamente pulida, tierra verde tostada (N-25), semimate. Pasta gris pardo claro (N-71) en el int. y tierra verde tostada (M-47) en el ext., g. 121, con cuarcita fina y ζ caliches?

5.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976 (6): Plato de forma semejante a la anterior con bruñido horizontal, tierra verde tostada (N-50/N-53), semimate. Pasta gris oscuro (R-73) en el int. y tierra verde tostada (N-50) en el ext., g. 121, con cuarcita fina, ζ caliches? y abundante mica.

6.—Yac. 11.4. N° Inv.: ζ 36?: Plato/fuente de forma semejante a la anterior. Superf. ext. con alisado simple e int. con bruñido horizontal, gris muy oscuro (T-31). Pasta gris pardo claro (N-71), g. 322, con grano medio-fino de cuarcita y mica muy fina.

7.—Yac. 11.1.3. N° Inv.: C/JR/T/87/5. Exc. J. F. Blanco: Plato/fuente con bruñido horiz., gris muy oscuro (T-31), brillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 322, con cuarcita media-gruesa, feldespato y mica.

8.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. II/IV/16. Exc. J. F. Blanco: Plato/fuente con bruñido horizontal, gris muy oscuro, semibrillante. Pasta gris oscuro, g. 322, con grano medio-fino de cuarcita, ζ feldespato? y mica.

9.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. II/I/18. Exc. J. F. Blanco: Plato/fuente con bruñido horizontal semibrillante, gris oscuro (S-31). Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

10.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/AZ/88/3/ ζ 13? Exc. J. F. Blanco: Fuente con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta pardo gris muy oscuro (T-73) en el ext. y ocre (N-66) en el int., g. 322, con cuarcita media-gruesa, feldespato y mica fina. Presenta algunas vacuolas.

11.—Yac. 10. N° Inv.: C.R.-2657/75-5: Fondo de plato o fuente de forma indeterminada. Superf. gris pardo claro (N-70) muy erosionada. Sin restos de bruñido. Pasta ocre carne (N-35) en el int. y tierra verde tostada (M-35) en el ext., g. 322, con grano medio-fino de cuarcita y feldespato. Vacuolas. Muestra impronta vegetal sobre el fondo interno. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 1, 75-5.

12.—Yac. 13. N° Inv.: CHÑ/1/3 —IAP—: Cuenco de forma asimilable a la Palol 9 de la TSHT. Superf. erosionada con restos de pulido, pardo terroso. Pasta del mismo color, g.

241, con grano medio-fino de cuarcita, mica, ζ feldespato? y ζ chamota?

13.—Yac. 17. N° Inv.: LH/RV/87-14. —IAP—: Cuenco de forma semejante a la anterior con bruñido horizontal, gris oscuro, semibrillante. Pasta pardo en el ext. y pardo rojizo en el int., g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y mica, muy porosa.

14.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. I/II/42. Exc. J. F. Blanco: Cuenco de forma semejante a la anterior con bruñido horizontal, pardo gris muy oscuro (T-73), brillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 221, con cuarcita fina, feldespato y mica. Vacuolas.

15.—Yac. 13. N° Inv.: CHÑ/1/1 —IAP—: Cuenco de forma semejante a la anterior, de superf. pulida, gris oscuro, semibrillante. Pasta gris, g. 221, con grano medio-fino de cuarcita, mica, feldespato y ζ caliches?

16.—Yac. 4. (Int. cueva). N° Inv.: 17-XII-77/3-A: Cuenco de forma semejante a la anterior, con bruñido horizontal muy cuidado, tierra de siena (S-37), brillante. Pasta tierra de siena (S-39), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

17.—Yac. 20. N° Inv.: MA/18/113 —IAP—: Cuenco de forma semejante a la anterior, de superf. muy bien pulida, gris pardo oscuro, semibrillante. Pasta gris oscuro en el ext., gris pardo oscuro en el int., g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato, y abundante mica muy fina.

18.—Yac. 16. N° Inv.: FSF/3/2 —IAP—: Cuenco de forma semejante a la anterior, con excelente bruñido por espátula, gris oscuro, brillante. Pasta gris, g. 22 ζ 1? o ζ 2?, con grano medio-fino de cuarcita y mica.

19.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. III/5. Exc. J. F. Blanco: Cuenco de forma semejante a la anterior, con bruñido horizontal, gris (N-31), brillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 222, con cuarcita media-fina y feldespato.

20.—Yac. 11. N° Inv.: CO/267: Posible cuenco de forma semejante a la anterior, con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), brillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 222, con cuarcita fina, feldespato y mica.

21.—Yac. 9. N° Inv.: CANT/LC/87. —IAP—: Cuenco de forma semejante a la anterior, con bruñido horizontal, gris oscuro, semibrillante. Pasta gris, g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato? y abundante mica.

22.—Yac. 11. N° Inv.: JH/4. Depósito Jesús Hedo: Cuenco de forma asimilable a la Hisp. 8 de la TSHT, con bruñido horiz., gris oscuro (R-31), brillante. Pasta gris oscuro (R-92), g. 222, con abundante grano fino de cuarcita, feldespato y mica.

23.—Yac. 21. N° Inv.: NO/4/12. —IAP—: Cuenco de forma próxima a la ζ Hisp. 8? de la TSHT, de superf. pulida, gris muy oscuro, brillante. Pasta gris pardo oscuro, g. 22 ζ 1? o ζ 2?, con grano medio-fino de cuarcita, ζ feldespato? y mica.

24.—Yac. 11.4. N° Inv.: CO/1/31. —IAP—: Cuenco de forma próxima a la ζ Hisp. 8? de la TSHT, con bruñido gris, semibrillante. Pasta gris pardo claro, g. 222, con cuarcita fina-media y mica.

25.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. I/II/59. Exc. J. F. Blanco: Cuenco de forma próxima a la Hisp. 8 de la TSHT, con bruñido horizontal, gris muy oscuro (S-73), brillante. Pasta gris muy oscuro (S-73/R-73), g. 221, con grano fino de cuarcita, y feldespato y mica muy finos.

26.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. I/II/78. Exc. J. F. Blanco: Cuenco con bruñido horizontal, gris pardo (P-92), semimate. Pasta pardo amarillo (P-55), g. 322, con cuarcita media-gruesa, feldespato y mica fina.

27.—Yac. 11.1.3. N° Inv.: C/JR/T/87/7. Exc. J. F. Blanco: Tapadera con bruñido horizontal, int. sólo con alisado de toro, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta gris (P-73), g. 221, con grano fino de cuarcita, feldespato y mica. Algunas vacuolas.

28.—Yac. 11. N° Inv.: 2679 (1): Posible cuenco con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta gris

oscuro (R-92), g. 221, con cuarcita fina, feldespato y mica. Vacuolas. Dos finas incisiones en la parte superior y marcas de lañado en la inferior. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 2, 107-7.

29.—Yac. 11.3. N° Inv.: C/ZD/83: Posible cuenco de bruñido muy fino, quizá pulimento, gris oscuro. Pasta gris, g. 222, con cuarcita fina y mica.

30.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-C.T./2: Carena de un posible vaso con bruñido horizontal, muy erosionado el ext., tierra verde tostada (M-47/N-50), brillante. Pasta tierra siena natural (N-55) en el ext. y gris pardo claro (N-92) en el int., g. 222, con cuarcita fina, feldespato y mica.

31.—Yac. 6.1. N° Inv.: BN/95-1/1: Fondo de una forma abierta con bruñido horizontal, gris muy oscuro, muy brillante. Pasta pardo grisáceo, g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Algunas vacuolas. Muestra impropia vegetal sobre el fondo interno.

32.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. II/12. Exc. J. F. Blanco: Fondo de forma abierta con bruñido horizontal y oblicuo, gris oscuro (R-31), semibrillante. Pasta gris (P-73), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Vacuolas.

33.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/CEM/II/23. Exc. J. F. Blanco: Fondo de una forma abierta con bruñido horizontal, gris/gris muy oscuro (P-73/S-73), brillante. Pasta pardo gris muy oscuro (T-73), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Algunas vacuolas.

34.—Yac. 11.1.1. —Superficie—: Fondo de una forma abierta. con bruñido horizontal y oblicuo, gris muy oscuro (T-31), muy brillante. Pasta gris pardo (P-92), g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa, feldespato y mica. Fractura en escamas. El fondo fue reutilizado rematando los cantos a bisel.

35.—Yac. 8. N° Inv.: 28/11/88: Fondo de forma abierta con bruñido horizontal, gris, semibrillante. Pasta gris, g. 222, grano medio-fino de cuarcita, ¿feldespato? y mica blanca y negra.

36.—Yac. 11.2. (C. M. A.): Orza de forma asimilable a las del grupo 1 de la Hisp. 14-Palol 13, con bruñido horizontal, gris muy oscuro (T-31), brillante. Pasta gris pardo claro (N-71), g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa, mica y vacuolas.

37.—Yac. 11. N° Inv.: JH/5. Depósito J. Hedro: Orza de forma asimilable a la anterior, con bruñido horiz., gris oscuro (R-73), semimate. Pasta gris oscuro (R-92), g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa y mica.

38.—Yac. 11.3. N° Inv.: C/ZD/73: Orza de forma asimilable a la anterior, con bruñido muy fino, quizá pulido, gris, semimate. Pasta gris pardo, g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y mica. Algunas vacuolas.

39.—Yac. 11.1.3. N° Inv.: C/JR/VI/87/2. Exc. J. F. Blanco: Orza de forma asimilable a las del grupo 2 de la Hisp. 14-Palol 13. Superf. ext. y cara interna del borde con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta ocre (N-69), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y feldespato. Algunas vacuolas.

40.—Yac. 11.4. N° Inv.: C/TP-s/n-(1): Orza de forma asimilable a las del grupo 3 de la Hisp. 14-Palol 13. Superf. ext. y cara interna del borde con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

41.—Yac. 4. N° Inv.: T/XIV/82/40: Orza de forma asimilable a las del grupo 4 de la Hisp. 14-Palol 13 de la TSHT. Superf. ext. y cara interna del borde con bruñido horizontal, gris pardo claro (N-70/71), brillante. Pasta gris pardo claro (N-71), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y ¿feldespato?

42.—Yac. 4. N° Inv.: T-s/n-(1): Orza semejante a la anterior. Superf. ext. y cara interna del borde con bruñido horizontal, gris pardo claro/tierra de sombra (N-70/P-70), semibrillante. Pasta tierra verde tostada (M-47), g. 212, con grano

medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Grandes vacuolas.

43.—Yac. 11.4. (C. M. A.): Orza semejante a la anterior, con bruñido horizontal, gris oscuro (R-31/S-31). Pasta gris pardo claro (N-92), g. 222, con cuarcita media-fina y mica muy fina. Decoración parcialmente borrada por el bruñido.

44.—Yac. 4? N° Inv.: 2976(1): Orza semejante a la anterior, con bruñido horizontal, pardo muy pálido/pardo pálido (M-70/71), semimate. Pasta tierra verde tostada/tierra siena natural (N-53/55), g. 211, salvo algo de mica, no se ven desgasantes en el corte. Grandes vacuolas. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CLII, fig. 2, 861-13.

45.—Yac. 10. N° Inv.: 2643/38: Orza semejante a la anterior, con bruñido horizontal, gris oscuro (R-92), semibrillante. Pasta gris (N-73/P-73), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica fina. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 2, 75-13.

46.—Yac. 4? N° Inv.: 2674(7): Orza semejante a la anterior, con bruñido horizontal muy fino, tierra siena tostada (P-49), semibrillante. Pasta tierra verde tostada (N-53), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y feldespato. Algunas vacuolas. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 1, 103-10.

47.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-C.T./5: Orza semejante a la anterior, con bruñido horizontal muy fino, gris pardo claro (N-70/71), semibrillante. Pasta gris oscuro (R-73) en el ext. y tierra siena natural (N-55) en el int., g. 222, con cuarcita media-fina y algo de mica.

48.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: s/n (M.C.): Orza semejante a la anterior, con bruñido vertical en la zona decorada y horizontal en la zona del baquetón, gris oscuro (R-73), semibrillante. Pasta gris muy oscuro (S-73), g. 322, con abundante cuarcita media-fina y muy poca mica. Decoración afectada por el bruñido.

49.—Yac. 11.2. (C. M. A.): Jarra trilobulada, bruñida, gris pardo claro (N-71), int. pardo pálido (M-71), semibrillante. Pasta amarillo pálido (M-75), g. 222, con cuarcita media-fina y algo de mica.

50.—Yac. 11.2. (C. M. A.): Jarra trilobulada con bruñido vertical, pardo gris muy oscuro (T-73), brillante. Pasta gris (P-73), g. 322, con cuarcita media-fina y algo de mica. Decoración afectada por el bruñido.

51.—Yac. 11.2. (C. M. A.): Jarra con bruñido vertical sobre cuello y hombro y oblicuo sobre el cuerpo, con tonos que van del amarillo pálido (M-91) al pardo gris muy oscuro (T-73). Pasta gris oscuro (R-92), g. 322, alguna vacuola y cuarcita media-gruesa con mica muy fina. Decoración afectada por el bruñido.

52.—Yac. 2. N° Inv.: AG/32/H16-E5. Exc. M.ª R. Lucas: Jarra trilobulada con bruñido vertical en cuello y horizontal en el cuerpo, gris pardo, brillante. Pasta pardo grisacea, g. 222, con abundante cuarcita media-fina y mica en superficie. Quemada por uso al fuego en la parte opuesta al asa.

53.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: s/n° (M.C.): Jarra con pitón de bruñido horiz., gris pardo claro (N-71), semibrillante. Pasta gris pardo claro (N-71), g. 322, con abundante grano medio-fino de cuarcita, ¿feldespato? y mica.

54.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: AZ/5/V/462. Exc. J. F. Blanco: Jarra con pitón de bruñido horizontal muy irregular y acabado tosco, gris oscuro/gris muy oscuro (S-31/T-31), semibrillante. Pasta gris oscuro (R-92), g. 322, con cuarcita media-fina y mica muy fina. Salta en escamas.

55.—Yac. 11. (C. M. A.): Jarro trilobulado con bruñido vertical, gris oscuro (R-73), semibrillante. Pasta gris pardo (P-92), g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa y mica.

56.—Yac. 2. N° Inv.: AG/33/H16-E33. Exc. M.ª R. Lucas: Jarro trilobulado con bruñido vertical en cuello y asa, y horiz. en el cuerpo, de tonos entre gris pardo claro (N-71) y gris oscuro (R-73), semibrillante. Pasta gris oscuro (R-73), g. 322, con abundante cuarcita media-fina y mica.

57.—Yac. 11.1.1-Tras la Torre de S. Nicolás. (C. M. A.): Jarro de forma asimilable a la Hisp. 56-Palol 14 de la TSHT, con bruñido a trazos verticales, gris muy oscuro (S-73),

semibrillante. Pasta gris oscuro (R-73), g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa y mica.

58.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976 (5): Jarro de forma semejante a la anterior, bruñido, entre ocre (N-69) y gris pardo claro (N-70), semibrillante. Pasta ocre (N-69), g. 21¿2? o ¿1?, con cuarcita fina y mica muy fina.

59.—Yac. 7. N° Inv.: s/n°: Cuello con marca de arranque de asa de un jarro con bruñido vertical, gris oscuro, semibrillante. Pasta gris, g. 222, con cuarcita media-fina y mica.

60.—Yac. 23. N° Inv.: NSV/72/206. Exc. J. M°. Izquierdo: Cantimplora con bruñido ¿sobre engobe? muy tosco, marrón pardo claro, semimate. Pasta del mismo color, g. 322, con cuarcita media-gruesa, ¿feldespato? y mica. Es visible un pequeño canto rodado de más de 0,50 mm.

61.—Yac. 11.1.1-Torre de San Nicolás. (C. M. A.): Posible orza con bruñido a trazos verticales, gris oscuro (R-92). Pasta gris pardo claro (N-71), g. 322, con cuarcita media-fina y mica.

62.—Yac. 11.1.1. (C. M. A.): Frag. de hombro y cuello con bruñido irregular, gris (N-73). Pasta gris oscuro (R-92), g. 222, con abundante cuarcita media-fina y mica.

63.—Yac. 25. N° Inv.: Suelto/74: Posible jarro o botella con bruñido horizontal, y quizá engobado previo, gris muy oscuro, semibrillante. Pasta gris oscuro en el ext. y marrón oscuro en el int., g. 232, con cuarcita media-fina, mica, ¿feldespato? y ¿chamota? Bibl.: Molinero, 1971: lám. XXIV, fig. 2, 21.

64.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976(3): Posible orza con bruñido horizontal, pardo muy pálido (M-67/69), semibrillante. Pasta tierra verde tostada (M-49), g. 22¿2? o ¿1?, con grano fino de cuarcita, feldespato y ¿chamota? Bibl.: Molinero, 1971: lám. CLII, fig. 2, 861-14.

65.—Fig. Yac. 11.4. N° Inv.: s/n° (M.C.): Posible orza muy erosionada, apenas se aprecia el espatulado, gris oscuro (R-73). Pasta gris (P-73), g. 222, con cuarcita fina y abundante mica.

66.—Yac. 4. N° Inv.: Armuña —Tormejon— s/n (2): Posible orza con bruñido irregular, entre tierra siena natural (N-55) y gris pardo claro (N-71), semibrillante. Pasta ext. (M-37), int. (M-57), g. 22¿2? o ¿1?, con cuarcita fina, feldespato y algo de mica.

67.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/CEM/IV/28. Exc. J. F. Blanco: Posible orza bruñida, pardo gris muy oscuro (T-73), semibrillante. Pasta gris muy oscuro (T-31), g. 322, con cuarcita media-fina y abundante mica.

68.—Yac. 10. N° Inv.: 2658 (76-6): Posible jarra muy erosionada con restos de espatulado, gris muy oscuro (S-73), ¿mate? Pasta gris (N-73), g. 221, con cuarcita fina, mica, ¿caliches? y alguna vacuola. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 2, 76-6 (2658).

69.—Yac. 11.2. (C. M. A.): Posible jarra con bruñido horizontal, gris muy oscuro (T-31). Pasta ocre (N-69), g. 322, con algunas vacuolas, abundante cuarcita media-fina y mica.

70.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2674(1): Posible orza con bruñido horizontal, tierra verde tostada (N-49), semimate. Pasta tierra verde tostada (P-53), g. 221, con cuarcita fina y ¿caliches? Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 1, 103-11.

71.—Yac. 11.4. (M.C.): Forma cerrada con bruñido oblicuo, gris muy oscuro/gris oscuro (T-31/S-31). Pasta gris pardo claro (N-71), g. 222, con abundante cuarcita media-fina y algo de mica. Fractura en escamas.

72.—Yac. 11.1.1. Exc. J. F. Blanco. (M.C.): Forma cerrada con bruñido vertical y horizontal, ocre (N-69). Pasta gris oscuro (R-73) interna y ocre (N-67) externa, g. 322, con abundante cuarcita media-fina que llega a romper la superficie y algunas vacuolas. Fractura en escamas.

73.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2674(3): Forma cerrada con bruñido muy fino, tierra siena natural (N-55), semibrillante. Pasta tierra verde tostada (M-49), g. 222, con cuarcita media-fina, y ¿feldespato?. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 1, 103-14.

74.—Yac. 11.4. (C. M. A.): Forma cerrada con bruñido vertical, pardo muy pálido/pardo pálido (M-70/71). Pasta ocre (N-67), g. 322, con cuarcita media-fina y mica muy fina.

75.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976(4): Forma cerrada con bruñido horizontal, tierra siena natural (N-55), semibrillante. Pasta tierra siena tostada (M-37) en el ext. y gris (N-73) en el int., g. 22¿1?, con cuarcita fina. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CLIII, fig. 1, 861-20 (2976).

76.—Yac. 11.4: Frag. de hombro de una forma indeterminada, con bruñido vertical, gris muy oscuro (T-31). Pasta gris pardo claro (N-71), g. 222, con cuarcita media-fina y algo de mica. Fractura en escamas.

77.—Yac. 11.4. (C. M. A.): Forma cerrada, bruñida, gris oscuro (S-31). Pasta gris (N-73), g. 222 con cuarcita media-fina y algo de mica.

78.—Yac. 4. N° Inv.: T/XIII/82/11: Forma cerrada, erosionada con restos de bruñido horizontal, tierra siena natural (N-55), ¿semimate? Pasta tierra siena tostada (M-39), g. 221, con cuarcita fina y alguna vacuola.

79.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2976(2): Forma cerrada, erosionada con restos de bruñido horizontal, entre tierra verde tostada (M-35) y gris pardo claro (N-71), ¿mate? Pasta gris (N-73) en el ext. y tierra siena natural (N-55) en el int., g. 212, con grano fino de cuarcita, feldespato y mica. Vacuolas. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CLII, fig. 2, 861-12.

80.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2674(2): Forma cerrada con bruñido muy fino, tierra verde tostada (M-35), semibrillante. Pasta pardo muy pálido (L-70), g. 22¿1?, con cuarcita fina, ¿caliches?, mica y otras intrusiones de color oscuro. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 1, 103-13.

81.—Yac. 4. N° Inv.: T/XVI/82/41: Forma cerrada con bruñido horiz., entre pardo muy pálido (M-70) y gris pardo claro (N-70), semibrillante. Pasta gris pardo claro (N-70), g. 221, con cuarcita fina, ¿caliches?, mica y vacuolas.

82.—Yac. 4? N° Inv.: Ar.-2674(4): Forma cerrada con bruñido muy fino, tierra verde tostada (M-49), semibrillante. Pasta gris pardo claro (N-70), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y feldespato. Alguna vacuola. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXX, fig. 1, 103-12.

83.—Yac. 10. N° Inv.: 2657/75-15: Forma cerrada muy erosionada con escasos restos de bruñido, gris muy oscuro (S-73). Pasta gris pardo (P-92), g. 22¿1?, de aspecto poroso por la abundancia de finas vacuolas, con grano fino de cuarcita y ¿feldespato? Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 2, 75-12.

84.—Yac. 10. N° Inv.: 2657/75-14: Forma cerrada muy erosionada con escasos restos de bruñido, gris oscuro (R-73). Pasta gris (N-73), g. 222, con cuarcita media-fina y ¿feldespato? Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 2, 75-14.

85.—Yac. 12. N° Inv.: CC/6/19 —IAP—: Forma cerrada muy erosionada sin restos de bruñido, gris pardo claro. Pasta pardo grisáceo en el ext. y pardo en el int., g. 322, con abundante cuarcita media-fina y mica.

86.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/AZ/000/1/120: Forma cerrada con bruñido vertical, gris pardo claro (N-71), semibrillante. Pasta ocre carne (P-67), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Vacuolas.

87.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/AZ/88/3/44: Forma cerrada con bruñido vertical, gris muy oscuro (T-31), brillante. Pasta tierra de sombra (P-71), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica. Decoración semiborrada por el bruñido.

88.—Yac. 10. N° Inv.: 2657/75-13: Forma cerrada muy erosionada, apenas quedan restos de bruñido, gris pardo claro (N-70). Pasta gris oscuro (R-73) en el ext. y tierra verde tostada (M-47) en el int., g. 222, con grano medio-fino de cuarcita y feldespato. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXVII, fig. 2, 75-13.

89.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-C.T./3: Forma cerrada erosionada con restos de bruñido horizontal, tierra verde tostada (M-

47/M-49), ¿semimate? Pasta tierra siena tostada clara (N-45), g. 221, con cuarcita fina y ¿caliches?

90.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: CO/CEM/IV/114. Exc. J. F. Blanco: Forma cerrada con bruñido horizontal mal distribuido que deja partes sin tratar, gris pardo (P-92), semibrillante. Pasta gris oscuro (R-73) en el ext. y gris (P-73) en el int., g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa, ¿feldespato?, y mica muy fina. Abundantes vacuolas le dan un aspecto poroso.

91.—Yac. 11.1.2. N° Inv.: C/TM. II/III/89. Exc. J. F. Blanco: Forma cerrada con bruñido horiz., gris oscuro, brillante. Pasta gris, g. 322 con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

92.—Yac. 10. N° Inv.: 2657/75-6: Forma cerrada con bruñido muy homogéneo, casi un pulimento, gris pardo claro (N-71), semimate. Pasta gris pardo claro (N-71), g. 222, con cuarcita media-fina, ¿caliches? y vacuolas. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXXXVII, fig. 1, 75-6.

93.—Yac. 22. N° Inv.: SB/7/46 —IAP—: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris pardo claro, semimate. Pasta gris oscuro en el ext. y gris pardo claro en el int., g. 222, con cuarcita media-fina, ¿feldespato? y mica.

94.—Yac. 1. N° Inv.: (Abril-Mayo 87)/3: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris, brillante. Pasta gris pardo claro, g. 322, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

95.—Yac. 6.1. Hallazgo superficial: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris muy oscuro, semibrillante. Pasta gris pardo oscuro, g. 222, con cuarcita fina, y abundante mica.

96.—Yac. 4. N° Inv.: T/XV/82/39: Forma cerrada con fino bruñido horizontal, tierra verde tostada (M-53), semimate. Pasta tierra verde tostada (N-53) en el ext. y tierra siena natural (N-55) en el int., g. 221, con cuarcita, otras intrusiones finas y mica muy fina. Vacuolas.

97.—Yac. 11.1.1. N° Inv.: s/n°: Forma cerrada. Superf. con abundantes burbujas, la ext. con vestigios de bruñido, gris oscuro (S-31). Pasta gris (P-31), g. 11¿1?, no se aprecian intrusiones. Pieza con defecto de cocción, ¿deformada?

98.—Yac. 24. N° Inv.: s/n°: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris claro, mate. Pasta gris claro, g. 222, con cuarcita media-fina, ¿feldespato?, mica blanca y negra y ¿caliches?

99.—Yac. 4. N° Inv.: T-s/n-(3): Forma cerrada con bruñido horizontal —int. escoriado muy poroso—, tierra siena natural (N-55) a ocre carne (P-69), semimate. Pasta gris pardo claro (N-71) en el ext. y gris muy oscuro (S-73) en el int., g. 312, con cuarcita media-gruesa, ¿caliches? y grandes vacuolas. Pieza sobrecocida.

100.—Yac. 20. N° Inv.: MA/18/119 —IAP—: Forma cerrada con bruñido muy fino, quizá pulimento, con trazo horizontal, pardo claro, semimate. Pasta gris pardo oscuro en el ext. y gris pardo claro en el int., g. 222, con grano fino—medio de cuarcita, feldespato, mica blanca y negra, intrusiones de origen vegetal y ¿hematites? Estructura exfoliable. Impronta vegetal en el interior.

101.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-C.T./4: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris pardo claro (N-70), semimate. Pasta gris pardo claro (N-92) en el ext. y ocre (P-59) en el int., g. 222, con cuarcita fina y ¿caliches?

102.—Yac. 4. N° Inv.: Ar.-C.T./1: Hombro y arranque de asa, quizá de una jarra, con bruñido irregular, vertical por encima de la acanaladura, entre tierra verde tostada (M-35) y gris pardo claro (N-70), semimate. Pasta tierra siena tostada clara (N-45) en el ext. y gris pardo claro (N-70) en el int., g. 222, con cuarcita media-gruesa y mica fina.

103.—Yac. 11.1. N° Inv.: CO/4/15/102: Asa con bruñido vertical, gris oscuro (S-31), brillante. Pasta gris oscuro (R-92), g. 222, con grano medio-fino de cuarcita, feldespato y mica.

104.—Yac. 11.4. N° Inv.: CO/1/21 y 44 —IAP—: Forma cerrada, bruñida, gris, semibrillante. Pasta gris pardo claro, g. 222, con cuarcita media-fina y mica muy fina.

105.—Yac. 11.1.3. N° Inv.: C/JR/T/87/1. Exc. J. F. Blanco: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta tierra verde tostada (N-50), g. 222, con abundante cuarcita fina-media, ¿caliches? y mica muy fina.

106.—Yac. 6.1. Hallazgo superficial: Forma cerrada con bruñido horizontal, gris muy oscuro, semibrillante. Pasta gris, g. 212, con abundante cuarcita fina y mica. Vacuolas. Impronta vegetal sobre el fondo interno.

107.—Yac. 20. N° Inv.: MA/18/116 —IAP—: Forma cerrada con bruñido horizontal, descuidado, que deja estrechas franjas sin tratar donde asoma el desgrasante, gris pardo oscuro, semibrillante. Pasta gris pardo oscuro en el ext. y gris pardo claro en el int., g. 322, con grano medio-grueso de cuarcita, feldespato y mica dorada. Algunas vacuolas.

108.—Yac. 11.4. N° Inv. CO/TP/SUP/95. (M. C.): Plato de forma asimilable a la Hisp. 74-Palol 4 de la TSHT, con engobe rojo inglés claro (P-13), mate, espeso y de mala adherencia, fácilmente rayable. Pasta tierra siena natural (N-55), g. 342, de aspecto arenoso, con cuarcita media-fina, mica muy fina y caliches que rompen la superficie. Fractura en escamas.

109.—Yac. 2. N° Inv.: AG/34/H16-E5. Exc. M.ª R. Lucas: Cuenco con bruñido horizontal, de tonos entre gris claro y negro, de brillo metalescente. Pasta no visible, posiblemente grisácea, g. 322, con abundante cuarcita media-fina y mica, apreciables en superficie. Elaborado a mano.

110.—Yac. 2. N° Inv.: AG/36/H15-E2-4. Exc. M.ª R. Lucas: Cuenco con bruñido horizontal, gris pardo oscuro, brillante. El int. simplemente alisado. Pasta gris pardo, g. 322, con abundante cuarcita media-fina, mica y ¿chamota?, apreciables en superficie junto a marcas de intrusiones vegetales. Vacuolas. Fondo externo muy erosionado. Elaborado a mano.

111.—Yac. 11.1.4. N° Inv.: CO/CONS/II/4. Exc. J. F. Blanco: Cuenco o plato con bruñido horizontal, gris oscuro (S-31), semibrillante. Pasta tierra de sombra (P-71), g. 322, con abundantes vacuolas y cuarcita media-fina. Elaborado a torno lento.

112.—Yac. 24. N° Inv.: Sep. 232 (2038): Cuenco de superf. ext. bruñida, excepto el fondo, y la int. sólo borde y pared, con trazo horizontal muy raro, de tonos entre marrón y negro, semibrillante. Pasta no visible, posiblemente marrón, g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa (> 5 mm), mica negra y dorada y ¿feldespato?, apreciables en superficie. Elaborado a torno lento. Bibl.: Molinero, 1971: lám. XXXIII, fig. 1.

113.—Yac. 25. N° Inv.: Suelto 114 (1302): Jarra bruñida, incluida el asa, con trazos verticales muy marcados, gris pardo oscuro, brillante. Pasta gris pardo claro, g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa, mica, ¿feldespato? y ¿chamota? Quemada por uso al fuego en la parte opuesta al asa. Hecha a torno lento, fondo pegado. Bibl.: Molinero, 1971: 46.

114.—Yac. 5. N° Inv.: 2606: Jarra de superf. ext. bruñida por trazo vertical en el cuello y horizontal en el cuerpo, gris pardo oscuro, semibrillante. Pasta gris pardo, g. 322, con cuarcita media-fina y abundante mica. Hecha a torno lento. El asa dibujada por Molinero es una reconstrucción en escayola. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXV, fig. 1, 1 (2606).

115.—Yac. 2. N° Inv.: AG/35. Exc. M.ª R. Lucas: Botella bruñida con trazos verticales en el cuello y horizontales en el cuerpo muy marcados, gris oscuro, brillante. Pasta gris oscuro, g. 322, con vacuolas y abundante cuarcita de grano medio-grueso, mica y feldespato. Fabricada a torno.

116.—Yac. 25. N° Inv.: Suelto 171 (1359): Botellita ¿con gollete?, bruñida con trazos verticales en el cuello y horiz. en el cuerpo, gris claro, semibrillante. Pasta gris oscuro, g. 322, con abundante cuarcita media-fina, mica y ¿feldespato? Fabricada a torno. Bibl.: Molinero, 1971: lám. XLVIII, fig. 2, S-171.

117.—Yac. 15. N° Inv.: Suelto 15: Jarro de ¿boca trilobul-

lada? (restaurado), bruñido con trazos verticales muy marcados, pardo, brillante. Pasta no visible, quizá parda, g. 322, con abundante cuarcita media-gruesa, mica y ¿feldespato? Quemado por uso al fuego en la parte opuesta al asa. Hecho a torno lento. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CIV, fig. 2 y lám. CXXXIII, fig. 2, 43.

118.—Yac. 2. N° Inv.: AG/A/H15-E4. Exc. M.ª R. Lucas: Jarro de superf. ext. muy alterada, con bruñido descuidado, vertical en el cuello y horizontal en el cuerpo, gris pardo oscuro, semimate. Pasta gris en el ext. y anaranjada en el int., g. 322, con presencia masiva de cuarcita de grano medio-grueso, mica, ¿feldespato? y ¿chamota? Hecho a torno lento.

119.—Yac. 2. N° Inv.: AG/37/H15-E4. Exc. M.ª R. Lucas: Jarro con bruñido vertical en el cuello y horizontal en el cuerpo, entre gris y gris pardo (P-73/P-92), semibrillante. Pasta gris pardo claro (N-92), g. 222, con abundante cuarcita media-fina y mica. Muestra dos perforaciones de 3 mm. cada una en el centro del fondo. Hecho a torno lento.

120.—Yac. 25. N° Inv.: Sep. 248 (501): Jarro con bruñido vertical, gris claro, semibrillante. Pasta gris claro, g. 322, con presencia masiva de mica que le da un tono plateado, abundante cuarcita media-gruesa, y ¿feldespato? Hecho a torno lento, fondo pegado. Bibl.: Molinero, 1971: lám. XX, fig. 2, S-248.

121.—Yac. 25. N° Inv.: Sep. 319 (601): Jarro con bruñido vertical en el cuello e irregular en el cuerpo, gris pardo claro, semibrillante. Pasta gris oscuro, g. 322, con abundante cuarcita media-fina, mica blanca, negra y dorada, y feldespato. Hecho a torno lento. Bibl.: Molinero, 1971: lám. XXX, fig. 1, S-319.

122.—Yac. 25. N° Inv.: Suelto 57 (541): Jarro de superf. irregular, bruñida, pardo grisácea, brillante. Pasta pardo grisácea en el ext. y pardo rojiza en el int., g. 322, con abundante cuarcita media-fina, mica blanca, negra y dorada, y feldespato. Hecho a mano. Bibl.: Molinero, 1971: lám. XXX, fig. 1, S-319.

123.—Yac. 2. N° Inv.: AG/31/H14-E3. Exc. M.ª R. Lucas: Jarro con bruñido vertical en el cuello y horizontal en el cuerpo, gris pardo claro, semibrillante, muy desportillada. Pasta gris pardo claro, g. 222, con abundante cuarcita media-fina y mica muy fina, que salta en escamas. Hecho a torno.

124.—Yac. 5. N° Inv.: 2607: Vaso en el que falta la parte del borde, reconstruida hipotéticamente en escayola. Bruñido horizontal, gris pardo oscuro, semibrillante. Pasta gris pardo, g. 322, con cuarcita fina-media y abundante mica. Hecho a torno lento. Bibl.: Molinero, 1971: lám. CXV, fig. 1, 2 (2607).

VI. BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): *La cerámica romana pintada de tradición indígena en la Península Ibérica*, Madrid.
- ABÁSOLO ÁLVAREZ, J. A. (1978): *Carta arqueológica de Burgos. Partidos judiciales de Castrojeriz y Villadiego*, Burgos.
- ABÁSOLO, J. A. *et alii* (1984): *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona, Saldaña (Palencia)*, Palencia.
- ALARCÃO, J. (1975): *La céramique commune locale et régionale*, en *Fouilles de Conimbriga*, V, París.
- ALCORTA IRASTORZA, E. J. (1994): Avance al estudio de la cerámica común romana de cocina y mesa de *Lucus Augusti en Ceràmica comuna romana d'epoca Alto-Imperial a la Península Ibérica. Estat de la qüestio*, ME, VIII, 201-226.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1970): Hallazgos de época visigoda en Almodóvar del Pinar (Cuenca), *TP*, 27, 311-326.
- ARCE, J. *et alii* (e. p.): El edificio octogonal de Valdetorres de Jarama (Madrid), *Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia-Coca, octubre 1995.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1979): *La villa tardorromana de Baños de Valdearados (Burgos)*, EAE, 100.
- BARRIO, J. y FUENTES, A. (e. p.): El yacimiento visigodo del Cerro de la Virgen del Castillo (Bernardos, Segovia), *II Reunión de Arqueología Peninsular*, Zamora, Septiembre 1996.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1992): El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia), *RA*, 130, 34-41.
- (1993): La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia), *BSAA*, LIX, 113-139.
- (1995): La investigación de la arqueología romana en la provincia de Segovia, *AUI.SEK*, 1, 37-52.
- (1996): Intervenciones arqueológicas en Coca (Segovia), *BMAN*, XIV, 63-69.
- (e. p.): Aproximación a la *Cauca* del Bajo Imperio, *Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia-Coca, octubre 1995.
- BLASCO, M.ª C. *et alii* (1991): Yacimiento del Bronce Final y de Epoca Romana en Perales del Río (Getafe, Madrid), *APE*, 1, 38-142.
- BLÁZQUEZ, J. M.ª y MOLINA, F. (1979): Estudio de la cerámica. La terra sigillata, hispánica y clara de la villa, en J. M.ª Blázquez, *Cástulo II*, EAE, 105, 223-254.
- BOHIGAS, R. y RUIZ, A., (1989): Las cerámicas visigodas de poblado en Cantabria y Palencia, *BAM*, 3, 31-51.
- CABALLERO ZOREDA, L. (1970): *Alconétar en la vía romana de la Plata. Garrovillas (Cáceres)*, EAE, 70.
- (1980): *La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque (Toledo)*, EAE, 109.
- (1982): Una muestra de cerámicas sigillatas claras e hispánicas tardías de Mérida. *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, 177-200, Madrid.
- (1985): Hallazgo de un conjunto tardorromano en la calle sur de Getafe (Madrid), *BMAN*, III, 97-127.
- (1989): Cerámicas de “época visigoda y post-visigoda” de las provincias de Cáceres, Madrid y Segovia, *BAM*, 3, 75-107.

- CABALLERO, L. y ARGENTE, J. L. (1975): Cerámica paleocristiana, gris y anaranjada, producida en España. Cerámicas tardo-romanas de la villa de Baños de Valdearados (Burgos), *TP*, 32, 113-150.
- CABALLERO, L. y JUAN, L. C. (1987): Terra Sigillata Hispánica Brillante, *Empúries*, 45-46, 1983-1984, 154-193, Barcelona.
- CABALLERO, L. y ULBERT, T. (1976): *La basílica paleocristiana de Casa Herrera en las cercanías de Mérida (Badajoz)*, EAE, 89.
- CARROBLES, J. y RODRÍGUEZ, S. (1988): *Memoria de las excavaciones de urgencia del solar del nuevo mercado de abastos (polígono industrial, Toledo). Introducción al estudio de la ciudad de Toledo en el s. IV d.C.*, Toledo.
- CARROCERA, E. y REQUEJO, O. (1989): Producciones cerámicas tardías en castros y villas asturianas, *BAM*, 3, 21-30.
- CASA, C. de la et alii (1994): *Tiermes III*, EAE, 166.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1976): Cerámicas estampilladas de Salvatierra de Tormes (Salamanca). Contribución al Estudio de las Cerámicas Tardorromanas del Valle del Duero, *Zephyrus*, 26-27, 455-471, Salamanca.
- CERRILLO, E. y J. (1984-85): Acerca del origen de la producción local de cerámicas estampilladas del siglo IV/V, *Zephyrus*, 37-38, 361-369, Salamanca.
- CEVPP (1987): Cerámicas de época visigoda en la Península Ibérica. Precedentes y perduraciones, *IV CICMMO*, 49-67.
- COLMENAREJO GARCÍA, F. (1986): El yacimiento arqueológico de Fuente del Moro, *I CAME*, 1, 221-239.
- DELGADO, M. (1975): Les sigillées claires, *Fouilles de Conimbriga. IV. Les sigillées*, 249-313, París.
- (1975b): Un cas de sigillée tardive régionale, *Fouilles de Conimbriga. IV. Les sigillées*, 315-335.
- (1976): Céramiques grises du Bas-Empire, en *Fouilles de Conimbriga. VI. Céramiques diverses et verres*, 65-69, París.
- ENCINAS, M. y GARCÍA, A. (1989): Aportaciones al conocimiento de la transición del mundo romano medieval en Asturias: las cerámicas de Murias de Beloño y de Paraxuga, *III CAME*, 2, 131-139.
- FABIÁN, J. F. et alii (1986): Los poblados hispano-visigodos de «Cañal», Pelayos (Salamanca). Consideraciones sobre el poblamiento entre los siglos V y VII en el SE de la provincia de Salamanca, *I CAME*, 2, 187-202.
- FERNÁNDEZ, F. et alii (1984): La necrópolis tardo-romana-visigoda de «Las Huertas», en Pedrera (Sevilla), *NAH*, 19, 271-387.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1976): Excavaciones en la necrópolis hispano-visigoda del Camino de los Afligidos (Alcalá de Henares), 1975, *NAH*, 4, 5-90.
- (1984): *Complutum. I. Excavaciones*, EAE, 137.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1980): *Panorama de la arqueología tardorromana en la provincia de Cuenca*, Memoria de Licenciatura, Univ. Aut. de Madrid, (inérita).
- (1989): *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas «Necrópolis del Duero»*, Cuenca.
- FUENTES, A. et alii (1983): *Catálogo de la Exposición Bellas Artes - 83*, Cuenca.
- GARABITO GÓMEZ, T. (1983): El centro de producción de sigillata hispánica tardía en Nájera, *CI*, IX, 1, 187-197.
- GARCÍA GUINEA, M. A. et alii (1966): *Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas 1963-65*, EAE, 61.
- GARCÍA GUINEA, M. A. et alii (1973): *Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). (Campañas de 1966 a 1969)*, EAE, 82.
- HAYES, J. W. (1972): *Late Roman Pottery*, Londres.
- HÜBENER, W. (1965): Zur chronologischen gliederung des gräberfeldes von San Pedro de Alcántara, Vega del Mar (Prov. Málaga), *MM*, 6, 195-214.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1977): Cerámica de necrópolis de época visigoda del Museo Arqueológico Nacional, *RABM*, 80, nº. 3, 569-611.
- JIMENO, A. et alii (1980): La cerámica sigillata decorada y de imitación de Los Tolmos, Caracena, Soria, *RI*, IV, 1, 121-132.
- JUAN TOVAR, L. C. (e. p. a): La terra sigillata de Quintanilla de la Cueva, en VV.AA., *La villa romana de Quintanilla de la Cueva. Memoria de las excavaciones 1970-1981*.
- (e. p. b): Las industrias cerámicas hispanas en el Bajo Imperio. Hacia una sistematización de la sigillata hispánica tardía, *Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia-Coca, octubre 1995.
- JUAN, L. C. et alii (e. p.): Un vertedero del siglo IV d.C. en Relea (Saldaña): Campaña 1985, *III CHP*, Marzo 1995.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1989): Materiales cerámicos de La Cabeza: Navasangil (Ávila), *BAM*, 3, 53-74.
- (1990): San Miguel de Escalada: trabajos arqueológicos 1983-1987, *Nymantia*, III, 217-238, Valladolid.
- LINARES Y BARAHONA, F. (1979): Estudio de la cerá-

- mica de Cástulo por difracción de rayos X, en J. M.^a Blázquez, *Cástulo II*, EAE, 105, 255-266.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1985): *Terra sigillata hispánica tardía decorada a molde de la Península Ibérica*, Salamanca.
- (1988): Terra sigillata en el Museo de Silos, en *La colección arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*, 159-202, Burgos.
- LÓPEZ, J. R. y REGUERAS, F. (1987): Cerámicas tardorromanas de Villanueva de Azoague (Zamora), *BSAA*, LIII, 115-165.
- LÓPEZ, J. R. *et alii* (1985): Informática y arqueología, *RA*, 46, 36-41.
- LOZA LENGARÁN, R. (1983): Romanización, en *Museo de Arqueología de Álava*, 136-182, Vitoria.
- LUCAS PELLICER, M.^a R. (1971): Necrópolis de El Cantosal, Coca (Segovia), *NAH*, XVI, 381-396.
- LUCAS, M.^a R. y VIÑAS, V. (1971): Nuevos mosaicos romanos y otros hallazgos arqueológicos en la provincia de Segovia, *ES*, XXIII, 71-104.
- LUCAS, M.^a R. *et alii* (1982): Necrópolis romana de La Torrecilla (Getafe, Madrid), *NAH*, 13, 213-245.
- MAÑANES, T. (1979): *Arqueología Vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*. Valladolid.
- (1980): *La cerámica tardorromana-visigoda, anaranjada y gris, con decoración estampada en la España Noroccidental*, SA, 65.
- (1983): *Arqueología Vallisoletana II. Torozos, Pisuerga y Cerrato*, Valladolid.
- MÉNDEZ, R. y RAMALLO, S. (1985): Cerámicas tardías (ss. IV-VII) de Carthago Nova y su entorno, *Antig. Crist.*, II, 231-280.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1950): Diez años de arqueología segoviana: labor de la Comisaría de Excavaciones, *ES*, II (5-6), 639-652.
- (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, EAE, 72.
- NOZAL, M. y PUERTAS, F. (1995): *La terra sigillata paleocristiana gris en la villa romana de «La Olmeda»*, (Pedrosa de la Vega, Palencia), SA, 83.
- ORFILA PONS, M. (1993): Terra sigillata hispánica tardía meridional, *AEspA*, 66, 125-147.
- (1995): ¿Producciones de *sigillata* no clásica en la Bética? Las llamadas *sigillatas* paleocristianas de Cástulo, *IV RACH*, 193-201.
- PALOL, P. de (1969): La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanorromanos del siglo IV, *BSAA*, XXXIV-XXXV, 93-160.
- PALOL, P. de y CORTES, J. (1974): *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Excavaciones de 1969 y 1970*, AAH, 7.
- PAZ PERALTA, J. A. (1991): *Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d.C. en la provincia de Zaragoza*, Zaragoza.
- PEDRO, I. e INÊS VAZ, J. L. (1995): Basílica e necrópole altomedievais de Viseu, *IV RACH*, 343-352.
- PÉREZ, F. y GARCÍA, M.^a del R. (1989): Nuevos datos acerca de la producción de terra sigillata hispánica tardía, *BSAA*, LV, 169-190.
- QUERO, S. y MARTÍN, A. (1987): La cerámica hispanovisigoda de Perales, *II CAME*, 2, 363-372.
- RAMOS SAINZ, M.^a L. (1994): Una piscina bautismal de planta cruciforme descubierta en la villa romana de Saucedo (Talavera de la Reina, Toledo), *III RACH*, 105-110.
- REQUEJO PAGUÉS, O. (1989): Cerámicas tardorromanas de la «villa» de Murias de Paraxuga (Oviedo), *III CAME*, vol. II, 140-146.
- REYNOLDS, P. (1985): Cerámica tardorromana modelada a mano de carácter local, regional y de importación en la provincia de Alicante, *Lucentum*, IV, 245-267, Alicante.
- RIGOIR, J. (1968): Les sigillées paléochrétiennes grises et orangées, *Gallia*, 26, 1, 177-244, París.
- (1973): Les dérivées des sigillées paléochrétiennes en Espagne, *RSL*, 37, 33-68.
- RIVERA MANESCAU, S. (1948-49): Unos fragmentos cerámicos post-hallstáticos del Cenizal de Simancas. *BSAA*, XV, 71-78.
- ROMERO CARNICERO, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*, Valladolid.
- RUBIO, P. *et alii* (1992): Excavación arqueológica en «El Tesoro-La Corralina, (Castroverde de Campos)», *AIEZFO*, 79-93.
- SÁNCHEZ-MONGE, M. y VIÑE, A. I. (1989): «Excavaciones arqueológicas en la iglesia de S. Ildefonso, Zamora», *AIEZFO*, 133-144.
- SAQUERO, B. *et alii* (1992): Conjunto de TSHT procedente de Uxama (Osma, Soria), *II SAS*, 887-898.
- SOLOVERA, M. E. y GARABITO, T. (1990): Los talleres de *Tritivm Magallvm*. Nuevas aportaciones, *HA*, XIV, 69-89.
- TOVAR, A. *et alii* (1933-34): La necrópolis visigoda de Piña de Esgueva, *BSAA*, II, 401-416.
- USCATESCU, A. *et alii* (1993): Las imitaciones locales o regionales de sigillatas grises gálicas tardías halladas en las termas romanas de Gijón, *I CAP*, t. I, 381-392.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1981): Pico de La Muela (Valera de Abajo, Cuenca), *NAH*, 12, 85-134.
- VEAS, N. y SÁNCHEZ, J. C. (1987): Aportación de la forma cerámica Vegas 11 al estudio de un periodo de reajuste económico: continuidad o cambio,

I Jornades Internacionals d'Arqueologia Romana, 455-461, Granollers.

VIÑE ESCARTÍN, A. I. (1990): Necrópolis tardorromana de Vadillo de la Guareña, *AIEZFO*, 153-167.

VIÑE, A. I. *et alii* (1991): 2ª campaña de excavación en la necrópolis tardorromana de Vadillo de la Guareña, *AIEZFO*, 234-254.

WATTENBERG, F. (1978): *Estratigrafía de Los Cenizales de Simancas (Valladolid)*, Valladolid.

ABREVIATURAS

AAH	Acta Arqueológica Hispánica. Madrid.	CHP	Congreso de Historia de Palencia. Palencia.
Ant. Crist	Antigüedad y Cristianismo. Murcia.	IV CICMMO	IV Congresso de Cerâmica Medieval do Mediterrâneo Ocidental (Lisboa, 1987).
AEspA	Archivo Español de Arqueología. Madrid.	EAE	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
AIEZFO	Anuario del Inst. de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo». Zamora.	ES	Estudios Segovianos. Segovia.
APE	Arqueología, Paleontología y Etnografía, Madrid.	HA	Hispania Antiqua. Valladolid.
AUI.SEK	Anuario de la Universidad Internacional SEK. Santiago de Chile.	ME	Monografies Emporitanes. Empúries.
BAM	Boletín de Arqueología Medieval. Madrid.	MM	Madriider Mitteilungen. Heidelberg.
BMAN	Boletín del Museo Arqueológico Nacional. Madrid.	NAH	Noticario Arqueológico Hispánico. Madrid.
BSAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Valladolid.	RA	Revista de Arqueología. Madrid.
I CAME	I Congreso de Arqueología Medieval Española (Huesca, 1985). Colección Actas. Zaragoza, 1986.	RABM	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
II CAME	Arqueología Medieval Española. II Congreso (Madrid, 1987). Madrid, 1987.	III RACH	III Reunió d'Arqueología Cristiana Hispànica (Maó, 1988). Barcelona, 1994
III CAME	III Congreso de Arqueología Medieval Española (Oviedo, 1989). Oviedo, 1989.	IV RACH	IV Reunió d'Arqueología Cristiana Hispànica (Lisboa, 1992). Barcelona, 1995.
I CAP	I Congreso de Arqueología Peninsular, Oporto.	RI	Revista de Investigación. Soria.
		RSL	Rivista di Studi Liguri. Bordighera.
		SA	Studia Archaeologica. Valladolid.
		II SAS	II Symposium de Arqueología Soriana. Soria.
		TP	Trabajos de Prehistoria. Madrid.